



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

**Poéticas del habitar
en el borde informal de Bogotá:
ocupar, construir, cultivar *'la Loma'***

Sandra Liliana Caquimbo Salazar

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Doctorado en Arte y Arquitectura
Bogotá, D.C., Colombia
2023

Poéticas del habitar en el borde informal de Bogotá: ocupar, construir, cultivar ‘la Loma’

Sandra Liliana Caquimbo Salazar

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:
Doctora en Arte y Arquitectura

Directora

Ph.D. Beatriz García Moreno

Codirector

Ph.D. Carlos Alberto Torres Tovar

Línea de Investigación:

Poéticas intertextuales: arte, diseño y ciudad

Grupo de Investigación:

Poéticas intertextuales: arte, diseño y ciudad

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Doctorado en Arte y Arquitectura
Bogotá, D.C., Colombia
2023

*a Nicolás,
a Tomás,
a mi mamá,
gracias por iluminar mi mundo*

Declaración de obra original

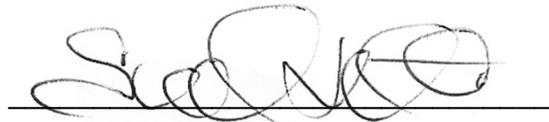
Yo declaro lo siguiente:

He leído el Ley 035 de 2003 del Consejo Académico de la Universidad Nacional. «Reglamento sobre propiedad intelectual» y la Normatividad Nacional relacionada al respeto de los derechos de autor. Esta disertación representa mi trabajo original, excepto donde he reconocido las ideas, las palabras, o materiales de otros autores.

Cuando se han presentado ideas o palabras de otros autores en esta disertación, he realizado su respectivo reconocimiento aplicando correctamente los esquemas de citas y referencias bibliográficas en el estilo requerido.

He obtenido el permiso del autor o editor para incluir cualquier material con derechos de autor (por ejemplo, tablas, figuras, instrumentos de encuesta o grandes porciones de texto).

Por último, he sometido esta disertación a la herramienta de integridad académica, definida por la universidad.

A handwritten signature in black ink, consisting of several loops and flourishes, positioned above a horizontal line.

Sandra Liliana Caquimbo Salazar

Fecha 25/05/2023

Agradecimientos

La autora agradece especialmente a la profesora Beatriz García Moreno, directora de esta tesis, por su valiosa guía y comprensión en el transcurrir de este proceso. Al profesor Carlos Alberto Torres Tovar, codirector, por la agudeza de sus comentarios y su gran confianza en mi capacidad investigativa. A mis profesores de doctorado, por todo lo aprendido. A la Universidad Nacional de Colombia, en especial al Doctorado en Arte y Arquitectura, por el espacio brindado para poder continuar un proceso de formación de excelencia en mi *alma mater*. A la Pontificia Universidad Javeriana, a su Facultad de Arquitectura y Diseño y, en particular, a su Departamento de Arquitectura, por el apoyo recibido durante estos años. A mis hijos y a mis papás, por entender mis ausencias y sostener mi existencia con los lazos del afecto. A mis amigos y colegas, por su ayuda y compañía, por las palabras y los abrazos.

Resumen

Poéticas del habitar en el borde informal de Bogotá: ocupar, construir, cultivar *'la Loma'*

Esta tesis se aproxima al borde informal construido de la ciudad de Bogotá a partir de la consideración de las poéticas del habitar como un enfoque en clave interpretativa. Para ello, se escogió como sector de estudio el área conformada por los barrios Potosí y Caracolí en la localidad de Ciudad Bolívar. La mirada se sitúa desde los habitantes, quienes cotidianamente realizan prácticas al habitar que permiten interpretar al borde informal en tanto obra resultado de otros modos de construir lo urbano. Las prácticas de ocupar, construir y cultivar fueron entendidas como categorías orientadas a la interpretación de fenómenos de realidad, desde cuyos resultados materiales se indagó acerca de las lógicas de sentido en el marco de las cuales operan. En el marco de estas lógicas ocurren poéticas del habitar que responden a articulaciones espacio temporales específicas: de la urgencia, del reconocimiento y del ensueño. En estas lógicas subyace un rasgo esencial del habitar que puede ser interpretado como una poética a escala del habitar en lo urbano: la poética de la resistencia, que impulsa a continuar el habitar de borde haciendo posible la vida allí donde fue negada.

Palabras clave: poéticas del habitar; borde informal; prácticas de lo habitual; Bogotá; la Loma

Abstract

Poetic dwelling in the informal border of Bogotá: occupy, build, cultivate, '*la Loma*'

This thesis approaches the informal built border of the city of Bogotá from the consideration of the poetic dwelling as an interpretive approach. For this, the area made up of the Potosí and Caracolí neighbourhoods in the locality of Ciudad Bolívar was chosen as the study sector. The gaze is placed from the inhabitants, who daily carry out practices when inhabiting that allow interpreting the informal border as a piece resulting from other ways of built the urban. The practices of occupy, build and cultivate were understood as categories oriented to the interpretation of reality phenomena, from whose material results the logic of meaning within which they operate was inquired. Within the framework of these logics, poetic dwelling occur that respond to specific spatiotemporal articulations: urgency, recognition, and reverie. Underlying these logics is an essential feature of dwelling that can be interpreted as a poetics on the scale of urban living: the poetics of resistance, which drives to continue in the border dwelling, making life possible where it was denied.

Keywords: poetic dwelling; informal border; practices of the habitual; Bogotá; the Loma

Contenido

	Pág.
Resumen	X
Abstract	XI
Lista de mapas	XIV
Lista de gráficos	XV
Lista de fotos	XVI
Introducción	0
□ Consideraciones generales	1
□ El borde informal en Bogotá	15
Sector de estudio	21
1. El hacer poético que da forma al borde informal	28
1.1 Enfocar la mirada.....	30
1.1.1 Poética del habitar.....	31
1.1.2 Borde informal.....	38
1.1.3 Prácticas de lo habitual	51
1.2 Metodología.....	60
2. Ocupar la tierra bajo el cielo	72
2.1 Los que llegan	77
2.2 Lo que encuentran.....	82
2.2.1 Cerro Seco, geografía que sostiene la vida.....	84
2.2.2 El palimpsesto trazado	95
□ El trazado de ‘la Loma’	98
□ El significado del trazado	107
□ Los trazos del mercado ilegal	115
2.3 Situarse sobre la tierra, bajo el cielo	118

2.3.1 El rancho, piedra angular.....	118
2.4 Del predio a la Loma.....	123
3. Construir lugar para permanecer	128
3.1 Construir al habitar.....	132
3.1.1 La casa.....	132
3.1.2 Las redes vitales.....	145
3.1.3 La calle.....	147
3.2 Construir lugar	159
4. Cultivar un mundo al cual pertenecer.....	164
4.1 El habitar colectivo.....	168
4.1.1 La escuela.....	168
4.1.2 El parque.....	174
4.1.3 Huertas y jardines.....	180
4.1.4 Lugares de la cultura.....	186
4.1.5 Lugares de la memoria.....	192
4.2 Cultivar un mundo.....	199
5. Habitar poético en ‘la Loma’	202
Bibliografía.....	211

Lista de mapas

	Pág.
Mapa i-1: <i>Localización de los asentamientos informales y de los barrios en estudio en Bogotá, D.C. en 2016</i>	18
Mapa i-2: <i>Delimitación del sector de estudio, en tanto ámbito de sentido</i>	23
Mapa 2-1: <i>Geografía del sector de estudio</i>	90
Mapa 2-2: <i>Trazado de 'la Loma', 2021</i>	103
Mapa 2-3: <i>Huellas de las haciendas y sus trazados</i>	113
Mapa 4-1: <i>Cultivar el mundo</i>	167

Lista de gráficos

	Pág.
Gráfico 1-1: <i>Articulación de conceptos en la construcción del marco teórico</i>	59
Gráfico 1-2: <i>Articulación metodológica</i>	71
Gráfico 2-1: <i>El Ocupar y la poética de la Urgencia</i>	127
Gráfico 3-1: <i>El Construir y la poética del Reconocimiento</i>	162
Gráfico 4-1: <i>El Cultivar y la poética del Ensueño</i>	201
Gráfico 5-1: <i>Relaciones espacio temporales en las poéticas del habitar</i>	209
Gráfico 5-2: <i>Poética de la resistencia</i>	209

Lista de fotos

	Pág.
Foto 2-1: Cerros orientales de Bogotá.	85
Foto 2-2: Zona de Riesgo Caracolí, ocupada.....	89
Foto 2-3: Zona de Riesgo Caracolí, reasentada.....	92
Foto 2-4: Montaña de explotación minera	94
Foto 2-5: Trazado del barrio Caracolí (Bogotá, D.C.)	97
Foto 2-6: Rancho en Caracolí (Bogotá, D.C.)	121
Foto 2-7: Ocupar la ronda del Zanjón de la Muralla.	124
Foto 3-1: Casa en Caracolí	134
Foto 3-2: Casa en Potosí	135
Foto 3-3: Casa en Caracolí	139
Foto 3-4: Casa en Potosí	141
Foto 3-5: Casa en Potosí	143
Foto 3-6: Casa en Caracolí	144
Foto 3-7: Escalones resueltos con costales rellenos con arena.	149
Foto 3-8: Escalones resueltos con llantas usadas.	150
Foto 3-9: Uso compartido. Carrera 73 con calle 77d Sur, Caracolí	152
Foto 3-10: Terrazas. Carrera 41 con calle 80b Sur, Potosí	153
Foto 3-11: Andén Calle 77 Sur.....	158
Foto 4-1: Instituto Cerros del Sur	171
Foto 4-2: Centro Educativo Amigos de la Naturaleza.....	173
Foto 4-3: Parque Caracolí antes de intervención PUJ	175
Foto 4-4: Parque Caracolí después de intervención PUJ.....	176
Foto 4-5: Parque Caracolí.....	178

Foto 4-6:	<i>Parque Distrital Caracolí</i>	179
Foto 4-7:	<i>Escuela ambiental Potosí</i>	183
Foto 4-8:	<i>Huerta ICES</i>	185
Foto 4-9:	<i>Sala de cine comunitario 'Potocine'</i>	188
Foto 4-10:	<i>Casa de la cultura, Potosí</i>	190
Foto 4-11:	<i>Edificación 'el cocinol'</i>	193
Foto 4-12:	<i>El Palo del Ahorcado</i>	195
Foto 4-13:	<i>Procesión al Palo del Ahorcado en Viernes Santo</i>	198

Introducción

▪ Consideraciones generales

Habitar nos constituye humanos

(Doberti, 2020)

La tesis que en estas páginas se sustenta, se aproxima al borde informal construido de la ciudad de Bogotá a partir de la consideración de las poéticas del habitar como un enfoque en clave interpretativa. Este acercamiento permitió orientar la comprensión del borde informal como modo de producir lo urbano realizado desde la construcción de lugares para habitar. En consecuencia, se sostiene que el borde informal es aquel lugar situado en el borde urbano que se construye día a día, a partir de *'lo que hay'* y en respuesta a los retos y anhelos que el habitar plantea. Es un proceso que demanda altas cuotas de imaginación y de gestión, que se realiza a partir de acciones humanas fundadas en un saber que procede y se desarrolla con el habitar mismo.

De esta manera, se sitúa la mirada desde quienes habitando también construyen lo urbano, dándole forma de otro modo. Para ello, se observó la relación ser-hacer desde prácticas que dan forma a dicho borde, específicamente en los barrios Potosí y Caracolí, situados en la localidad de Ciudad Bolívar en Bogotá. Las prácticas a través de las cuales se configura al borde informal en tanto obra resultado del habitar permitieron descubrir aspectos del sentido que sus habitantes le otorgan al morar en él y dar cuenta de su construcción poética, es decir, del hacer creador que trae a la presencia aquello aún no presente, que permite configurar material y significativamente un lugar en el mundo.

En el marco de una propuesta en tal sentido, se sostiene que las prácticas que ocurren cotidianamente al habitar permiten interpretar al borde informal como resultado de otros modos de construir lo urbano, invisibilizados tras los discursos de la ciudad tradicionalmente impuestos. Así, el borde informal se entiende también como resultado de la interrelación entre el ser humano y la ciudad, del hacer del

habitar desde prácticas que ocurren de acuerdo con condiciones físicas, sociales y culturales específicas.

Ese hacer se comprende en esta tesis desde el campo de la poética, en tanto acto creativo *-poiesis-* que ocurre a partir de la experiencia del mundo, en la que se materializa un lugar en las coordenadas propias de espacio y tiempo. De esta forma, se recurre a la interpretación de prácticas de *'lo habitual'* que han configurado el borde informal como obra humana, develando poéticas del habitar que dan cuenta de una manifestación material de la producción informal de lo urbano, en tanto construcción del sentido de lugar.

Los estudios urbanos han abordado el fenómeno de producción informal de ciudad desde distintas miradas, tanto disciplinares como interdisciplinares, que aportan valiosos criterios de lectura. A pesar de esto, se ha privilegiado el desarrollo de una teoría basada en categorías generales (Torres T., 2009), que ha generado un enfoque tradicional que los ha catalogado como espacios problemáticos desde parámetros e ideas hegemónicas sobre el deber ser de la ciudad, desconociendo la diversidad y la complejidad del fenómeno.

En este sentido se caracteriza a esta producción como vastos y homogéneos espacios en el borde de la ciudad que deben ser resueltos materialmente y rescatados socialmente (Peyloubet et al., 2006), para transformarlos en algo que la formalidad pueda reconocer y que responda a las categorías de la teoría general. Esto delimita una mirada en donde lo informal es caótico e indescifrable. A la vez, propone que lo formal debe conquistarlo para la ciudad, homogenizándolo con su lenguaje. Se trata de una aproximación desde la cual se suponen espacios *'vacíos'* de sentido que deben ser ocupados y comunidades carentes que necesitan ser rescatadas.

Así, es posible afirmar que se ha instalado la idea de que se trata fundamentalmente de un fenómeno opuesto a lo formal-legal, dada su condición de configuración fuera de *'la norma'*, asociada a un mercado ilegal de suelo y a su ocupación por parte de

personas en situación de pobreza. En dicha aproximación se asocia la noción de informalidad con marginalidad y es desde ahí que se supone la ausencia de sentido de lugar.

La mirada al borde informal desde las poéticas del habitar, que se construye en esta tesis a partir de postulados de Martín Heidegger, da cuenta de una producción creativa de lugar que, al ser realizada por sus habitantes, les permite asignar sentido a su existencia en el mundo: *“la obra, en tanto que obra, levanta un mundo”* (Heidegger et al., 2012, p. 32).

El mundo, según Heidegger en *El origen de la obra de arte* (2012), se entiende como aquello que se devela con la obra, que habita en el ser que la crea y que es construido al habitarlo a través de ella. Se trata de aquello de la obra que va más allá de lo que puede ser simplemente construido, de aquello *‘inobjetivo’* de la vida a lo que el ser humano está atado en su condición de mortal. Un mundo que se hace ahí donde se habita la tierra bajo el cielo, donde la vida humana transcurre en espacio y tiempo con la conciencia de su finitud y la confianza en su trascendencia. *“Un mundo hace mundo y tiene más ser que todo lo aprensible y perceptible que consideramos nuestro hogar”* (Heidegger et al., 2012, p. 32).

En el mundo se aloja, entonces, la esencia de la experiencia de *‘ser’* humano. De acuerdo con Heidegger, tanto en *Ser y Tiempo* (1953) como en su conferencia *Construir, habitar, pensar* (1994a), este *‘ser’* implica un estar. Al habitar se *‘es’* en un dónde situado en un aquí y un ahora. Este dónde se construye siendo y esa esencia del ser permanece oculta tras aquello que se construye al habitar la obra.

Así, al interpretar la dimensión material de lo construido, si se observan sus características solamente de manera racional, dicha creación se constituye ajena a la naturaleza humana tomando una distancia que impide *‘ver’* su esencia. Y si la aproximación se da exclusivamente a partir de la percepción de las sensaciones provocadas por dichas características, esas sensaciones inundan el cuerpo y hacen desaparecer también la posibilidad de *‘ver’* lo esencial de la obra (Heidegger & Barjau

(trad.), 1994a). El mundo desaparece, se oculta, si se mira desde lejos o desde muy cerca.

Sin embargo, sostiene el filósofo, cuando se interpreta dicha creación en tanto obra, es la misma materia conformada la que permite develar aspectos de la esencia oculta del mundo que representa. Un ejercicio de interpretación que articula el carácter de la materia y su condición de uso, entendida esta última como propósito fundamental asignado, en este caso, por quien habita.

Desde esta perspectiva, las prácticas son entendidas como un hacer que se funda en maneras de ser y estar en el mundo. Éstas adquieren sentido dentro de un sistema de relaciones específico, que opera bajo una lógica propia, resultado de un saber hacer que, según Pierre Bourdieu en *El sentido práctico* (2007), es reproducido por las personas a través del tiempo, sin una racionalización clara y desde un entendimiento más bien ritual de lo que se percibe y se hace. Este modo de aproximación a las prácticas parece apropiado para comprender aquellas que ocurren en el borde informal y que, al escaparse de las lógicas dominantes de producción de la ciudad, requieren ser pensadas bajo la lógica de relaciones desde la cual son concebidas y realizadas.

Por otra parte, el planteamiento de Heidegger (1994a) sobre el construir como aquello '*habitual*' en la experiencia cotidiana del habitar, es articulado aquí con aspectos de las propuestas que, sobre lo cotidiano, realizan Henri Lefebvre en *La vida cotidiana en el mundo moderno* (1972) y Michel de Certeau en *La invención de lo cotidiano* (2000), quienes desde sus reflexiones individuales sobre la vida cotidiana afirman coincidentemente que el concepto de lo cotidiano se refiere a lo ordinario en la construcción diaria de lo social. Para Lefebvre esta construcción constituye una esfera inaugural de significado, resultado de acciones creadoras. Para De Certeau, estas acciones individuales pero masivas que ocurren de manera irreflexiva, crean lo posible mediante procesos de apropiación que configuran el espacio de la ciudad habitada.

Esta idea se relaciona con lo planteado por Roberto Doberti en *Poliedros y Habitares* (2022), quien sostiene que la especificidad con la que son ejercidas y valoradas las prácticas sociales, así como el marco de posibilidad en el que suceden, son asignadas por el habitar que, junto con el hablar, constituyen las sistemáticas de la significación esenciales de la condición humana. Para este autor, el habitar está unido al ejercicio de la cotidianidad, donde el espacio en correlación con el tiempo adquiere importancia fundamental, y sus regulaciones determinan la forma de ese habitar. *“En las regulaciones del habitar, (...) se aposentan y se reaseguran las interpretaciones básicas, los cimientos que pretenden dar garantía de estabilidad a nuestra vacilante y mutable inserción en el mundo”* (Doberti, 2022, p. 68).

En este marco, la tesis plantea un enfoque que se aproxima al borde informal como fenómeno que sucede al habitarlo y que articula la obra, en tanto resultado del hacer de ese habitar, con los significados que le son asignados por sus habitantes. Así, se aporta al ámbito de los estudios urbanos una mirada interpretativa del sentido a partir del cual el borde informal es construido, que permite hacer manifiestas las relaciones entre el ser y el hacer cuando lo que media en ellas es el sentido poético de la vida en su persistencia, ante las condiciones adversas sobre las cuales otros análisis han hecho énfasis. Una mirada que permite re-presentar el borde informal en la riqueza de su complejidad y que, al estar situada en el campo epistémico de la poética, hizo posible realizar una indagación crítica sobre ese borde como uno de los modos de producir lo urbano en Latinoamérica.

En tal sentido, lo planteado en esta tesis aporta a la reivindicación del valor de otras formas de producción del espacio urbano y sus propios modos de construirlo y exige un reconocimiento a las comunidades que autoproducen su hábitat, al valor de su hacer cotidiano y a la importancia de su creación, de su obra. De esta manera, se contribuye a la consolidación de la idea de una ciudad diversa, múltiple en sus facturas, donde todas son posibles y se articulan en su condición de urbanas.

Esto en respuesta a que, como ya se indicó, la producción informal de ciudad y sus dinámicas ha sido desconocida mayoritariamente como parte constitutiva del sentido

de la ciudad latinoamericana (Connolly, 2014; Hernández-García, 2016; Jáuregui, 2004; Torres T., 2009), en tanto otro modo de construir ciudad, debido a su catalogación como contraria a lo formal, fundada en discursos de ilegalidad e inadecuación. Es desde esta perspectiva que se plantea comprender al borde informal como un espacio urbano que, producido a partir de lógicas propias de la autoproducción, estructura buena parte de las ciudades colombianas (Hernández-García, 2012; Torres T., 2009).

En consecuencia, es necesario comprender esa producción para completar dicho sentido. Es este hacer humano el que ha configurado al borde informal, a partir del saber de familias que construyen sus casas desde la ausencia de un lugar donde habitar, dando consistencia física a su existencia y creando, en colectivo, otro sentido para el habitar urbano.

En este contexto, y considerando al borde como espacio en tensión, esta tesis comprende el borde informal no sólo en su dimensión física sino también, y más bien, en la dimensión de su habitar. Discernir el habitar que le da origen construyendo una mirada, a través del análisis y la interpretación de prácticas que dan cuenta de su dimensión poética.

De esta manera, se atiende al hecho de que, en las aproximaciones tradicionales a la idea de borde urbano informal, se ha dejado por fuera que es un espacio autoproducido por quienes lo habitan, en la medida de sus posibilidades, expectativas y anhelos. Si bien, esto ha sido reconocido desde otras perspectivas (Hernández-García, 2016), aún no logra ser parte fundamental del pensamiento de académicos y tomadores de decisiones sobre la ciudad (AlSayyad & Roy, 2004). Dicho de otro modo, hacen falta estudios interpretativos (Hernández-García, 2016; Torres T., 2009) que permitan develar el sentido a partir del cual el borde informal urbano está siendo producido, como hacer creativo motivado por el deseo de habitar.

En este sentido, sin ánimo de desconocer las difíciles condiciones socio económicas y espaciales en que se habita, se plantea que los espacios de borde informal

entrañan también valores del habitar constitutivos de ese otro modo de hacer lo urbano que se transforma al ritmo de la vida de sus habitantes. Ese modo de hacer ciudad, lo encuentran cuando ocupan y construyen el borde, a partir del encuentro entre lo que dejan en su condición de migrantes o arrendatarios y el nuevo ámbito de existencia que deben construir.

Una vida construida por ellos, de acuerdo con sus necesidades, sus anhelos, sus miradas de mundo, y con las posibilidades que crean a partir de su habitar. Así como construyeron los primeros seres humanos, a partir de su necesidad de refugio y su propósito gregario (Rudofsky & Grego (trad.), 1976), personas, familias, han creado a pulso lugares en donde el habitar es más que alojarse, donde el cambio es parte del lenguaje y lo productivo es parte del programa, reconociendo no sólo necesidades económicas sino un modo de vida fundado en el hacer. Una producción que es, retomando palabras de Rudofsky

resultado de un sentido especial del gusto, en el manejo de problemas prácticos. Las formas de las casas, algunas veces transmitidas a través de varias generaciones (...) aparecen como eternamente válidas (...). Sobre todo, es lo 'humano' de esta arquitectura, lo que debiera en adelante inspirarnos alguna respuesta. (1976, p. 6)

De esta manera, con la tesis se constituye un aporte a la teoría interpretativa sobre la informalidad urbana, en tanto permite comprender el sentido a partir del cual el borde informal se construye como lugar, desde de una visión que hace manifiestas las relaciones entre el ser y el hacer.

Así mismo, permite a esta autora dar continuidad a su investigación en temas sobre hábitat. Estos temas han incluido, entre otros, asuntos como el conocimiento del habitar de la población urbana de bajos ingresos, las condiciones que requieren para su bienestar, el rol del espacio público en las áreas donde habitan, las prácticas agrícolas que realizan en sus barrios, o más recientemente, el entendimiento del habitar en el borde urbano desde una mirada contextual. Ello, ha constituido gran parte de su elaboración académica y la ha conducido a elaborar un marco de

conocimiento más robusto que contribuya a una mejor lectura del borde informal urbano y a su comprensión como otra forma de construcción de ciudad.

En cuanto a las prácticas de *'lo habitual'*, se consideraron para esta tesis tres prácticas como características del modo de producir el borde informal en tanto construcción de mundo. Éstas fueron nombradas a través de verbos en su condición de unidades lingüísticas que permitieron acentuar el carácter de acción de cada una. La primera de ellas es *Ocupar*, la cual proviene del latín *'occupāre'*, derivada a su vez de la palabra *'capere'* que significa *'tomar'* (E-Cultura Group, n.d.). En español ocupar significa *"tomar posesión o apoderarse de un territorio, de un lugar, de un edificio, etc., invadiéndolo o instalándose en él. (...) Llenar un espacio o lugar. (...) Habitar una casa."* (Real Academia Española - RAE, 2022).

Es decir, esta primera práctica está relacionada con instalarse, con situarse en un dónde y en un cuándo, estableciendo una posición espaciotemporal que funda, en este contexto, la posibilidad de habitar. En específico, esta práctica es aquí entendida como la forma particular en que miles de familias se sitúan en el borde de la ciudad para habitarlo, posándose sobre la tierra y hallando en ella un modo de habitarla.

En segundo lugar, se consideró el verbo *Construir* cuyo origen proviene del latín *'construere'*, compuesta por el prefijo *'cum'* que significa *'junto'* y de la palabra *'struere'* que significa *'disponer'* (E-Cultura Group, n.d.). Según el diccionario de la lengua española construir significa *"hacer de nueva planta una obra de arquitectura o ingeniería, un monumento o en general cualquier obra pública. (...) Hacer algo utilizando los elementos adecuados. (...) Formar un enunciado, generalmente una oración, ordenando las palabras con arreglo a las leyes de la gramática."* (Real Academia Española - RAE, 2022).

En tal sentido, esta práctica guarda relación con la idea de dar forma a una obra a partir de elementos materiales y significativos dispuestos con una lógica dada, aquí, por un modo propio de habitar. Así, el construir se refiere a una comprensión

particular de la tierra a través de un saber hacer que permite darle forma al mundo, construyendo lugar para permanecer en él.

Finalmente, el borde informal se configura con el *Cultivar*, palabra que proviene del latín '*colere*' y que, de acuerdo con Heidegger (1994a), está vinculada con las ideas de '*cuidado*' y de '*cultura*'. Consecuentemente, en español cultivar se define como "*dar a la tierra y a las plantas las labores necesarias para que fructifiquen. (...) Poner los medios necesarios para mantener y estrechar el conocimiento, el trato o la amistad. (...) Ejercitarse en las artes, las ciencias, las lenguas, etc.*" (Real Academia Española - RAE, 2022).

Así, cultivar se refiere a la práctica de proteger eso que se construye dando cuenta de las relaciones de afecto que se tejen al habitar. Cultivar describe el rasgo fundamental del habitar que es el '*cuidar*', a través del cual quien habita establece vínculos con los otros y con lo otro, al apropiarse del mundo haciéndolo próximo para, así, pertenecer a la comunidad de los mortales en la espera de los divinos.

De esta forma, ocupar, construir y cultivar se determinan como las tres prácticas a comprender en tanto acciones cotidianas significativas dispuestas como fragmentos de experiencia, que permitieron indagar las relaciones y los valores que estructuran las unidades de sentido construidas al habitar el borde informal en tanto lugar.

De acuerdo con ello, el objetivo general de la investigación realizada fue reconocer poéticas del habitar ligadas a prácticas de '*lo habitual*' que se consideran fundamentales en la construcción del borde informal de Bogotá, siendo éstas: ocupar, construir y cultivar. Para el logro de este objetivo fueron planteados como objetivos específicos:

- Construir un marco teórico y metodológico que permita comprender el borde informal de la ciudad de Bogotá como obra, configurada a través de poéticas del habitar.

- Caracterizar la práctica del ocupar en los barrios Potosí y Caracolí de la ciudad de Bogotá, a partir de su configuración actual y en su dimensión poética en tanto modo de tomar un lugar en el mundo.

- Caracterizar la práctica del construir en el borde informal de la ciudad de Bogotá, a partir de su forma material arquitectónica actual y en su dimensión poética en tanto modo de permanecer en el mundo.

- Caracterizar la práctica del cultivar como producción de sentido, a partir de las manifestaciones materiales y significativas de cuidado del borde informal como obra y en su dimensión poética en tanto manera de pertenecer al lugar que se construye al habitar.

Para el desarrollo de este ejercicio interpretativo, se recurrió al método fenomenológico hermenéutico desarrollado por Martin Heidegger, quien planteó que en la experiencia íntima de construir lugar al habitarlo, se revelan cuatro dimensiones interrelacionadas que configuran la existencia: la tierra, que sirviendo sostiene la vida; el cielo, bajo el cual se reciben los ciclos de la vida; los divinos, que se esperan en lo inesperado e incomprensible; y los mortales, que habitan en el modo en que cuidan esa múltiple presencia a la que denomina '*Cuartenidad*'.

En ese marco, fue necesario precisar tres conceptos clave: poéticas del habitar, borde informal y prácticas de '*lo habitual*'. Para el primero, las referencias teóricas principales fueron los filósofos Martin Heidegger, principalmente en lo expresado en su conferencia *Construir, Habitar, Pensar* (1994a) y Gastón Bachelard, con su obra *La poética del espacio* (2000).

Concretamente, las poéticas del habitar se refieren en este contexto a aquello que se hace en la búsqueda de un lugar en el mundo, que al habitarlo permite hacerlo propio. Este sentido se expresa, tal como fue propuesto por Heidegger (1994a), en la forma de habitar de aquellos que transforman la tierra para construir lugar. Así,

habitar se entiende aquí como acción del ser humano en su relación con el mundo, que está siempre vinculada al otro en tanto humanos siendo en la tierra, pero también siendo con la tierra, bajo el cielo.

Para el segundo concepto, se abordaron tres enfoques: uno filosófico recurriendo nuevamente a Heidegger (1994a) y al arquitecto Juan Pablo Scaglia quien, en su texto *Ontología del borde* (2020) sitúa lo planteado por el filósofo en el marco de la reflexión sobre lo urbano; otro estético-urbano, sobre la ciudad comprendida como obra, articulado a partir de los planteamientos del arquitecto Aldo Rossi en *La arquitectura de la ciudad* (1999) y del filósofo Henri Lefebvre en *La revolución urbana* (2003); y, por último, otro planteado desde una mirada primordialmente urbana orientada por Carlos Torres Tovar, en particular con el libro *Ciudad informal colombiana* (2009), y por Natalia Villamizar y Henry Talavera, en su libro *Bordes urbanos* (2018).

Siguiendo lo anterior, comprender el concepto de borde informal desde las poéticas que lo constituyen, busca centrar la mirada en la relación existencial entre los mortales y el mundo que habitan. Esto, en condición de borde, implica situarse en un espacio de lo urbano que completa el sentido de la ciudad diferenciándola de lo que la rodea. Así, se parte de la premisa de que el borde urbano hace referencia a un espacio de transición, entre otros cuyas configuraciones estructurales responden a lógicas diferentes entre sí.

Para el tercer y último concepto, se tomó lo desarrollado sobre las prácticas por el sociólogo Pierre Bourdieu, concretamente en su libro *El sentido práctico* (2007), y por el arquitecto Roberto Doberti, en particular en su libro *Poliedros y habitares* (2022), que se articuló con lo indicado por Heidegger en su conferencia *Construir, habitar, pensar* (1994a) sobre 'lo habitual' del habitar, en su relación con lo cotidiano a partir de los planteamientos de Henri Lefebvre (1972) y de Michel de Certeau (2000), según ya fue explicado.

Con base en esta elaboración teórica, se construyó una metodología que consistió en la indagación de prácticas a partir de las cuales se configura el borde informal en Bogotá para lo cual, como ya se indicó, se eligieron los barrios Potosí y Caracolí en la localidad de Ciudad Bolívar. Esta elección responde, en primera instancia, a que se trata de barrios con décadas de antigüedad, con un proceso consolidado de producción, que permitió observar distintos momentos de su conformación. En segunda instancia, a que son barrios sobre los cuales hay bastante información documentada, lo que permitía concentrarse en la indagación sobre el proceso de habitar, más allá de las condiciones económicas, políticas, sociales, entre otras, sobre las cuales ya se ha escrito. Y, por último, a que se trata de barrios en los que esta autora ha estado inmersa, gracias a su labor docente, durante alrededor de 10 años.

La indagación sobre las prácticas se realizó en dos momentos metodológicos: el reconocimiento del borde informal en tanto obra, a través del reconocimiento de sus formas materiales y de las prácticas que les dieron consistencia (fenomenología); y la identificación de los actores y los discursos que sostienen estas prácticas y que explican las lógicas en el marco de las cuales operan (hermenéutica).

En este sentido, se plantea que los modos de habitar responden a estructuras lógicas determinadas que constituyen sistemas de discurso los cuales, a su vez, establecen relaciones y experiencias cognoscitivas que generan métodos de interpretación específicos de la realidad. Al respecto, García Moreno plantea en su artículo *Ciudades, visiones de mundo y discursos del lazo social* (2021), que ello implica una manera particular de interacción entre las personas y los objetos en el mundo, lo que permite distintos modos de aproximación al espacio construido en tanto manifestación material de la existencia. Desde esta perspectiva, el estudio del borde informal a partir de sus formas materiales, entendidas como resultado de un modo de producción del espacio urbano, permitió discernir los sistemas de discurso que allí subyacen en tanto estructuras de sentido.

Las formas materiales consideradas fueron elegidas de acuerdo con la práctica de lo *'habitual'* de la cual son resultado. Así, para el Ocupar se estudiaron el trazado y el rancho como elementos que marcan ese acto fundante de situarse sobre la tierra para habitarla. Para el construir se analizó la casa, como configuradora del espacio de transición que conecta la vida íntima y la pública, y las redes vitales y las calles como hilos desde los cuales se teje el habitar en lo público. Y para el cultivar se identificaron aquellas edificaciones y elementos que acogen el habitar colectivo desde el cual se construye barrio y dan cuenta del modo en que los habitantes se arraigan a éste como su lugar en el mundo.

Ahora bien, como fuentes de información para la caracterización, análisis e interpretación de dichas formas materiales se recurrió, como fuentes primarias, a cartografías disponibles en el sitio web Google Earth; al banco personal de fotografías de la autora de esta tesis, quien desde el año 2013 y como parte de su labor académica lleva registros periódicos del sector de estudio; a fotografías publicadas por terceros; a entrevistas no estructuradas y semiestructuradas realizadas, tanto directamente por la autora como por terceros, a los habitantes del sector; y a videos que sobre el sector y la localidad se encuentran disponibles en la internet. En cuanto al uso de fuentes secundarias, principalmente estas consistieron en bibliografía publicada o disponible en repositorios académicos.

Esta diversidad de fuentes buscó principalmente poder tejer diversas voces en el texto. La voz de los habitantes es la que más se quiso destacar, por lo que se intentó no hacer uso del parafraseo y resaltar las citas textuales con el uso de la tipografía Times New Roman, en cursiva, con efecto de sombra y en tamaño de 12 puntos, a fin de diferenciarla visualmente del documento general. La voz de otros autores fue citada de forma textual o parafraseada, siguiendo las normas de citación de la American Psychological Association (APA) séptima edición, a la cuales se acoge todo el documento. Y la voz propia, que articula las demás voces a través de la argumentación que estructura esta tesis.

Así, de acuerdo con la metodología y los objetivos planteados, el presente escrito fue organizado a partir de una introducción y cinco capítulos. Los apartes que se incluyen en esta introducción corresponden a la presentación del borde informal de Bogotá y del sector elegido para el estudio de las prácticas que lo configuran.

El primero de los capítulos expone, en un primer apartado, el marco teórico desde el cual se desarrolló la investigación, ordenado como ya se indicó, a través de los tres conceptos esenciales de la argumentación: las poéticas del habitar; el borde informal; y las prácticas de lo habitual. Este último concepto, articula la construcción teórica con la metodológica, dado que es a través de las prácticas que se realizó el análisis y la interpretación de las poéticas del habitar. Así, en el segundo apartado de este capítulo se explica el marco metodológico que se deriva del planteamiento teórico.

Los siguientes tres capítulos abordan, cada uno, la caracterización de las prácticas del ocupar, el construir y el cultivar, respectivamente. Para ello, según se indicó, se partió de la descripción de las formas materiales como herramienta de aproximación al fenómeno, es decir, a cada práctica, y a través de su análisis se realizó un primer ejercicio interpretativo, de las lógicas de ciudad que subyacen en ellas. Esto dio paso a un segundo ejercicio de interpretación en el que se proponen las poéticas del habitar develadas por cada práctica, y que, en tanto actos creativos, se sugiere que configuraron al borde informal, en tanto obra, en el sector de estudio.

El último capítulo corresponde a las conclusiones. En ellas se pudo afirmar que al construir el concepto de borde informal desde una perspectiva que lo comprende como obra humana, fue posible realizar una aproximación a éste en tanto posibilidad para el habitar humano en el marco de la informalidad. Así mismo, se plantea que el borde informal en tanto modo de producir lo urbano, permite confirmar que este fenómeno constituye una de las formas del urbanismo contemporáneo.

Por otra parte, el enfoque construido desde las poéticas permitió reconocer las prácticas de lo habitual como categorías para interpretar el habitar en el borde

informal, que en el sector de estudio permitió identificar ámbitos de sentido en relación con el reconocimiento de su lugar de habitar como '*la Loma*'. Un lugar en cuya construcción participaron distintos actores sociales en el marco de cuyas acciones ocurren poéticas del habitar que responden a condiciones espacio temporales específicas.

De esta manera, la idea del construir según el modo de habitar la tierra, en su sentido poético, permite comprender un hacer cotidiano que busca permanecer, abriendo espacio a la existencia humana en una relación de doble vía entre el ser humano y el mundo, creando lugar. Mirar los espacios del borde informal en la manera que albergan lugares, que se construyen en la medida del tiempo (mientras se habita) y del habitar (del modo) de quienes desean construir un camino hacia una mejor existencia, una búsqueda del sentido de ser-ahí a través del construir como manera de estar-ahí.

▪ **El borde informal en Bogotá**

En medio de una urbanización excluyente (Caquimbo-Salazar & Yunda, 2021; Torres T., 2009), con una estructura social fuertemente estratificada, segregada y con una alta concentración de la renta, la ocupación de tierras urbanas al margen de las normas sigue presente a inicios del siglo XXI en Latinoamérica. Estas condiciones excluyen a un importante grupo de la población fuera de las posibilidades de acceso a los modos de producción formales de vivienda y ciudad (S. Jaramillo, 2008).

Dicha situación propició la urbanización informal como alternativa posible para aquellos excluidos. Esta forma de urbanización se caracteriza por la adquisición de suelo bajo los términos de un mercado ilegal, fuera del marco normativo urbano, con precarias condiciones en la propiedad de la tierra y sin dotación de servicios urbanos. Ello se suma a dinámicas de autoproducción de vivienda y autogestión de dotaciones para atender las necesidades colectivas básicas (Camargo S. & Hurtado T., 2012).

En la década de 1950 del siglo XX, estos procesos de producción informal se aceleraron, convirtiéndose en la primera forma de acceso a suelo y vivienda para la población latinoamericana de escasos recursos económicos (Abramo, 2012). Una población que encuentra la posibilidad del habitar urbano, a través de la comercialización de tierra en áreas no urbanizables en el perímetro de la ciudad (urbanización pirata¹), de formas precarias de vivienda colectiva en los centros urbanos (inquilinos), o de la ocupación de hecho de predios no edificados (invasiones)².

Según Torres y otros (2009), estudios recientes en torno a este fenómeno, si bien identifican particularidades del mismo en cada país, destacan que en la articulación entre aspectos específicos locales y procesos globales regionales es posible suponer convergencias en sus formas de urbanización, asociadas a escenarios comunes como el contraste entre un acelerado crecimiento poblacional y urbano frente a un pausado crecimiento económico, altos niveles de desigualdad en el ingreso y debilidad del aparato estatal, entre otros.

En Colombia, aunque el origen de producción informal en las ciudades se remonta a finales del siglo XIX, su mayor crecimiento ocurre junto a un acelerado proceso de la urbanización en el país a mediados del siglo XX. Dicho crecimiento, que continúa en aumento hasta la fecha, ha sido explicado fundamentalmente en relación con el traspaso de la responsabilidad en la producción y financiamiento de la vivienda social del Estado al mercado y a débiles políticas públicas en la materia (Ceballos R., 2008; Torres T., 2009).

¹ Esta forma de urbanización es desarrollada por “personas o grupos inescrupulosos y mercantilistas que mediante la apropiación de terrenos y su parcelación vende sin cumplir con las mínimas condiciones de habilitación de los lotes para las viviendas en los barrios autoproducidos de origen informal, vendiendo con promesas de compraventa, sin valor legal, donde sólo transfieren la posesión” (Arango Z., 1986)

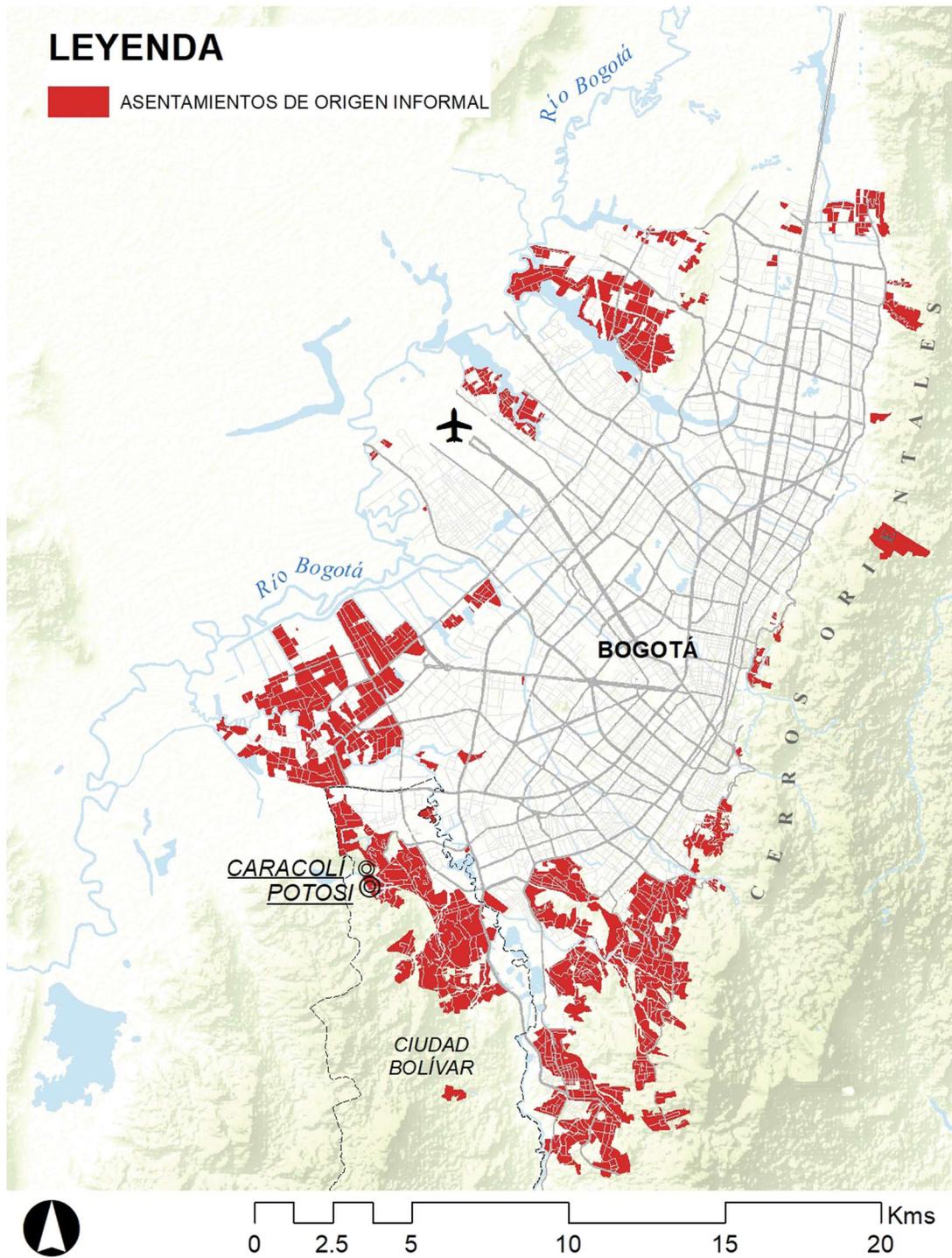
² Los términos que se incluyen entre paréntesis en esta frase corresponden con la denominación que estas formas de acceso a suelo y vivienda reciben en el contexto colombiano.

Es una circunstancia que continúa excluyendo a la población de más bajos ingresos de la posibilidad de acceso a vivienda producida por el mercado formal, modo de producción que ha sido la principal estrategia estatal para una pretendida contención del crecimiento de la ciudad informal. Por el contrario, dicha exclusión ha instado a la autoproducción de vivienda y ciudad en las condiciones antes descritas. Es en estos espacios donde habitan millones de hogares que además de enfrentar condiciones complejas de pobreza económica, deben convivir cotidianamente con dificultades derivadas de una también compleja condición social.

Esta situación ha producido a través del tiempo espacios de borde informal que caracterizan la configuración de la ciudad colombiana. Para la comprensión de este fenómeno, a través de la interpretación de las poéticas del habitar, se elige a Bogotá como ciudad de estudio considerando, en primera instancia, la magnitud de su borde informal.

Al respecto, se debe tener en cuenta que lo que en esta tesis se reconoce como borde informal de ciudad es de naturaleza cambiante, según el espacio temporal en que sea estudiado y dadas las dinámicas del crecimiento urbano. Según el Informe de Calidad de Vida en Bogotá 2020, existe un crecimiento continuo de las ocupaciones ilegales urbanas que, para ese año, se encontraban ubicadas principalmente, y en orden descendente, en las localidades de Ciudad Bolívar, Usme, Bosa y Usaquén, concentrando entre las cuatro más del 70% del total de ocupaciones en la ciudad (Ceballos R. et al., 2021). De acuerdo con Niño y otros (2023), más de la tercera parte de Bogotá ha sido autoconstruida por sus habitantes, en una localización que para el año 2016 puede ser observada en el **Mapa i-1**.

En segunda instancia, la capital del país, según cifras del Registro Único de Víctimas – RUV (2022), ha concentrado históricamente gran parte de los movimientos poblacionales hacia ciudades que han dado origen a los espacios que han constituido este borde, bien sea originados en causas económicas o vinculados con el fenómeno de desplazamiento forzado interno. Bogotá fue una de las ciudades colombianas que, durante la primera mitad del siglo XX, le apostó a impulsar el



Mapa i-1: Localización de los asentamientos informales y de los barrios en estudio en Bogotá, D.C. en 2016

Fuente: (Juan G. Yunda en Caquimbo-Salazar & Yunda, 2021)

desarrollo industrial concentrando oportunidades de empleo y de mejores condiciones de vida en un país que, a partir de un imaginario de lo moderno asociado a lo urbano, descuidó el mundo rural para enfocarse en fortalecer las ciudades como motores de su crecimiento económico (Torres T., 2009).

Según Torres y otros (2009) esta decisión atrajo la población rural hacia las urbes en busca de las oportunidades para un mejor vivir negadas en sus lugares de origen y en donde muchos tuvieron que hacerse a un espacio para habitar a través de mecanismos informales de acceso al suelo. Así, se configuraron espacios de ciudad que han sido reconocidos por propios y extraños como barrios marginales, subnormales, ilegales o populares y que son constitutivos de su borde informal.

De otro lado, cuando la migración responde a una forma de violencia que “*supone el abandono del lugar de origen dejando la vida y los bienes al arbitrio de los victimarios*” (Perea Restrepo, 2013), es reconocida en el país como desplazamiento forzado. Este desplazamiento ocurre en el marco del conflicto armado interno colombiano, siendo las áreas rurales y los pequeños poblados los más afectados.

En cuanto a los lugares receptores de las víctimas de este fenómeno en el país, el informe *Una nación desplazada* (Hernández S. et al., 2015) señala que según la ubicación del lugar de residencia en el año 2013, la mayoría se encontraba asentada en municipios pobres y vulnerables, mientras sólo el 14% de esa población habitaba en alguna de las principales ciudades.

Entre éstas, Bogotá ha sido la que ha recibido la mayor cantidad de estas víctimas. Según el RUV, 317.049 personas que han sido víctimas de desplazamiento forzado tenían como posible ubicación de residencia la capital del país al 30 de noviembre de 2022 (Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, 2022). Estas personas además de haber sido afectadas directamente por el conflicto, en sus lugares de origen, también han estado sometidas a otras formas de violencia con su llegada a la ciudad. De acuerdo con Perea, en la ciudad, violencia y pobreza van de la mano: “*las ciudades con sus elevadas violencias evidencian que la muerte se*

implanta allí donde campean la pobreza y la marginalidad" (Perea Restrepo, 2013, p. 34).

Así, este otro movimiento poblacional, de causa ya no económica sino violenta, propio de la realidad nacional, ha aportado también y en gran medida al crecimiento de los barrios de origen informal en la ciudad. Allí, las familias buscan junto a un lugar donde establecerse, un espacio donde poder ser anónimos, donde dejar de ser perseguidos, sin conseguirlo en muchas ocasiones. A su llegada, experimentan formas de violencia categorizadas por Perea (2013), a partir del texto *Carga Global de la Violencia Armada*, como indirectamente provocadas por el conflicto, pudiendo reconocerse en el contexto de esta tesis: la condición de pobreza a causa del despojo al que se ven obligados, o el acoso de los grupos armados cuando hacen presencia en la ciudad, particularmente en estos barrios³.

Así mismo, como parte de su habitar urbano esta población convive con otras violencias que el autor reconoce como sin relación con el conflicto, categoría en la cual destaca al homicidio causado por múltiples actores externos a la guerra y propios de la ciudad. Entre ellos, incluye algunos que en los barrios en estudio no necesariamente son ajenos al conflicto armado, como las pandillas y las '*operaciones limpieza*'.

Es cierto que el exterminio social [operación limpieza] se vino a convertir en práctica predilecta de los actores armados, mostrando una vez más el elevado grado de consentimiento del que goza entre la población. No obstante, sus raíces se remontan más allá de la guerra, se prologan sobre el creciente proceso de urbanización que arrojó esa gigantesca ciudad popular que configura cada una de las urbes nacionales. (Perea Restrepo, 2021, p. 68).

³ Según Perea (2013), dentro de las que denomina fases del conflicto, dos hechos pueden identificarse en este sentido: en la fase que sitúa entre 1985 y 1991, menciona el fortalecimiento de las guerrillas, en particular la instalación de campamentos del Movimiento 19 de Abril - M-19 en los barrios populares; y en la fase correspondiente al periodo entre 1997 y 2002, señala la incursión paramilitar en las ciudades, específicamente de las Autodefensas Unidas de Colombia – AUC en áreas populares.

De esta manera, los barrios de origen informal admiten la coexistencia de la alta diversidad cultural de la nación, junto a la desconfianza y el temor cotidianos provocados por violencias que no los abandonan y que limitan la infinidad de posibilidades de tal riqueza. No obstante, y a pesar de que otros destruyan los espacios que se habitan o nieguen el valor de su existencia, que violenten al ser que construye quitándole su lugar quebrando su esencia e imponiéndole su visión de mundo, en su persistencia por existir el ser continúa construyendo, habitando, para hacer lugares y continuar siendo, para no morir aún y re-componer de este modo su esencia.

Sector de estudio

La escogencia de sector de estudio se realizó dentro de las áreas donde se localizan asentamientos informales en el borde de la ciudad de Bogotá (**Mapa i-1**), en particular dentro de la localidad de Ciudad Bolívar identificada como una de las que cuenta con mayor presencia de barrios informales en la ciudad (Ceballos R. et al., 2021; Niño M. et al., 2023). Por su parte, dentro de esta localidad, la elección específica de los barrios se sustenta en que se trata de barrios con varios años de antigüedad, con un proceso consolidado de producción, que permitió observar distintos momentos de su conformación.

Además, la amplia literatura disponible sobre estos barrios facilitó la indagación sobre el habitar de sus habitantes, sobre el cual se hallaron datos particulares de cada uno, en relación con sus condiciones económicas, políticas, sociales, entre otras, así como relatos propios de los habitantes sobre sus prácticas al habitar. De igual manera, la experiencia previa de trabajo de la investigadora en ellos, a partir de la cual contaba con un acervo de información primaria y una mayor comprensión de los procesos cotidianos del habitar en el sector, favoreció la realización de ajustes metodológicos que debieron ser realizados debido a los casi dos años de confinamiento originados por la pandemia de covid-19, ocurrida entre los años 2020 y 2021.

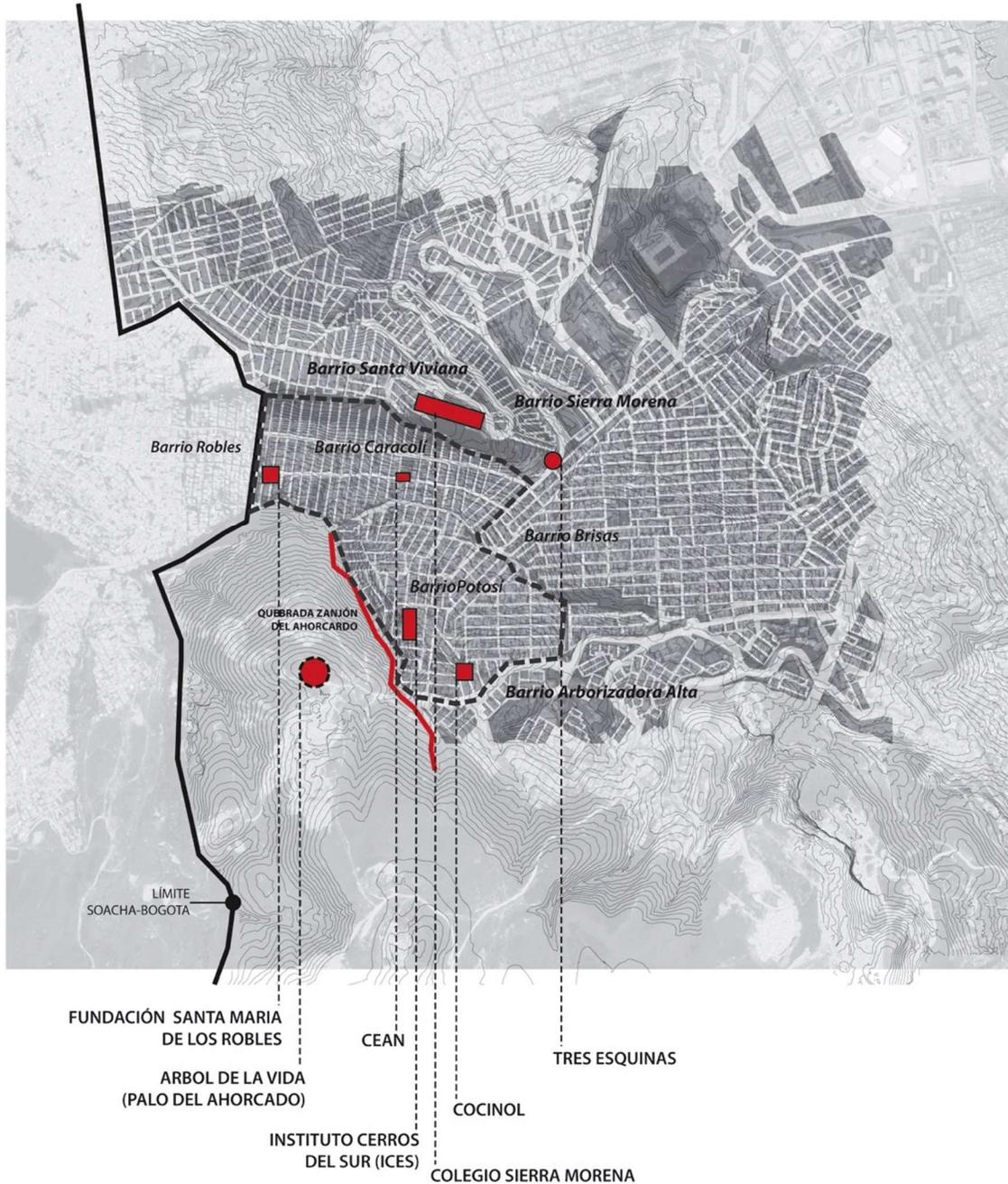
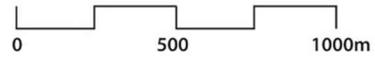
Así, los barrios en estudio, Potosí y Caracolí, se encuentran localizados según la actual división político-administrativa de la ciudad (Decreto 555, 2021), en la Unidad de Planeamiento Local – UPL Arborizadora. En particular, están delimitados al norte por los barrios Santa Viviana y Sierra Morena; al sur por la montaña de explotación de cantera, cuyo título minero está a nombre de Canteras Unidas La Esmeralda y por la quebrada el zanjón del Ahorcado, al occidente por la montaña de explotación minera y por el barrio Robles, del municipio de Soacha, y al oriente por los barrios Jerusalén, Las Brisas y Arborizadora Alta (**Mapa i-2**).

En la delimitación del sector de estudio también fue importante el establecimiento de sus propios bordes. Ello fue realizado considerando características morfológicas y elementos materiales en torno a cuyo significado se configura un sentido de unidad al recorrer los barrios, al habitarlos e ir conociendo o haciendo parte de su historia. Así, a partir de este reconocimiento realizado con base en la descripción que realizan algunos de los habitantes sobre su barrio y de la experiencia de recorrer en diversas oportunidades el sector, se construyó una estructura espacial con base en elementos que constituyen puntos de referencia significativos que permitieron determinarlo como un ámbito de sentido (**Mapa i-2**).

Uno de los elementos que aparece como puerta de acceso al llegar al sector a través de la ruta Sierra Morena, del Sistema Integrado de Transporte Público (SITP) de Bogotá, es conocido como Tres Esquinas. Esta es una zona de altísima actividad comercial, concentrada en unas pocas cuadras, donde el flujo de personas se confunde con el de automotores de distinto tipo, creando un ambiente vital e intenso de tal identidad que incluso los habitantes del sector lo reconocen como una entidad independiente.

Desde allí, al caminar hacia el occidente se encuentra el primer, y por mucho tiempo, único parque del barrio Caracolí, lugar donde se encuentran ubicados además el salón comunal, el Centro Educativo Amigos de la Naturaleza – CEAN, colegio cuya administración se encuentra a cargo de la Policía Nacional de Colombia, y una

SECTOR DE ESTUDIO



Mapa i-2: *Delimitación del sector de estudio, en tanto ámbito de sentido.*

Fuente: Elaboración propia a partir de Google Earth, 2022

edificación actualmente en desuso donde funcionó un comedor comunitario⁴. Esta confluencia de espacios para la actividad comunitaria constituyó un punto clave para conocer la manera en que el uso colectivo del espacio se constituye como un modo de ocuparlo haciéndolo propio.

Desde el parque se observa otro de los elementos antrópicos que hace parte del paisaje: el Colegio Sierra Morena Sede A, localizado al lado de un gran tanque de agua de la Empresa de Acueducto, Agua y Alcantarillado de Bogotá, dos construcciones que en conjunto son referente en el sector. Una, porque allí estudian muchos de los niños que habitan en estos barrios generando una relación funcional fuerte que se hace visible mediante flujos peatonales que aparecen y desaparecen de acuerdo con la jornada escolar. Y la otra, porque al inicio de su configuración estos barrios se dotaron desde allí de agua potable, y también porque como estructura edificada el tanque ha generado un peso inadecuado desde la parte alta de la zona de riesgo por remoción, aumentando la amenaza para la ocurrencia de este fenómeno.

De nuevo hacia el occidente, cerca de la carrera 75C donde termina el Distrito Capital e inicia el municipio de Soacha, se encuentra la Fundación Santa María de Los Robles. Una pequeña vivienda donde funciona esta institución religiosa que, si bien tiene el nombre del barrio del municipio de Soacha, se encuentra situada en el barrio Caracolí, en Bogotá. Esta circunstancia, da cuenta de lo relativo de los límites político-administrativo cuando se habita. Es una Fundación que trabaja con mujeres de uno y otro lado, gracias a la independencia que le da su rol privado, y es esta característica la que la constituyó como parte de la estructura de sentido en este ejercicio de delimitación.

⁴ Según la Secretaría Distrital de Integración Social (2020) “Los comedores comunitarios son un servicio social (...) dirigido especialmente a niñas y niños entre los 3 y 17 años, mujeres gestantes y lactantes y adultos mayores. La prioridad son personas con discapacidad y ciudadanos en general en situación de inseguridad alimentaria.”

Muy cerca de allí, se reconoce el nuevo Parque Distrital Caracolí, un espacio público de mayor tamaño que el ya presentado, construido por el gobierno distrital en 2019 y diseñado para uso principalmente de jóvenes y niños, dada sus características programáticas, pero cuya actividad potencial se ha visto afectada por la presencia de pandillas del sector.

Al caminar en dirección oriente, se observa otro elemento significativo situado en el barrio Potosí y es, de hecho, uno de sus elementos fundantes. Se trata del Instituto Cerros del Sur – ICES, un colegio que nace en 1984, en los primeros años de configuración del barrio desde una iniciativa educativa externa pero que logra tomar forma gracias a la organización comunitaria. La historia del ICES explica mucho de la historia del barrio y su apuesta en el marco de lo que se conoce como '*educación popular*', en el marco del proyecto Escuela-Comunidad.

En el mismo predio de este colegio se encuentra localizado otro de los elementos reconocidos, el '*Potocine*'. Se trata de una sala de cine comunitario (no comercial) cuya autogestión fue impulsada desde la escuela de cine comunitario y festival '*Ojo al Sancocho*' que, a su vez, surge como parte de los procesos impulsados desde el ICES. Este equipamiento social fue construido con apoyo de colectivos de la comunidad y de la organización ciudadana '*arquitectura expandida*' en 2016.

Tal como el ICES, el siguiente elemento hace parte fundamental de la construcción comunitaria histórica de Potosí. Conocido como la caseta '*El Cocinol*', es el espacio comunitario de mayor reconocimiento del barrio, pues allí se encuentra localizada una construcción en la cual, durante varios años, al origen del barrio, se realizó la comercialización del combustible llamado cocinol, utilizado en el funcionamiento de estufas y, por lo tanto, fundamental para la cocción de alimentos.

Junto a esta edificación se localiza la casa del Concejo Comunal, organización que hace las veces de las conocidas Juntas de Acción Comunal, pero que se plantea desde la comunidad como asamblea para la estrategia organizativa del lugar. Del otro lado de la edificación de '*El Cocinol*', se localiza la Casa de la Cultura como

espacio de encuentro de la comunidad a través del arte y la cultura, mediante talleres y actividades de distinta índole, entre las cuales se impulsó una iniciativa de huerta comunitaria que termina de configurar esta pequeña manzana, centro de la actividad colectiva del barrio.

Por último, aquel elemento que posee el significado de mayor reconocimiento en el sector de estudio: el Palo del Ahorcado, ahora denominado Árbol de la Vida, que es la denominación con la que quiere identificarlo la comunidad actualmente. Este árbol ha estado allí desde el inicio de los barrios, en una posición destacada por su ubicación en la cima de la montaña de explotación de cantera, sólo y plenamente visible, como testigo de la historia del habitar en el sector.

Estos elementos permitieron configurar, para la investigación, un sentido de unidad espacial desde la experiencia de recorrerlo, de ocuparlo con el cuerpo de manera temporal, de hablar con quienes lo habitan y escuchar sus relatos, y tratar de comprender a través de ellos cómo lo ocuparon y lo siguen ocupando cotidianamente como práctica esencial de diálogo con él, como modo de habitarlo en una relación de ida y vuelta infinita.

**El hacer
poético
que da forma
al borde
informal**

1

Los procesos de apropiación informal del suelo y las formas de producción de la vivienda que en él se localiza, y el borde urbano en sus diferentes acepciones, han sido categorías ampliamente estudiadas en la ciudad latinoamericana, principalmente desde aproximaciones socioeconómicas, espaciales y legales. Estas miradas han ido moldeando la idea de borde, no sólo como lo que se sitúa en el perímetro de la ciudad, sino como lo marginal, lo excluido, lo ilegal, lo lejano, lo distinto, entre otras denominaciones.

Desde esta idea, el borde se distancia de la ciudad como idea, como imagen, en donde se mantiene en la dualidad moderna entre lo formal y lo informal, situando esto último como una especie de apéndice que está allí en el extremo, desarticulado, incómodo y, en tanto sea posible para muchos, invisible. Esta manera convencional de abordar lo urbano ha limitado la comprensión sobre cómo éste se piensa y se construye, sobre qué es lo que constituye al espacio como urbano.

Como aproximación crítica frente a la manera en que se comprende lo urbano, se considera que las tres prácticas de lo habitual, mencionadas en la introducción, implican en sí mismas, poéticas del habitar a través de las cuales es posible develar el sentido del borde informal como ámbito de existencia. De esta manera, se busca reivindicar el valor del borde informal en tanto construido mediante el habitar cotidiano, desde un hacer creativo que se configura como otra forma de producción urbana, en particular aquello autoproducido a través de procesos informales que ocurren en áreas de borde de la ciudad.

1.1 Enfocar la mirada

En tal sentido, la tesis, al situarse en el campo epistémico de la poética, plantea una posibilidad de comprensión del borde informal como otra de las formas de lo urbano en Latinoamérica. La poética aquí se refiere a ese hacer humano que construye mundo y lugar para cada uno. Aproximarse al borde informal desde la poética permite entenderlo como obra, creada a partir de prácticas que realizan los habitantes en su habitar cotidiano.

Estas prácticas les permiten configurar sus lugares, es decir, construir mundo mientras lo habitan y en ese habitar construir también su ser. Esta idea de mundo se toma de los planteamientos de Martin Heidegger, en particular de lo que se conoce como su segundo periodo⁵ de pensamiento. Heidegger desarrolla una primera etapa de su pensamiento en relación con la pregunta por el ser, pero entendido como un ser situado en el espacio y en el tiempo: '*ser-en-el-mundo*', el '*Dasein*'. De este modo, se enfoca en el estudio de la existencia del ser, a través de la cual Heidegger define su esencia, la cual no está por fuera del '*Dasein*', de esas coordenadas de espacio tiempo situadas en un aquí y un ahora.

Posteriormente, ocurre en el pensamiento de este filósofo lo que algunos denominan un cambio, y que otros reconocen como una radicalización de su análisis, al que se ha denominado el '*giro*' (*Kehre*). A partir de ese momento Heidegger se ocupa del acontecimiento del ser (Volpi & De Ruschi (trad.), 2012) y presenta la idea de mundo como aquello construido por el ser humano mientras construye su ser situándose en ese mundo, a través de su habitar con otros y con lo otro.

⁵ Este periodo ocurre en un momento (posguerra) en el que occidente enfocaba su acción en la técnica y la economía, mientras el filósofo proponía que la atención debía volver sobre la importancia de la experiencia humana al habitar. En este sentido, plantea que al habitar se construye lugar y al hacerlo se establece un '*ethos*' particular que da cuenta del mundo (Sharr, 2007).

1.1.1 Poética del habitar

El concepto de poética proviene del griego '*poiesis*' cuyo significado general se refiere al hacer humano que ocasiona que algo pase del no-ser al ser (Platón, 1871), a ese hacer que crea la obra. En diálogo con esta idea Heidegger, en *La pregunta por la técnica* (1994c) hace referencia a la '*poiesis*' como un producir que trae a la presencia aquello aún no presente, una acción creadora que no se restringe a la producción humana, desde el arte o la artesanía –lo edificado–, sino que incluye también aquello que crece en la naturaleza –lo cultivado–.

La poética como acto creativo se refiere a la construcción de lugar que configura mundo. Heidegger, al abordarla de un modo amplio, vincula la noción de poesía al construir y al habitar como creaciones humanas reflexivas involucradas con el intento de otorgar sentido a la existencia. En su conferencia *Construir, habitar, pensar* (1994a), sostiene que habitar es rasgo fundamental del ser humano, es su modo de ser y estar en la tierra en su finitud como mortal. Por su parte, el construir, señala este autor, es medio y camino para ese habitar, pues en la medida de ese construir se es como '*ser-en-el-mundo*'. El filósofo sustenta esta afirmación al establecer la relación esencial entre los conceptos a través del lenguaje:

allí donde la palabra construir habla todavía de un modo originario dice al mismo tiempo hasta dónde llega la esencia del habitar. Bauen, buan, bhu, beo es nuestra palabra 'bin' ('soy') (...), la manera según la cual los hombres somos en la tierra es el Buan, el habitar. Ser hombre significa: estar en la tierra como mortal, significa: habitar. La antigua palabra bauen significa que el hombre es en la medida en que habita. (Heidegger & Barjau (trad.), 1994a, p. 129)

Construir es entonces habitar. Ese construir que es habitar sucede en lo habitual, en lo cotidiano de la relación entre el ser humano y su entorno otorgando espacialidad a la existencia, transformando espacio en lugar. Este espacio es habitado desde la temporalidad de la existencia humana, convirtiéndolo en lugar al depositar en él su contingencia material, sus deseos y sus afectos. En esta construcción de mundo, el

tiempo contiene no sólo al habitar presente sino también al que fue y que arraigó en la esencia del ser la manera de concebir el habitar mismo.

A lo anterior, Heidegger lo define como un *'traer-ahí-delante'* que sucede con la creación. Señala que pone delante aquello que estaba oculto (el mundo), develándolo, y este desocultamiento lleva a la verdad⁶. Para el filósofo, el mundo es aquello que emerge con la obra, que habita en el ser que la crea y hace mundo a partir de ella. En tal sentido, en *El origen de la obra de arte* (2012), indica que no se trata solamente del conjunto de cosas que lo configuran, ni del ámbito imaginario que articula sus significados,

un mundo no es un objeto que se encuentre frente a nosotros y pueda ser contemplado. Un mundo es lo inobjetivo a lo que estamos sometidos mientras las vías del nacimiento y la muerte, la bendición y la maldición nos mantengan arrobados en el ser. Donde se toman las decisiones más esenciales de nuestra historia, que nosotros aceptamos o deseamos, que no tenemos en cuenta o que volvemos a replantear, allí, el mundo hace mundo. (Heidegger et al., 2012, pp. 31–32)

Desde esta perspectiva, la idea de mundo corresponde con aquello del entorno que adquiere significado al habitar y que, en tanto significa, es constitutivo del ser humano. Un ámbito de sentido que habita en el ser en la medida en que es habitado por él. El mundo habla entonces de una espacialidad, pero no exclusivamente referida al espacio geométrico sino también al social y a aquel de los afectos, que dan cuenta de la experiencia de la existencia misma. Un espacio que como

⁶ En su Diccionario de filosofía, Ferrater Mora se refiere a la manera en que fue concebida la idea de verdad en la filosofía griega: “Los filósofos griegos comenzaron por buscar la verdad, o lo verdadero, frente a la falsedad, la ilusión, la apariencia, etc. La verdad era en este caso idéntica a la realidad, y esta última era considerada como idéntica a la permanencia, a lo que es, en el sentido de ‘ser siempre’ – fuese una substancia material, números, cualidades primarias, átomos, ideas, etc. Lo permanente era, pues, concebido como lo verdadero frente a lo cambiante – que no era considerado necesariamente como falso, sino sólo como aparentemente verdadero sin serlo en ‘verdad’. (...) El griego concibe, así, la verdad como ἀλήθεια o descubrimiento del ser, es decir, como la visión de la forma o perfil de lo que es verdaderamente, pero que se halla oculto por el velo de la apariencia.” (Ferrater Mora, 1965).

fenómeno permite una relación de cercanía (no física) con aquellos y aquello que sitúa el '*ser-en-el-mundo*'. Esta forma del ser planteada por el filósofo lleva a comprenderlo necesariamente de modo relacional en tiempo y significado.

Abordar la comprensión del borde informal desde una perspectiva poética dirige la mirada hacia sus habitantes, no en referencia particular a su condición social o económica sino a su condición de existencia, a su habitar. En el habitar ocurre a diario la experiencia de '*ser-en-el-mundo*', a través de la cual se establecen relaciones significativas, con los otros y con lo otro, que a su vez construyen mundo. '*Ser-en-el-mundo*' se refiere a una relación activa con el mundo, a un hacer inherente al ser que lo constituye a la vez que constituye al mundo.

Dicha experiencia, en tanto saber que proviene de la conexión del ser humano con el mundo, lo sitúa en el '*ser-ahí*'. De acuerdo con Heidegger, en su obra *Ser y tiempo*, el estar-en no es una 'propiedad' que el Dasein [ser-ahí] tenga a veces y otras veces no tenga, sin la cual él pudiera ser al igual que con ella. No es que el hombre 'sea', y que también tenga una relación de ser con el 'mundo' ocasionalmente adquirida. El Dasein no es jamás 'primeramente' un ente, por así decirlo, desprovisto de estar-en, al que de vez en cuando le viniera en ganas establecer una 'relación' con el mundo. Tal relacionarse con el mundo no es posible sino porque el Dasein, en cuanto estar-en-el-mundo, es como es. (Heidegger & Rivera (trad.), 1953, p. 66)

En tal sentido, asegura en *El origen de la obra de arte*,

Cuidar la obra significa mantenerse en el interior de la apertura de lo ente acaecida en la obra. Ahora bien, ese mantener en el interior del cuidado es un saber (...). Este saber, que como querer habita familiarmente en la verdad de la obra y sólo de este modo sigue siendo un saber (...). El cuidado por la obra no aísla a los hombres en sus vivencias, sino que los adentra en la pertenencia a la verdad que acontece en la obra y, de este modo, funda el ser para los otros y con los otros como exposición histórica del ser-ahí a partir de su relación con el desocultamiento. (Heidegger et al., 2012, pp. 48–49)

Así, es la obra la que permite entrar en contacto con el mundo, con el sentido de 'ser-ahí', es decir, con el sentido que adquiere el ser, el existir, en relación con el estar en un espacio y en un tiempo determinados.

Por ello, según lo planteado por Francesconi (2018), la experiencia de la obra se considera poética de forma homóloga a la experiencia estética en el campo de la literatura, pues es a través de la obra que se crea, que es posible entender el mundo no como algo dado sino como aquello que se produce. En relación con la arquitectura, es aquello que ocurre cuando se crea lugar a partir de lo construido, a través de la experiencia de habitar. En tal sentido, señala que en la experiencia de la obra arquitectónica la actividad del espectador es creativa, en tanto produce una imagen que re-crea aquello que observa dotándolo de significado.

Ahora bien, la experiencia de la arquitectura no se limita al encuentro con el acontecimiento que sucede por el hacer de otro, sino también con el crear obra para sí como resultado del habitar cotidiano. Sería posible afirmar entonces, que no sólo en el acontecimiento habita el mundo; en lo pequeño y cotidiano también la poética incorpora en la obra tanto las relaciones de significado que establece el habitante con su entorno, como el sentido que a partir de ello le otorga al mundo. *“El detalle de una cosa puede ser el signo de un mundo nuevo, de un mundo, que como todos los mundos, contiene los atributos de la grandeza”* (Bachelard, 2000, p. 141).

Desde esta perspectiva, en la idea del hacer creativo como aquello que permite llegar a la verdad de la relación ser humano-mundo, Bachelard coincide con Heidegger, en que es la poética la que permite hacer visible el mundo, que está oculto en el ser humano y en las cosas. Al respecto, en *La poética del espacio* (2000) indica que es en la obra donde quedan alojados los significados que configuran mundo y que a ellos puede accederse desde el ensueño: *“El poeta vive un ensueño que vela y, sobre todo, su ensueño permanece en el mundo, ante los objetos del mundo Amasa universo en torno a un objeto, en un objeto”* (Bachelard, 2000, p. 88).

El ensueño para Bachelard es el tiempo del espacio. No sería el tiempo que se recuerda, sino un tiempo que habita en lo imaginario donde la imagen del recuerdo se impregna de experiencia. Esta imagen desplaza los recuerdos vividos, señala el filósofo, convirtiéndolos en recuerdos de la imaginación que se graban en la memoria. “*El espacio habitado trasciende el espacio geométrico*” (Bachelard, 2000, p. 59), al desplegar, desde la experiencia, emociones, anhelos y significados que quedan incorporados en la obra que se produce.

De esta forma, sostiene que se da origen a la imagen del lugar amado como referente existencial para el habitar humano, ya que en dicha imagen se fusiona la experiencia del tiempo pasado y presente con el horizonte del tiempo futuro, en donde ‘*la casa*’ se constituye en elemento para afrontar el mundo. De acuerdo con este filósofo, “*la casa nos ayuda a decir: seré un habitante del mundo a pesar del mundo*” (Bachelard, 2000, p. 59). Es posiblemente esa imagen la que, más allá de la carencia, permite crear en espacios donde todo parece faltar, la que media entre lo imaginado y lo material, dando paso a la obra como otro modo de construir lo urbano, reivindicado desde su propia e insistente presencia.

Según Bachelard, en la casa como espacio habitable no habita solamente la experiencia inmediata de las cosas, sino que se alberga también, a través de la memoria y la imaginación, al ensueño que permite evocar los valores que cada persona enlaza con la idea de habitar.

Una idea que para este filósofo está fuertemente asociada con la de refugio que concede intimidad, que acoge y protege de aquello del entorno que está oculto, que amenaza. De esta manera, el lugar da cuenta de un pertenecer, de ser siendo parte de, del modo como “*habitamos nuestro espacio vital de acuerdo con todas las dialécticas de la vida, cómo nos enraizamos, de día en día, en un ‘rincón del mundo’*” (Bachelard, 2000, p. 28).

Así mismo, Bachelard coincide con Heidegger (2012) en la importancia de la relación emocional que se establece con el mundo al habitar. Es a partir del habitar cotidiano

que se asigna sentido, que se construye lugar, y al hacerlo se establece un ‘*ethos*’ (Sharr, 2007), un modo particular de ser y estar en el mundo que queda inscrito a través del tiempo en la dimensión material de la obra. La obra, entonces, es huella del ser que le da origen, de su práctica en tanto manifestación de su existencia al habitar el mundo.

Según Sharr (2007), para Heidegger

el construir sitúa la existencia humana. Pensaba que el construirse se da a partir de la presencia humana, configurado por ella, pero también configurando las actividades de esa presencia a través del tiempo. (...) una estructura es construida por sus habitantes de acuerdo con sus necesidades y luego configurada y reconfigurada a través de sus modos de habitar. La vida de los habitantes, a su vez, es configurada por el construir. (...) Un edificio se construye de acuerdo con las especificidades del lugar y los habitantes, moldeado por su física y humana topografía⁷. (Sharr, 2007, pp. 9–10)

En su experiencia cotidiana de habitar, el ser humano da forma a la obra, se vincula a través de ella con el mundo, transformándolo y siendo transformado por él. La obra le permite situar su existencia en relación con los otros y con lo otro, estableciendo afectos, asignando significados, construyendo lazos de cercanía que dan sentido al mundo y al ser mismo. Construir no se refiere solo a edificar el espacio que se habita, no sólo se trata de resolver una necesidad de cobijo, es también y, sobre todo, construir un modo de habitar, un modo de ‘*ser-en-el-mundo*’.

Dar forma con lo que se puede a lo imaginado, crear posibilidades de existencia en condiciones de incertidumbre y adversidad, permite al habitante la experiencia de

⁷ Traducción propia, a partir de <https://translate.google.com/>, de la cita textual que se transcribe: “To him, building located human existence. He believed that building was set out around human presence, configured by it but also configuring the activities of that presence over time. At best, a structure was built by its inhabitants according to their needs and then configured and reconfigured through the ways in which they dwelt. The inhabitants’ lives, in turn, were configured by the building. To him, the very fact of a building also stood for human presence. For Heidegger, a building was built according to the specifics of place and inhabitants, shaped by its physical and human topography.”

ser uno con el mundo al habitarlo. Esta relación esencial del ser humano con el mundo es propuesta por Heidegger (1994a) bajo la idea de Cuaternidad. Para el filósofo la Cuaternidad es una entidad constituida por la interrelación de cuatro componentes o dimensiones fundamentales para la vida humana: la tierra, que hace referencia a lo material, al sustento de la vida; el cielo, en alusión al tiempo y sus ciclos; los divinos en cuanto a la trascendencia de la existencia; y los mortales, que son los seres humanos en su finitud.

La tierra es la que sirviendo sostiene; la que floreciendo da frutos, extendida en roquedo y aguas, abriéndose en forma de plantas y animales. (...) El cielo es el camino arqueado del sol, el curso de la luna en sus distintas fases, el resplandor ambulante de las estrellas, las estaciones del año y el paso de una a otra, la luz y el crepúsculo del día, oscuridad y claridad de la noche, lo hospitalario y lo inhóspito del tiempo que hace, el paso de las nubes y el azul profundo del éter. (...) Los divinos son los mensajeros de la divinidad que nos hacen señas. Desde el sagrado prevalecer de aquélla aparece el Dios en su presente o se retira en su velamiento. (...) Los mortales son los hombres. Se llaman mortales porque pueden morir. Morir significa ser capaz de la muerte como muerte. Sólo el hombre muere, y además de un modo permanente, mientras está en la tierra, bajo el cielo, ante los divinos. (Heidegger & Barjau (trad.), 1994a, p. 131)

Ser mortal sitúa al ser humano en su condición de habitar, confrontándolo ante su eternidad esencial desde su situación física y temporal. Ese ser mortal habita según su modo de ser y estar en el mundo, cuidando del mundo, construyéndolo en la medida en que se construye a sí mismo, en su hacer cotidiano de lugar. Este construir así entendido, permitiría plantear entonces que a través de la obra se establece el vínculo con la Cuaternidad, al hacer posible crear con ella circunstancias que asignan sentido a la vida. Así, el lugar es instaurado por la obra, que liga los aspectos esenciales de la existencia otorgando consistencia al mundo.

A través de la obra que se crea al habitar el espacio deviene lugar, ese lugar que constituye mundo. Tal como lo señala García Moreno en su libro *Región y lugar* (2000), de acuerdo con lo propuesto por Heidegger, la región, entendida como mundo, no es algo separado del ser humano: “*ella hace parte de sus imaginarios y sentido que le imprime a la vida. Y a su vez, él con toda su naturaleza e historia hace parte de su definición y configuración*” (García Moreno, 2000, p. 47). Así, indica la autora, el humano construye constantemente a lo largo de su existencia al mundo como lugar, haciendo que éste adquiera la dimensión poética que le corresponde.

El borde informal entendido como obra, alberga lugares que se construyen en la medida del tiempo (mientras se habita) y del (modo de) habitar de quienes buscan un camino hacia una mejor existencia. Una búsqueda del sentido del ‘*ser-ahí*’ a través del construir como manera de ‘*estar-ahí*’. Esos lugares, en tanto cotidianos, abren espacio a la existencia humana, a la Cuaternidad como relación de doble vía entre el ser humano y el mundo.

En tal sentido, la idea de espacio no se refiere a ‘*E*’ espacio matemático que constituye un simple emplazamiento, medible y representable a partir de distancias numéricas, sino a aquel espacio ligado a la existencia del ser humano como parte del mundo, cobrando sentido en su experiencia relacional y no en su alienación individual.

1.1.2 Borde informal

La noción de borde posee una gran carga semántica relacionada, en cierta medida, con lo que el arquitecto Juan Pablo Scaglia define como una condición de ‘*terceridad*’, en tanto “*por su forma carga sus propios sentidos y le da sentido a ambas márgenes del borde*” (Scaglia, 2020, p. 19). Es decir, esta condición lo designa como aquello que define lo que delimita pero que a la vez es algo en sí mismo. Ahora bien, desde el punto de vista urbano este rasgo de la idea de borde

dificulta su comprensión espacial y si a ello se suma la noción de lo informal, el concepto se torna incluso controversial.

Torres, en su libro *Ciudad Informal Colombiana* (2009), señala que lo informal tiene directa relación con el concepto de economía informal que, desde un enfoque económico neoliberal, se entiende como “*el predominio de actividades no declaradas o extralegales pero lícitas, que plantean la flexibilización del mercado de trabajo y, en general, el cese de la intervención del Estado en las actividades económicas*” (Torres T., 2009, p. 41).

La expresión ‘*informal*’ es utilizada desde los años setenta, referida en primera instancia al mercado laboral o a un sector específico de la economía y, en relación con ella, como se indicó anteriormente. Por su parte, la idea ‘*urbanización informal*’ es la que ha generado mayor consenso al momento de explicar las características del fenómeno en lo concerniente, en particular, a cómo ocurre en América Latina (Camargo S. & Hurtado T., 2012).

En tal sentido, en concordancia con McGuirk en su libro *Ciudades Radicales* (2015), lo informal no hace referencia a la ausencia de forma, sino a la existencia de espacios urbanos producidos fuera de los protocolos legales y económicos que dan forma al resto de la ciudad. Sectores que operan bajo sus propios sistemas de autorregulación, con una fuerza dinámica tal que frente a ella fracasa la política urbana que busca imponer un orden homogéneo en la ciudad.

En tal sentido, esta tesis conecta la idea de borde con el campo de lo informal como modo de vida, en donde la condición espacial de borde participa no sólo de una particular manera de habitar, sino también de una forma de relación con lo demás urbano. Es un modo de habitar fuera de las normas instituidas por el establecimiento de la ciudad que se comprende aquí como otra manera de lo urbano, creada desde lo cotidiano, con el espíritu de lo adaptable que algunos interpretan como indebido, desconociendo su valor.

Se trata de una aproximación que procura superar la idea del borde como límite, al entenderlo en tanto espacio relacional, en donde convergen tensiones y sinergias entre ámbitos socioambientales diversos. Estas relaciones han configurado espacios diferenciados que comparten características de lo urbano, en un sentido no dicotómico, con la idea de ciudad. Así, lo urbano de borde se constituye como espacio de transición entre otras estructuras espaciales que responden a lógicas de ocupación y configuración diferentes entre sí.

Para comprender lo anterior, una aproximación filosófica a la idea de borde permite considerar varios aspectos en ella. Por una parte, volviendo sobre los planteamientos de Heidegger, en relación con el lugar como aquello que da cabida a la Cuaternidad, el autor señala que:

La frontera no es aquello en lo que termina algo, sino, como sabían ya los griegos, aquello a partir de donde algo comienza a ser lo que es (comienza su esencia). Para esto está el concepto: *ὄρισμός*, es decir, frontera. Espacio es esencialmente lo aviado (aquello a lo que se ha hecho espacio), lo que se ha dejado entrar en sus fronteras. Lo espaciado es cada vez otorgado, y de este modo ensamblado, es decir, coligado por medio de un lugar (Heidegger & Barjau (trad.), 1994a, p. 136).

Con base en ello, Scaglia (2020) destaca que el concepto de borde se refiere a algo del entorno que es en sí mismo, como ya se mencionó, pero que a la vez es un dónde en el que algo más deja de ser. De ahí que la idea de borde esté asociada a la de límite, que establece una distinción entre uno y otro, dentro y fuera, entre aquello que hace parte y lo que no, de eso que termina en el borde.

El borde, señala Scaglia, establece un cambio que en el ámbito de lo espacial tiene que ver con atributos y relaciones que configuran un dónde de manera distinta. Un cambio que delimita el sentido. El borde más que separar, teje sentidos, en tanto

'terceridad'⁸ que, en lo particular de la tesis, está relacionada con la articulación entre la singularidad otorgada por un modo de habitar dado en el marco de la informalidad, y una obra construida desde ese habitar, que incluye entre sus atributos características propias de lo urbano.

Ello permite recurrir, para la definición del borde informal, a reflexiones dadas a partir del estudio de la ciudad como creación humana, como la planteada por el arquitecto Aldo Rossi quien, en su libro *La Arquitectura de la Ciudad* (1999), a pesar de no hablar de lo informal, señala que la ciudad puede ser entendida como obra manufacturada que se transforma en el tiempo.

La ciudad como obra humana, indica el autor, es un hecho consciente resultado de procesos de construcción, individuales y colectivos, en tanto procesos de creación de un hábitat propicio para la vida. Estos actos creativos involucran en la factura de la obra no solamente una intencionalidad funcional sino también, de manera importante, las ideas, las emociones, los valores, la historia de quienes la realizan.

En tal sentido, dice Rossi (1999),

al describir una ciudad nos ocupamos preponderantemente de su forma; ésta es un dato concreto que se refiere a una experiencia concreta (...). Esa forma se resume en la arquitectura de la ciudad y por esta arquitectura (...) se puede entender dos aspectos diferentes; (...) una gran manufactura, (...) más o menos compleja, que crece en el tiempo; [y] (...) hechos urbanos caracterizados por una arquitectura propia y, por ende, por una forma propia. En uno y otro caso nos damos cuenta de que la arquitectura no representa sino un aspecto de una realidad más compleja, de una estructura particular, pero al mismo tiempo, puesto que es el dato último verificable de esta realidad, constituye el punto de vista más concreto con el que enfrentarse al problema (Rossi et al., 1999, p. 70).

⁸ Concepto retomado de Scaglia, según lo propuesto en su texto *Ontología del borde* (2020), en el sentido ya explicado.

Así, este autor indica que en los hechos urbanos se reconoce una '*riqueza de motivos*', relacionada con valores y funciones que se han transformado y acumulado históricamente en la materia, que permanece como dato empírico. Una forma asociada, también, a las múltiples experiencias que ha suscitado a lo largo de su historia; experiencias que, sostiene, constituyen la ciudad. En este sentido, indica que lo que se logra comprender a partir de la morfología urbana es la descripción de las formas de un hecho urbano, datos empíricos sobre su estructura, pero no sobre su cualidad. "*La ciudad es algo que permanece a través de sus transformaciones*" (Rossi et al., 1999, p. 95).

Para abordar dichas transformaciones y hacer énfasis en que se trata de un proceso de cambio constante, en esta tesis se hace una distinción entre la idea de ciudad y la de lo urbano, acogiendo para esto lo planteado al respecto por el filósofo Henri Lefebvre, en su libro *La revolución urbana* (Lefebvre & Bononno (Trad.), 2003).

Según Lefebvre (2003), la idea de ciudad hace referencia a un objeto completo y definido de análisis científico, cuyo fin inmediato es la acción. Sin embargo, la sociedad se transformó a partir de los cambios que ocurrieron con la ciudad industrial, relacionados con la tensión generada entre una gran concentración de personas y actividades, y la explosión de fragmentos espaciales en su configuración. Estos cambios hicieron que, según este autor, la '*realidad urbana*' se comprendiera a partir de ese momento como un mediador entre sociedad y naturaleza, entre el hogar (centro de la existencia) y el mundo.

En este escenario, plantea que es necesario comprender, más bien, el proceso emergente de producción de ciudad, a la sociedad que lo realiza y hacia dónde lo dirige, y es a este fenómeno al que denomina '*lo urbano*'. Al respecto, señala que éste

puede, por tanto, definirse no como una realidad consumada, situada detrás de lo real en el tiempo, sino, por el contrario, como un horizonte, una virtualidad iluminadora. Es lo posible, definido por una dirección, que avanza

hacia lo urbano como culminación de su recorrido (Lefebvre & Bononno (Trad.), 2003, pp. 16–17)⁹.

Al incorporar lo posible e inacabado en la comprensión de lo urbano, se buscó articular su valor en tanto ‘cosa’¹⁰ humana y, en esa medida, como obra realizada a través del tiempo que contiene los significados asignados a lo largo de su construcción histórica, pero que a la vez da cuenta de un proceso no acabado y de las posibilidades que ello implica.

Ahora bien, la comprensión del borde informal de acuerdo con lo hasta aquí planteado, permite incluir en este concepto todo fragmento de lo urbano que haya sido producido material y significativamente desde procesos informales configurando una ‘terceridad’. Entre estos fragmentos se incluyen, entre otros, áreas de la ciudad que, tras haber sido abandonadas en términos habitacionales, son ocupadas por nuevos habitantes en el marco de los mencionados procesos. Así mismo, fragmentos que en la transformación de la ciudad dejaron de hacer parte del borde físico, pero cuyo origen responde al mismo modo de producción de espacio urbano.

No obstante, como parte de la delimitación de la investigación, el estudio que aquí se presenta se circunscribe a aquellos territorios que al momento de su realización se sitúan en el borde físico que delimita entre lo urbano y lo no-urbano. Con esto en mente, se analiza para esta construcción conceptual el modo en que, desde múltiples perspectivas, los estudios urbanos han mirado al borde urbano de origen informal de la ciudad, buscando comprenderlo y solucionarlo a partir de categorías preestablecidas situadas en el discurso de otra forma de producir ciudad, la formal, la legal, la aceptada.

⁹ Traducción propia, a partir de <https://translate.google.com/>, de la cita textual que se transcribe: “The urban (an abbreviated form of urban society) can therefore be defined not as an accomplished reality, situated behind the actual in time, but, on the contrary, as a horizon, an illuminating virtuality. It is the possible, defined by a direction, that moves toward the urban as the culmination of its journey.”

¹⁰ En el sentido planteado por Heidegger en su conferencia *La Cosa* (1994b)

Al respecto, retomando a Torres y otros (2009), entre los años 60 y 70 del siglo XX, la discusión sobre el proceso de urbanización en América Latina se planteó en torno al concepto de marginalidad, que se centra en el fenómeno de la pobreza urbana. Desde esta perspectiva, aunque la migración campesina hacia las ciudades transformó la configuración espacial y las formas sociales urbanas, estos nuevos habitantes de la ciudad no tenían posibilidad de adaptarse al modo de vida urbano, quedando aislados en otro modo de vida basado en otras formas de organización social y anclado en lo rural, lo atrasado, que les impedía aprovechar las oportunidades que la ciudad les ofrecía.

Como crítica a ello, señalan los autores que entre fines de la década de los 60 e inicios de los 70 del siglo pasado, se estructura la teoría de la urbanización dependiente, que plantea la necesidad de considerar las relaciones de clase y su evolución como los procesos que están detrás del desarrollo social y urbano. Según este planteamiento las prácticas de tradición rural, presentes en estos espacios, estaban vinculadas a la miseria a la que eran sometidas la clase marginal y la clase obrera.

Más adelante, entre los años 70 y 80, cuestionando el denominado esquematismo de esta teoría, se desarrolló una visión estructural de la urbanización latinoamericana centrada en el análisis de la relación entre la consolidación del capitalismo y las formaciones sociales.

Respecto a estas formaciones y en particular sobre la vivienda y los asentamientos humanos, el arquitecto británico John Turner se enfocó en los procesos de toma de decisiones y los actores sociales. Así, señaló la importancia de la autodeterminación para resolver las necesidades funcionales y espaciales de los habitantes, abogando por su participación en los procesos de gestión del hábitat (Torres T., 2009).

En la misma época, siguiendo a lo anterior, la denominada teoría urbana marxista, bajo la premisa de que la ciudad en tanto producto social expresa las desigualdades y contradicciones de la sociedad que la construye, configura un valioso y coherente

cuerpo metodológico de categorías analíticas estructuradas en tres elementos fundamentales: los económico-sociales, los político-institucionales y los ideológico-culturales.

No obstante, de acuerdo con Torres y otros (2009), si bien el desarrollo logrado a través de esta teoría ha permitido un avance analítico significativo sobre el problema, es precisamente el carácter general de sus categorías lo que difícilmente permite una interpretación completa de una diversidad urbana tan compleja como la generada por el capitalismo. En tal sentido, se coincide con los investigadores en que no se ha logrado aún la consolidación de una teoría interpretativa, que considere el proceso de diversificación de las sociedades latinoamericanas.

Posteriormente, a fines de los años 90 y principios de los años 2000 ocurre un cambio en el fenómeno, impulsado desde el Banco Mundial, en el que se identifica que en las ciudades donde han venido creciendo los asentamientos informales, entre ellas las latinoamericanas, se ha construido suelo urbanizado a través de procesos de autoproducción que, sin embargo, no está incorporado a la ciudad. La incorporación de ese suelo a la ciudad se constituye en tarea prioritaria pues, de acuerdo con Carlos Torres (comunicación personal, marzo de 2019), ello conlleva dos beneficios.

El primero es que esta acción permite aumentar el recaudo público a través de la estrategia de legalización de barrios, pues más allá de que no se tenga título de propiedad las personas adquieren deberes con la ciudad, como el pago de impuestos, lo cual constituye un beneficio para el Estado. El segundo consiste en que el suelo que se está incorporando a la ciudad es suelo urbanizado, que el privado puede comprar a bajo precio ya dotado con infraestructura y redes, permitiéndole el ahorro de esos costos (Torres T., 2012).

Evidencia de lo anterior, es la aparición de proyectos de vivienda en altura en barrios del borde informal, donde lo que el privado hace es comprar el suelo que, aunque

más caro que la compra de lotes dado que éstos ya están edificados con vivienda, constituye una inversión recuperable a través de soluciones verticales en densidad.

Este cambio, relacionado con la presión de los organismos internacionales hacia los gobiernos por la formalización de dichos asentamientos, junto al paso desde economías nacionales centralizadas hacia economías globalizadas, dio origen a múltiples iniciativas gubernamentales que buscaban contener el proceso y solucionar los espacios urbanos de producción informal.

Frente a tal situación, los estudios urbanos se han interesado por el análisis de las desigualdades desde múltiples perspectivas, que han implicado aproximaciones multidisciplinares y multiescalares. Perspectivas que han impulsado la búsqueda de nuevas metodologías que apuntan al desarrollo de otros marcos epistemológicos, así como de métodos y técnicas de producción y representación de la información, ajustados a los problemas de estudio (Centre de Recherche sur L'Habitat, 2019).

Al respecto, es importante tener en cuenta que recientemente se reconoce que la crisis del modelo de urbanización convencional y un escenario socioeconómico global incierto demandan nuevas aproximaciones para la comprensión de la complejidad de los hábitats en las ciudades. De acuerdo con Villamizar y Talavera en su libro *Bordes Urbanos* (2018), estos espacios constituyen un problema de orden global que requiere superar las fronteras locales y nacionales pero que, así mismo, demanda una mirada local para su comprensión y abordaje.

Como parte de ello, la aproximación al borde urbano requiere, así mismo, superar la idea de borde simplemente como un límite que separa dos realidades diferentes y entenderlo más bien, señalan los autores, como un espacio dinámico donde coexisten y se hibridan características de los ambientes que convergen, permitiendo la emergencia de nuevos lugares. Esta idea, pensada en el contexto de aquellos edificados al margen de lo planificado, permite plantearlos como otros espacios, con nuevas características, que albergan no solo altos niveles de diversidad social,

cultural y espacial, sino también que pueden contener múltiples respuestas creativas frente a condiciones cotidianas contingentes.

De otro modo, en cuanto a las diferentes perspectivas desde las cuales se han revisado los bordes urbanos, Villamizar y Talavera (2018) indican que los enfoques desde la planificación urbana apuntan a establecer al borde como una categoría relativa al control del crecimiento urbano. Una aproximación desde la espacialidad y la forma, estableciendo relaciones a partir de un límite determinado y diseñado entre dos zonas geográficas con configuraciones y lógicas de ocupación diversas.

Así mismo, y en referencia a Francesco Indovina (2009) con su planteamiento de ciudad difusa, afirman que, de manera alternativa a esta mirada, otras perspectivas plantean una lógica de continuidad entre lo urbano y su contexto geográfico, como amalgamamiento característico de la ciudad contemporánea.

Según los académicos, desde una mirada ecológica, el borde se plantea como un espacio de interfaz entre la ciudad edificada y lo no urbanizado. Se define como hábitat, que es comprendido a partir de la cualificación de las relaciones que allí ocurren, tanto desde un enfoque espacial como discursivo, dando prioridad a la condición imprecisa y cambiante del borde.

Así mismo, señalan que desde las políticas públicas los bordes urbanos se refieren a un problema de delimitación, de control y soberanía sobre el espacio. Y que, desde el diseño urbano, la idea del borde se plantea bien como límite entre espacios social y físicamente diferentes o bien como punto de quiebre de lo urbano. Explican también que, desde una mirada histórica, los bordes urbanos aparecieron como espacios de contención del crecimiento. Finalmente, destacan una aproximación más orientada a la intervención de los espacios de borde a partir de su comprensión como un problema de superposición entre dos estructuras, la ecológica y la antrópica.

Así, los autores plantean que estas múltiples aproximaciones permiten hablar hoy de los bordes urbanos como espacios que surgen de la interacción entre espacios de

diferente condición: *“el cambio y la interacción en los bordes son la evidencia de que el espacio y el tiempo definen la naturaleza social del territorio que, al articularse con su naturaleza ambiental, establece los elementos claves para su configuración”* (Villamizar & Talavera, 2018, p. 14).

En medio de este panorama de enfoques sobre la noción de borde urbano, los autores sostienen que en el caso latinoamericano la idea más recurrente para referirse a los procesos de crecimiento urbano sobre el borde, particularmente de producción informal, es la de periferia. Noción de connotación negativa que da cuenta de la ausencia del Estado ante procesos de exclusión y marginalización de amplios sectores de población. No obstante, señalan que recientemente se hace evidente un cambio de mirada sobre estos espacios hacia posibilidades de transformación e innovación a partir de la intervención sobre las condiciones espaciales y los imaginarios (Villamizar & Talavera, 2018).

Este cambio, si bien es presentado por ellos como una alternativa positiva, evidencia un problema fundamental en relación con la intencionalidad tras la intervención, usualmente estatal, que busca transformar a través del espacio los imaginarios que les son propios a quienes allí habitan. Esto, dado que dicha intencionalidad está tradicionalmente ligada al ejercicio del control, de la subyugación a un pensamiento dominante que instala en estos lugares ideas ajenas al sentido con el cual son habitados.

No obstante, se coincide con Talavera (2018) en que para proponer criterios orientados a la comprensión de espacios complejos como los del borde urbano, se requiere de la superación de dicotomías disciplinares, como lo urbano – rural, ciudad – región, disperso – compacto, para situar la reflexión en la tensión presente en las relaciones que se establecen entre categorías opuestas. Se trata de un cambio, propone el autor, desde un enfoque morfológico que comprende al borde como área situada entre lo urbano y lo no urbano hacia una mirada dinámica y relacional que lo comprenda como espacios complejos.

En el marco de esta diversidad de enfoques, esta tesis propone una aproximación orientada a interpretar las poéticas del habitar en el borde informal, más que a explicarlo como proceso de producción. Se trata de interpretar el borde como espacio relacional desde la experiencia de quienes al habitar lo autoproducen. Para ello, se construyó una mirada que buscó el sentido tras la obra –el borde informal- en las motivaciones de sus autores –los habitantes-, en las lógicas desde las cuales la obra se produce –los modos de ser y de hacer-, y en el contexto multidimensional en el que es producida.

Se trata entonces de comprender el sentido desde el cual se crea y opera esta otra forma de producción de lo urbano, entendiendo que es una manera no convencional de hacer el espacio de la ciudad, con una serie de valores por descubrir y reconocer. Ello, entendiendo que tradicionalmente lo urbano así producido ha sido valuado desde cánones preestablecidos por la arquitectura y la planificación, de acuerdo con sus propias lógicas, que se han constituido en un sistema dominante que impone una manera de ver el mundo, de construirlo (en tanto erigirlo), y que, por tanto, se ha considerado como única forma válida hacia la cual debe orientarse la formalización de lo informal, de lo autoproducido.

Esta única aproximación, creada sobre la mirada al borde informal, ha acentuado tensiones conceptuales y sensibles entre nociones duales como lo formal-informal, desconociendo que lo que trata de separarse en los extremos corresponde a caracteres distintos de una misma realidad. De este modo, el borde informal se constituye como una forma urbana de difícil lectura y comprensión, bajo los parámetros convencionales de análisis urbano, que además se reconoce habitualmente como la única opción de acceso a vivienda para muchos.

Al respecto, Camargo y Hurtado (2013) afirman que, no obstante, dicha opción no es exclusiva de aquellos que no cuentan con los ingresos suficientes para pagar los precios establecidos por el mercado formal de producción de vivienda y ciudad. A ella adhieren también quienes, aun teniendo la capacidad económica para pagar los

precios establecidos por este mercado, no consideran su oferta suficientemente atractiva en términos de sus necesidades e ideas sobre el habitar.

Así, señalan, se hace evidente que la demanda por esta forma de producción de lo urbano no sólo está fundada en el precio de la oferta sino también en que ésta constituye una alternativa para la demanda. Esta afirmación la realizan en términos de, entre otros, la posibilidad de producción de mayores tamaños de vivienda; una construcción por etapas adaptada al flujo de los ingresos y a los requerimientos espaciales de la familia; y una configuración del espacio no sólo como lugar de refugio sino como articulador de la experiencia individual y colectiva del ser y estar ahí, en ese dónde en particular.

Estos modos de producción de suelo y vivienda y, a partir de ella, de lo urbano, configuran al borde informal como parte del discurso de la ciudad latinoamericana contemporánea. Una obra colectiva que está estrechamente vinculada a condiciones de pobreza urbana propias de las desigualdades de la región, las cuales imposibilitan a muchos el acceso a la producción del mercado formal, y que, en ocasiones, también acoge a quienes optan por las posibilidades que este mercado brinda en relación con sus modos de habitar (Camargo S. & Hurtado T., 2013).

Y es que, de acuerdo con Scaglia (2020, p. 20), *“las cosas se nos hacen presentes a los hombres y sociedades, cuando tienen un nombre que las refiera y una forma que las sitúe”*. Este edificar que da forma al borde informal hace visible el mundo de quienes lo habitan construyéndolo, nombrándolo, ocupando desde ahí su lugar de existencia. Ese hacer da cuenta de un modo de ser y estar en lo urbano situado en un espacio-tiempo configurado como lugar y de una forma que le otorga materia. Según Heidegger (1994a), es esa obra creada en *‘lo habitual’* del habitar la que da paso al lugar donde reside la Cuaternidad; ahí donde los mortales permanecen en la tierra, bajo el cielo, confiando en los divinos al asumir su finitud.

1.1.3 Prácticas de lo habitual

En este escenario de conflicto por la pertenencia a la ciudad, interesa estudiar prácticas que, más allá que estrategias de control, son tácticas para hacer propio el espacio que se habita. Estas ideas de estrategia y táctica se usan aquí en el sentido de lo planteado por Michel de Certeau, en su libro *La invención de lo cotidiano*:

Llamo 'estrategia' al cálculo de relaciones de fuerzas que se vuelve posible a partir del momento en que un sujeto de voluntad y de poder es susceptible de aislarse de un 'ambiente'. La estrategia postula un lugar susceptible de circunscribirse como un lugar propio y luego servir de base a un manejo de sus relaciones con una exterioridad distinta. La racionalidad política, económica o científica se construye de acuerdo con este modelo estratégico. Por el contrario, llamo 'táctica' a un cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible. La táctica no tiene más lugar que el del otro. Se insinúa, fragmentariamente, sin tomarlo en su totalidad, sin poder mantenerlo a distancia. No dispone de una base donde capitalizar sus ventajas, preparar sus expansiones y asegurar una independencia en relación con las circunstancias. (De Certeau & Pescador (trad.), 2000, pp. XLIX–L).

Se trata de un ejercicio de delimitación no con propósitos de dominación, sino de cuidado a través de prácticas, que operan como ese saber que establece los términos del pertenecer, en el sentido de Heidegger (1953). Esto constituye la clave interpretativa para comprender las estructuras de significado que le dan sentido al borde informal y así, develar la poética que permite verlo en su condición de mundo, en la riqueza de su complejidad como lo que alberga lugares del habitar.

La idea de práctica hace referencia en esta tesis, a un proceso a través del cual se establecen relaciones entre el habitante, como sujeto creador, y su obra. Una obra humana que se crea y se transforma mediante acciones individuales y colectivas del habitar, que involucra en su producción no sólo respuestas a problemas funcionales sino también emociones, valores y expectativas de vida. Estas acciones se entienden en tanto prácticas sociales a través de las cuales se otorga sentido al

mundo y que, según lo planteado por Pierre Bourdieu (2007), se enmarcan en lógicas que se construyen a partir de un saber hacer y de relaciones que ocurren a través del tiempo.

Desde esta perspectiva, la noción de '*habitus*' desarrollada por Bourdieu en su libro *El Sentido Práctico* (2007) resulta pertinente para la comprensión de las prácticas, pues plantea una manera relacional de aproximación a la realidad. A través de ella, postula que todo elemento de un sistema está caracterizado por las relaciones que lo vinculan a otros elementos del mismo sistema, de las cuales obtiene su sentido y función.

Esta comprensión unitaria implica que los objetos de conocimiento son activamente contruidos, a través de un sistema al que el sociólogo denomina '*habitus*', que está siempre orientado hacia funciones prácticas. Tal modo de pensamiento, sostiene, puede ampliar la mirada sobre los diversos aspectos de la realidad y no limitarse sólo sobre aquellos que se consideran relevantes en un marco de observación preestablecido. Esto, dado que dicha apertura da paso a lo impensable, puede ser origen de nuevas preguntas, de nuevos hallazgos que deberían ser interpretados, no dentro de los límites de lo conocido, sino en la lógica misma de las relaciones que los contienen y los explican (Bourdieu, 2007).

Así, las condiciones de producción del '*habitus*', según Bourdieu, se circunscriben a la lógica característica de un campo determinado. Dicho campo corresponde a una estructura externa propia de una determinada condición de existencia, dentro de la cual la necesidad y las anticipaciones, basadas en experiencia acumulada, originan prácticas individuales y colectivas que in-corporan¹¹ tal experiencia a través de esquemas de percepción, pensamientos y acción.

¹¹ Cuando se hace uso del neologismo '*in-corporar*' y sus diferentes conjugaciones, se hace referencia a la internalización de la experiencia en el cuerpo.

Estos esquemas garantizan la concordancia con las futuras prácticas y su constancia a través del tiempo. De esta manera, en el '*habitus*' habita la historia in-corporada, una presencia del pasado que en tanto capital acumulado permite a las prácticas cierta autonomía de las determinaciones exteriores del presente, para producir los cambios que introducen los sujetos, pero en el marco de la permanencia propiciada por dicha in-corporación.

Así mismo, el '*habitus*' gobierna la práctica en el marco de una capacidad de generación infinita y diversa pero estrictamente limitada. Es de esta forma, el producto de una clase determinada de regularidades objetivas y tiende a generar conductas sensatas dentro de los límites, histórica y socialmente situados, que establecen dichas regularidades inherentes a sus particulares condiciones de producción. Estas condiciones funcionan como principio generador y organizador de prácticas y representaciones, que actúan colectivamente en relación con ciertos fines, sin responder a reglas determinadas o a una acción organizadora preestablecida.

Esta manera de pensamiento relacional permite interpretar al borde informal en tanto obra, como modo de producción de lo urbano. Si bien este proceso es resultado de dinámicas de exclusión poblacional propias del capitalismo, se circunscribe a determinadas condiciones socioeconómicas, que se manifiestan en estructuras materiales -espacio, objetos- específicas, que pueden ser reconocidas como un campo, el de lo informal.

Dentro de este campo, se ha producido durante décadas parte del espacio urbano propio de las ciudades latinoamericanas, bajo unas condiciones de producción características. Estas condiciones ocurren dentro de un marco socioeconómico estructural que se conoce como economía informal y que incide de manera importante en la producción de vivienda y hábitat que realizan los habitantes del borde informal.

No obstante, dichas condiciones también constituyen las circunstancias de generación de un '*habitus*' particular como lógicas de acción que, de acuerdo con lo definido por Bourdieu (2007), no corresponden al dominio consciente de las personas, sino que se trata más bien de un principio generador instalado como '*modus operandi*' a través del tiempo y mediante improvisaciones reguladas.

Según Bourdieu (2007), esta manera de operar se instaura como sentido práctico, que es la condición base que hace posibles las prácticas. Su carácter de proceso no implica que dicho sentido sea previo a lo social, sino que se construye socialmente al mismo tiempo que se realizan las prácticas. Éstas, así comprendidas, responden a esquemas prácticos que se ajustan a lógicas usualmente variables o a puntos de vista parciales que las mismas prácticas imponen. El sentido práctico constituye así una unidad sin principio unificador evidente, una lógica casi natural de las realidades culturales, producto de una aplicación arraigada de los mismos esquemas de percepción y acción. (Bourdieu, 2007).

En relación con la idea de que las prácticas operan bajo lógicas de acción, Doberti (2022) sostiene que la práctica social corresponde a un conjunto de acciones y enunciaciones institucionalizadas por una comunidad que, situada en un contexto histórico específico, las pacta y las transforma. Por lo tanto, indica, para abordar el significado de una práctica es necesario pensarla en su contexto cultural, de acuerdo con su condición histórica (Doberti, 2011), y en el marco de las "*sistemáticas de la significación que nos constituyen como humanos*", a saber: el hablar y el habitar (Doberti, 2022, p. 43).

Con respecto a estas sistemáticas, en su modelo general de la Teoría del Habitar, Doberti (2022) afirma que mientras el hablar hace posible la comunicación, el habitar permite la concertación de los comportamientos sociales. En el habitar, las relaciones se establecen entre escenarios que favorecen, a la vez que circunscriben, y actuaciones de personas que comparten la misma '*codificación habitacional*'. Cada práctica, entonces, instaurará discursos y comportamientos específicos a través de dichas relaciones, estableciendo así parte de sus regulaciones.

Estas regulaciones delimitan el ámbito de operación de las prácticas, tal como lo explica el autor al afirmar:

El juego conjunto de discursos y comportamientos establece el necesario vínculo, digamos de modo más exacerbado, la imbricación donde anida la vida social. (...) Las palabras, el material de los discursos, posibilitan la comunicación, pero lo propio de esta comunicación es su inexorable polisemia, su requerimiento de interpretación, la permanente búsqueda de un sentido abierto y flotante. (...)

De ahí en más somos hablantes de muchas lenguas, es decir de muchas maneras de entender y organizar el mundo; como[s] también caminantes y habitantes según múltiples comportamientos, es decir de muchas maneras de concertar nuestras conductas, de organizar los lugares y las cercanías o alejamientos.

En las regulaciones del habitar, en el devenir de lo cotidiano –en un sentido próximo al que desarrolló Michel de Certeau- se aposentán y se reaseguran las interpretaciones básicas, los cimientos que pretenden dar garantía de estabilidad a nuestra vacilante y mutable inserción en el mundo. (Doberti, 2022, pp. 66–68)

En ese sentido, en el marco de la tesis, las prácticas que configuran el borde informal se comprenden instauradas a partir de la experiencia relacional que ocurre al habitar. Las relaciones que generan dicha experiencia están mediadas por esquemas de percepción y de acción que, a su vez, son regulados por discursos y comportamientos de distintos actores sociales presentes en el territorio, que dan cuenta del contexto histórico y cultural en el que se realizan las prácticas. La experiencia dada a través de este construir de las prácticas, se considera aquí constitutiva del ser de los habitantes en tanto *'ser-en-el-mundo'*.

En referencia a esto último, Heidegger (1994a) señala que el ser humano es en la medida que habita y que construir es medio y camino para el habitar. Las construcciones, sostiene el filósofo, sirven al habitar humano y están determinadas por su modo de habitar. En tal sentido, el construir es manifestación de la existencia

de quien habita el mundo. La experiencia de habitar como un construir influencia el acto creativo, a la vez que es influida por éste y por la obra edificada.

Así, en la medida en que habitar es manifestación de la existencia humana, las prácticas de ocupar, construir y cultivar, como acciones del habitar en tanto modos creativos de producción de lo urbano informal, se entienden como parte fundamental de lo cotidiano. En esta idea de lo cotidiano puede establecerse una relación con '*lo habitual*' propuesto por Heidegger (1994a) en cuanto a que

El construir como el habitar, es decir, estar en la tierra, para la experiencia cotidiana del ser humano es desde siempre, como lo dice tan bellamente la lengua, '*lo habitual*'. De ahí que se retire detrás de las múltiples maneras en las que se cumplimenta el habitar, detrás de las actividades del cuidar y edificar. Luego estas actividades reivindican el nombre de construir y con él la cosa que este nombre designa. El sentido propio del construir, a saber, el habitar, cae en el olvido. (Heidegger & Barjau (trad.), 1994a, p. 129)

No obstante, este acostumbramiento al construir del habitar es el que le permite al ser humano asumir lo angustiante de su finitud, existir sabiéndose mortal, y otorgar sentido a la vida desde esa condición: '*nacimos para morir*', como lo señala Sztajnszrajber (2016). Así, lo '*habitual*', lo cotidiano sería desde donde se construye sentido al habitar. Esta afirmación se articula con las ideas que, sobre la vida cotidiana, plantea Henri Lefebvre, y que, sobre las prácticas de la vida cotidiana, desarrolla Michel de Certeau,

Lefebvre, en su libro *La vida cotidiana en el mundo moderno* (1972), afirma que lo cotidiano corresponde a un conjunto de actividades y obras de la vida ordinaria que constituye una primera esfera de significado, que resulta de una acción creadora. Es decir, que lo cotidiano entraña "*el ser oculto de la realidad humana*" (Lefebvre & Escudero (trad.), 1972, p. 26).

Para este filósofo, lo cotidiano está constituido por repeticiones lineales y cíclicas relacionadas con la actividad creativa comprendida en clave espacio temporal. "*Esas*

gentes nacen, viven y mueren. Viven bien o mal. En lo cotidiano ganan o no ganan su vida, en un doble sentido: no sobrevivir o sobrevivir, sobrevivir tan sólo o vivir plenamente. Donde se goza o se sufre es en lo cotidiano. Aquí y ahora” (Lefebvre & Escudero (trad.), 1972, p. 32)

En diálogo con ello De Certeau, en *La invención de lo cotidiano* (2000), señala también que lo cotidiano está relacionado con lo ordinario, con aquello que se desarrolla en el día a día. En referencia al espacio urbano, este sociólogo destaca que son las acciones individuales las que construyen y transforman el espacio de la ciudad, mediante procesos de apropiación. Como parte de esta idea, indica que son las prácticas sociales que ocurren en el espacio las que tejen la vida colectiva, a partir acciones impensadas que crean condiciones de posibilidad omitidas por la organización funcionalista de la ciudad.

Así, las prácticas sociales cotidianas del espacio urbano son entendidas por este autor, como esquemas de acción vinculados a un tiempo fragmentado, pero permanente, marcado por la ocasión. Acciones impulsadas por la falla de la razón ante lo imprevisto, que propicia instancias de pensamiento sobre lo posible. “*El tiempo accidentado es lo que cuenta en el discurso efectivo de la ciudad: una fábula indeterminada, mejor articulada en las prácticas metafóricas y en los lugares estratificados que el imperio de la evidencia en la tecnocracia funcionalista*” (De Certeau & Pescador (trad.), 2000, p. 223).

Con base en este planteamiento, De Certeau (2000) sostiene que a través de la mirada a las ‘*maneras de hacer*’, en relación con el lugar en el que ocurren y como alternativa a una aproximación desde ideas totalizantes sobre la ciudad, es posible dar cuenta de otra espacialidad. En ésta, las prácticas como esquemas de acción develan una dimensión oculta de la ciudad habitada, revelando el movimiento de la vida al interior del espacio en la ciudad planificada (De Certeau & Pescador (trad.), 2000).

En relación con la construcción y transformación cotidiana del espacio, Hernández García y otros (2013) indican que éste ha dado paso a desarrollos teóricos que, en lo referente a la producción informal de lo urbano y planteados desde un enfoque de abajo hacia arriba, permiten aproximarse a lo urbano construido por la gente y sus acciones en y sobre el espacio. Al respecto, afirman que las investigaciones recientes sobre la ciudad hacen énfasis en la posibilidad de concebirla como un organismo vivo, y destacan cómo lo cotidiano permitiría una comprensión dinámica tanto de su dimensión espacio temporal, como de la sociocultural y del horizonte de posibilidades que las acciones humanas pueden implicar.

En concordancia con esto, en esta tesis, recurrir a las prácticas en tanto actos creativos que configuran el borde informal, permitió indagar desde el hacer cotidiano el sentido que lo estructura y evidenciar las poéticas que dan consistencia al mundo que se configura. Para ello, se establecieron tres prácticas de lo habitual identificadas como configuradoras esenciales del borde informal en Bogotá: ocupar, construir y cultivar (**Gráfico 1-1**).

El ocupar, fue entendido como la manera en que las familias dialogan con la tierra que las acoge, esa particular forma de posarse sobre la geografía hallando en ella un modo de permanecer en el mundo y hacerse lugar en él. Se trata de la forma en que los habitantes del borde informal se apropian de la geografía y acceden a la tierra sobre la cual edifican su casa. Esta práctica evidencia dinámicas que, más allá de su condición de ilegalidad, constituyen no solo la manera de resolver una necesidad habitacional sino también la forma de situarse en el mundo desde el ser situado en la Cuaternidad. Habitar la Cuaternidad es el modo de hacer mundo y construir lugar, en la cuádruple relación entre la tierra, el cielo, los mortales y los divinos.

El construir, habla de la manera de hacer lugar desde el cual se construye mundo, a partir del modo en que se vive y en la medida de lo posible. La casa como lugar íntimo, desde el cual se construye lo urbano informal, permite habitar (ser y estar en) el mundo. Expresa una comprensión particular de la tierra y de la técnica, de un

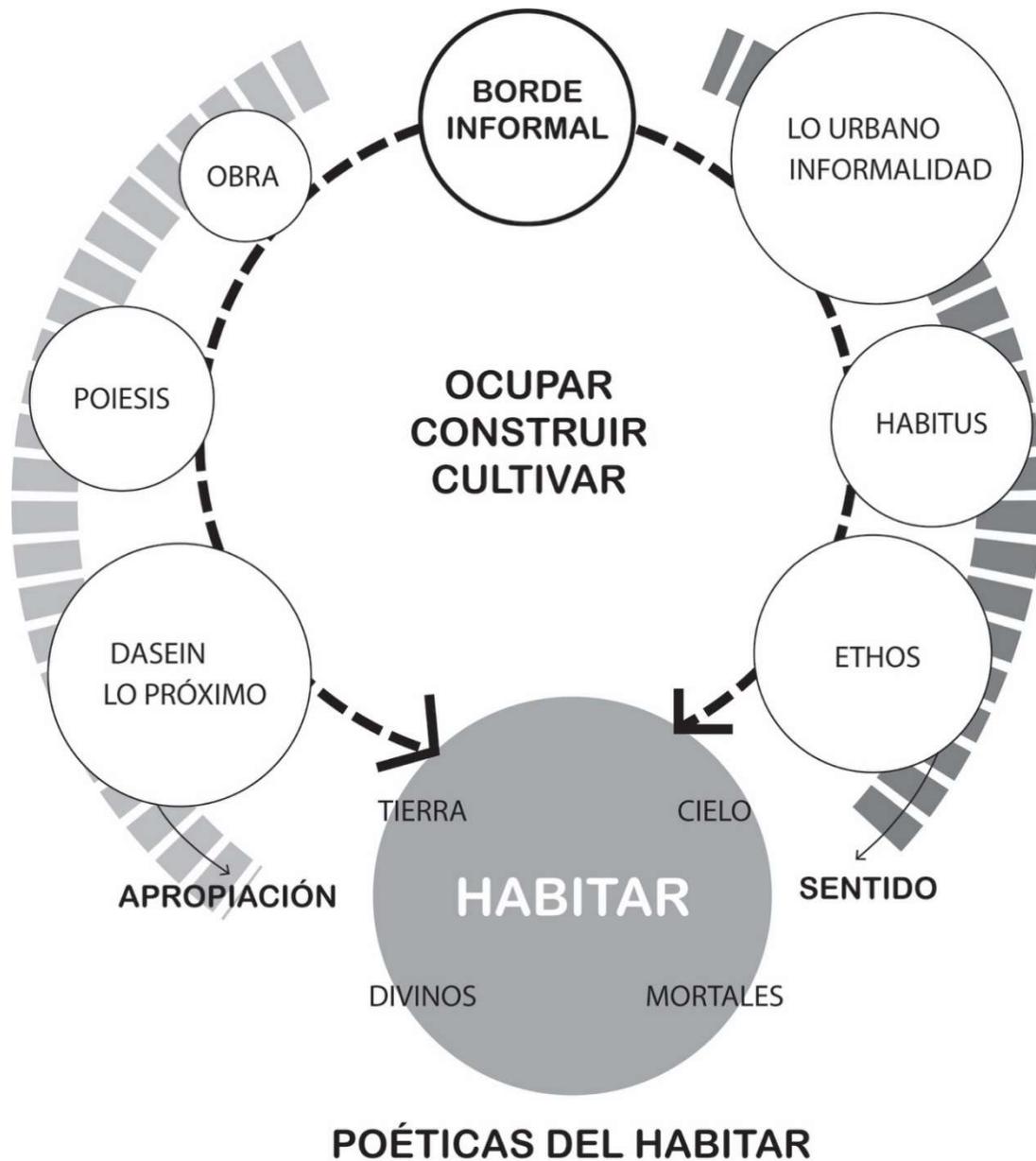


Gráfico 1-1: *Articulación de conceptos en la construcción del marco teórico*

Fuente: Elaboración propia, 2022

saber relacionado con experiencias previas, y de un espacio tiempo que, en tanto habitado, trasciende al espacio geométrico. Es este proceso el que da consistencia material al borde informal, el que define su espacialidad a través de formas materiales y de relaciones que establecen los habitantes entre ellos y con aquello que construyen.

Esta práctica está asociada tanto al tiempo, el que transcurre mientras se habita y que da forma y lugar al ritmo de la vida misma, como al modo en que se habita, en el que se es al estar. Una acción permanente que marca los ritmos de esta otra forma de producir lo urbano, donde la idea moderna de función asociada a la vivienda se mueve hacia otra idea contingente de lo posible ligada a la noción de casa.

Y el cultivar, fue entendido en el sentido planteado por Heidegger (1994a), como el cuidado del ser humano por las cosas que constituyen su mundo. Ese rasgo fundamental del habitar que se manifiesta en la necesidad de cuidar del otro y de lo otro, de vincularse existencialmente con el mundo. Esta condición de interrelación permitió comprender el cultivar como acto del pertenecer. Un vínculo que se establece con el tiempo, a través del cuerpo que actúa en la práctica, como manifestación del ser que habita y que al habitar se hace parte del lugar que construye.

1.2 Metodología

Para suscitar un cambio de mirada sobre el borde informal, comprendiéndolo desde sí mismo, desde los modos de hacer con los cuales sus habitantes lo construyen cotidianamente al habitarlo, la investigación buscó descifrar en él los ámbitos de sentido subyacentes en su forma material de la mano de los autores mencionados, que explican los lazos que su creación ha establecido entre el artífice y su obra.

Así, se abordó la noción de poética del habitar elaborándola como un enfoque, principalmente a partir de los planteamientos de Heidegger (1994a) y Bachelard

(2000). Con base en este enfoque, se buscó comprender el borde informal como fenómeno de producción de lo urbano en el marco de la informalidad.

Para ello, se estableció en primera instancia la idea concepción filosófica del borde, partiendo de la idea de frontera planteada por Heidegger (1994a), que es desarrollada recientemente por Scaglia (2020) para explicar particularmente el concepto de borde. En segundo lugar, en atención a que la idea de borde que en esta tesis se construye se circunscribe al ámbito de lo urbano, y en consecuencia con el enfoque elaborado, se acogió desde una aproximación estética la idea de la ciudad como obra del hacer humano, propuesta por Aldo Rossi (1999), así como los planteamientos sobre lo urbano de Lefebvre (2003), y las diferentes aproximaciones al concepto de borde urbano, sistematizadas por Villamizar y Talavera (2018).

De esta manera, y para concluir la construcción teórica del concepto, se precisó lo que implica la producción de borde cuando sucede como resultado de un proceso informal, desde una perspectiva urbana, a partir de lo explicado por Torres y otros (2009) para la ciudad colombiana.

Desde allí, se recurre al concepto de poética, en tanto '*poiesis*', para indagar las categorías que permitieron instrumentalizar el enfoque de poética del habitar para la interpretación del borde informal como obra. Con este propósito, se acogieron las reflexiones sobre prácticas sociales realizadas por Bourdieu (2007) y se precisaron en relación con el habitar a partir de los planteamientos de Doberti (2022). Así mismo, y con base en lo identificado sobre el modo de producir lo informal de lo urbano, esta idea de las prácticas se enmarcó en la noción de '*lo habitual*' de Heidegger (1994a), la que a su vez se relacionó con el concepto de lo cotidiano desde lo desarrollado por Lefebvre (1972) y de Certeau (2000).

Esta aproximación al borde informal es la que interesó elaborar en el marco de la relación ser humano-mundo que, si bien se inscribe en la discusión disciplinar sobre el concepto de borde urbano, se sitúa en clave poética. En tal sentido, para el estudio de dicha relación, se consideró el borde informal más allá del espacio construido, en

el sentido de advertir a sus habitantes como depositarios del encuentro entre una cultura dominante y otras, que no por haber sido sometidas desaparecen, sino que al contrario persisten, se adaptan y se in-corporan en el ser de quienes habitan ese lugar y, a veces, se revelan (Anzaldúa, 1987).

Allí se constituye un tejido de relaciones entre la ciudad planeada desde las normas y la espontánea, una mezcla de materiales y técnicas entre lo permanente y lo efímero; una construcción que ocurre en el espacio geográfico del borde urbano atravesada por relaciones de poder que están en permanente conflicto.

Se trata de un espacio dinámico, en tanto es donde se realizan cotidianamente prácticas propias de otra manera de hacer lo urbano, donde la interrelación de las personas en y con el espacio sucede en el encuentro entre el mundo arcaico¹² y el moderno, entre lo natural y lo antrópico, dando paso al lugar de la mezcla, de la diversidad, de la esencia mestiza¹³.

Esto permite suponer, una incompreensión de la realidad como producto de un sujeto social. En el borde informal no hay un único productor ni existe un sistema retórico preestablecido dentro de un marco institucional definido, en lugar de eso, existe un complejo sistema de relaciones espaciales y culturales, que más bien se construye a través de hechos empíricos y de códigos que se articulan y hacen posible la inscripción del sentido de manera libre y altamente indeterminada, creativa: un juego aleatorio de significados (Agrest, 1976).

Así, se hace necesaria una aproximación metodológica que permita comprender la experiencia de ese habitar, una herramienta que permita, en palabras de García Moreno, interpretar aquel lugar “*donde el habitar descubre la poesía, es decir, la manera como la vida se da*” (García Moreno, 1996, p. 176).

¹² En el sentido de Jaramillo en *Tipología Polares* (1987), sobre el campesino como productor y sujeto ‘arcaico’

¹³ Siguiendo la idea de formación cultural de Anzaldúa presentada en *Borderlands* (1987)

Para descifrar dicha creación poética en el borde informal, como ya se dijo, se reconocen tres prácticas fundamentales en su configuración: ocupar, como acto realizado para permanecer en lo urbano; construir, como labor que da forma al objeto arquitectónico y, desde él, al espacio urbano en tanto lugar del habitar; y cultivar, como quehacer cotidiano y colectivo en el lugar construido para cuidar/preservar la obra creada y pertenecer a la comunidad de los mortales.

De acuerdo con este planteamiento, la investigación se desarrolló con el método fenomenológico hermenéutico, que permite situarse en relación directa con el mundo para caracterizar las poéticas del habitar que configuran el borde informal. Ello, a través de las prácticas de lo habitual que permiten comprender la experiencia tanto de quienes lo habitan, como de quienes actúan en él.

Si bien, entonces, la pregunta esencial es acerca del sentido del habitar el borde informal a partir de fenómenos (prácticas) en los que la esencia misma de aquel se hace visible, su comprensión se sitúa mediante un ejercicio hermenéutico de reconocimiento e interpretación de dichos fenómenos.

Al proponer la idea de borde informal en tanto obra construida a partir del hacer poético de sus habitantes, se da cuenta de la relación que se construye con el lugar habitado. Se trata de una indagación en la dimensión de lo sensible que ocurre en la medida de un habitar que permanentemente toma forma material a través de prácticas de lo habitual, relacionadas con la configuración de un mundo y la construcción de lugar, como fenómenos que dan cuenta de ese hacer estando.

Este hacer poético alude a la Cuaternidad (Heidegger & Barjau (trad.), 1994a) pues da cuenta de haceres anclados a lógicas diversas que coexisten, se articulan, en las relaciones que establecen quienes habitan con otros, situados en el mismo lugar (mortales), y con lo otro que los envuelve y sostiene (tierra). Son relaciones que se transforman con el paso del tiempo (cielo), dejando huellas en la obra, de las tensiones y de los acuerdos que dan paso al lugar cuyo sentido, más allá de la forma, se encuentra en la experiencia de construirlo y, más allá de las lógicas, se sitúa en

el enigma de habitarlo (divinos), en aquello que va más allá del sentido. Estas relaciones transforman además el espacio en frontera, en el sentido de Heidegger (1994a), es decir, le otorgan consistencia de borde.

Ocupar, construir y cultivar, en tanto categorías orientadas a la interpretación de fenómenos de realidad, se aproximan desde un enfoque que parte de la materialidad de la obra e indaga en las lógicas que explican las relaciones que determinaron su creación, especialmente en aquellas que develan los lazos de afecto establecidos por las personas al habitar.

Este enfoque se plantea a partir del reconocimiento de lo que, sobre la experiencia de la ciudad, en su dimensión afectiva, propone Beatriz García Moreno (1997), quien sostiene que dicha experiencia ocurre a través de su materialidad conformada, poseedora de la capacidad de producir placer estético, despertar afectos y acoger valores que las personas depositan en ella, configurando signos a lo largo del tiempo. Luego, sobre la dimensión simbólica, se despliegan las memorias y los discursos que la configuran.

De esta manera, la arquitecta sitúa las formas materiales en relación directa con el sujeto y su experiencia de recorrerlas, de habitarlas. Un recurso que permite ver más allá de las características físicas de la forma, registrando lo que ellas suscitan y el modo en que lo hacen. Es decir, se parte de lo visible y tangible para particularizar el fenómeno estudiado e indagar desde allí los significados y el sentido oculto en la construcción del borde informal como lugar del habitar. Esto se toma desde lo planteado por Heidegger (1994b) en cuanto a que la experiencia humana del mundo ocurre en el contacto cotidiano con las cosas, a partir de la presencia de las cosas en el mundo, de su existencia como creación humana (Sharr, 2007, p. 30).

Esta idea sitúa la relevancia de lo material en la experiencia del mundo, en lo cual coinciden autores como el filósofo francés Jacques Rancière quien, tanto en su libro *El Reparto de lo Sensible* (2009) como en *Aisthesis* (2013), sostiene que en la

interpretación de la experiencia sensible intervienen las condiciones materiales, las formas de visibilidad y los modos de percepción, afectos y pensamiento.

En este marco, se decidió iniciar el análisis de las prácticas desde sus huellas, establecidas como formas materiales del borde informal entendido como obra, que están presentes en el sector de estudio en la actualidad (año 2022). Estas formas permitieron iniciar un proceso de arqueología al indagar por sus orígenes, sus autores, las posibles lógicas que guiaron su producción, y los tiempos superpuestos que en ellas son rastreables.

Cada una de estas prácticas, en tanto está orientada a la construcción de lugar, se entiende atravesada por lógicas que, de acuerdo con García Moreno (2021), participan en la conformación de ciudad. En este aspecto se refiere a la relación entre la configuración de la ciudad presente y su pasado: *“cómo ciertos hábitos y comportamientos han perdurado, cómo se han fusionado en otras situaciones, cómo se han transformado, cómo se han contraído en un presente, volviéndose a la vez invitación al movimiento”* (García Moreno, 1996, p. 185). Movimiento referido al proceso dinámico de configuración en términos de materiales, técnicas y lenguajes, y de cómo continúa realizándose.

Del mismo modo, pero esta vez en su conferencia *Ciudad, visiones de mundo y discursos del lazo social*, García Moreno (2020) señala que la ciudad es el espacio simbólico por excelencia y que de ella sus habitantes se apropian a través de relatos específicos que dan cuenta de sus haceres, de sus afectos y de cómo transforman la ciudad. Para hablar de ello, la arquitecta propone cuatro lógicas de conformación de ciudad, como lecturas que dan cuenta de las relaciones que se establecen entre los sujetos según quién ejerce el poder y cuál es la ética que opera, en un determinado espacio-tiempo.

La primera de ellas es la lógica de la ciudad fundacional; aquella que establece una tradición. Esta lógica corresponde a modos de construir ciudad organizados a partir de la ley, es decir, regidos por reglas que recogen la tradición, atendiendo a la

memoria y a la historia. “*En esta concepción de ciudad, la confluencia de lo público y lo privado está orientada por la participación en un saber constituido por verdades preestablecidas que se configuran como la tradición a seguir en la conformación del habitar*” (García Moreno, 2021, p. 4). En tal sentido, es posible relacionar esta lógica principalmente con el momento en que ocurre la práctica del ocupar, ya que corresponde con la manera en que los habitantes fundan, no sólo su lugar físico, sino también el modo de producirlo cotidianamente en el marco de la informalidad desde su propio habitar.

La segunda de estas lógicas es la de la ciudad funcional. Ésta responde a un modo de pensar la ciudad desde un punto de vista racional, en donde el mundo se vuelve imagen, situándose frente al sujeto para volverse objeto de observación. Se trata de una lógica comandada por la razón, cimentada en la ciencia y su desarrollo tecnológico, en la búsqueda de ‘la’ verdad para la transformación de la ciudad.

Este paradigma deja de lado teorías y concepciones anteriores que valoraban la tradición y los saberes relacionados con un orden trascendental. Lo que interesa es que funcione y que sostenga unas relaciones sociales de producción más allá de los habitantes-sujetos y sus vidas. (...) La ciudad funcional implica pensarla a partir de identificar, depurar y hacer eficientes los sistemas y mecanismos que actualmente atienden necesidades básicas del habitar de sus habitantes e instituciones, definidas en cada momento de acuerdo con los intereses económicos y políticos. (García Moreno, 2021, p. 7 y 8).

Así, esta lógica puede entenderse relacionada en mayor medida con la práctica del construir, pues responde a un hacer que da respuestas concretas a necesidades propias del habitar, tanto desde la edificación de la unidad de vivienda realizada de forma constante y progresiva por sus habitantes, como desde la dotación del espacio urbano con los servicios de la ciudad realizada por la institucionalidad pública, una vez se reconoce legalmente la existencia de los barrios.

La tercera es la lógica de las utopías, que da cuenta de ideas sobre la ciudad fundadas en valores que se anhelan, a través de los cuales usualmente se busca dar respuesta a crisis que enfrenta la sociedad. *“La imagen a imitar se desprende de saberes que han construido los humanos, bien desde lo social, lo psicológico, lo ético o lo matemático. Con base en estos saberes se construyen metáforas inspiradoras para los que proyectan y hacen la ciudad.”* (García Moreno, 2021, p. 5).

El desarrollo de imaginarios y acciones conjuntas a partir de las cuales los habitantes del borde informal, en algunas ocasiones, crean colectivamente posibilidades para configurar el barrio como su lugar de habitar, relaciona la lógica de las utopías especialmente con la práctica del cultivar. Ello, dado que las relaciones que se establecen en estos procesos son las que sustentan el sentido de pertenencia que a través del habitar cotidiano establecen las personas con el espacio físico, social y simbólico que habitan.

La última de estas lógicas corresponde a la de los deseos. Deseos del habitante de la ciudad, quien construye lugar en ella, situándose en el espacio-tiempo del aquí y el ahora. Lugar construido desde los afectos, donde aquello que falta es lo que incita al acto del hacer, a la práctica. Una creación cotidiana de lugar a partir de la vida misma, de la experiencia contingente del habitar.

En esta aproximación a la ciudad, el saber es el que cada uno construye en su propia narración de vida, la elucubración que lo sostiene en su paso por el mundo. (...) La posibilidad de que el habitante-ciudadano-sujeto de deseo pueda establecer un diálogo con la ciudad, que le permita involucrarse en la experiencia de ser y estar en el mundo, es lo que da cabida a la poética del habitar, que la singulariza y reconfigura al modo de una obra de arte colectiva que se transforma día a día con los haceres de sus habitantes. (García Moreno, 2021, p. 8 y 9)

Esta lógica se relaciona especialmente con la práctica del construir, no porque esté ausente de las demás prácticas, siendo tal vez la más transversal de todas, sino porque es en la construcción de la casa donde se hace más evidente el vínculo que

se teje entre el habitar individual y familiar, y el hecho físico como lugar de los afectos, donde transcurre la dimensión más íntima de la vida y desde donde se mira y se configura el barrio como lugar del habitar colectivo.

Por otra parte, si bien las prácticas de los habitantes dan cuenta tanto de sus deseos como de las utopías que los guían cuando actúan en colectivo, y de cómo fundan y realizan su construcción de mundo, a su vez, estas mismas prácticas permiten identificar la manera en que están cruzadas por los haceres de otros, que, sin habitar en el borde informal, influyen en su construcción como obra desde otras lógicas de producción del espacio urbano. Así, las formas materiales del borde informal no son sólo creación de quienes lo habitan, si no que responden también a miradas y decisiones de aquellos que desde fuera imponen sus propias lógicas, que dejan huella en la obra y en la experiencia de habitarla.

En tal sentido, ambos recursos, materialidad y lógicas de ciudad, se articulan en esta investigación como camino para la caracterización del hacer de las prácticas, a partir de las formas materiales que crean y de las lógicas relacionales que las originan, permitiendo elaborar un análisis del borde informal en tanto obra. Así, desde el espacio-tiempo de las prácticas, fue posible comprender el '*ethos*' construido desde el habitar, el cual permitió interpretar ámbitos de sentido que coexisten en el lugar: '*la Loma*' como mercancía; '*la Loma*' urbanizable y '*la Loma*' habitable.

Desde estas estructuras significativas fue posible comprender al borde informal, a partir de la experiencia de su materialidad, como obra del hacer cotidiano de sus habitantes, es decir, comprenderlo en tanto hecho. Así mismo, pudo ser comprendido en tanto hacer creativo, a partir de las lógicas de pensamiento de quienes le dan forma, en particular de aquellos que al habitarlo lo construyen.

En la producción del borde informal en tanto obra, las prácticas cotidianas fueron consideradas como unidades cognitivas en su condición de fenómenos derivados de la acción del ser humano en el mundo. Prácticas que han configurado el borde informal a partir del hacer humano, desde acciones realizadas con ritmos distintos,

en tiempos distintos, aunque a veces simultáneos. Las prácticas se enmarcan en diferentes lógicas que a veces se traslapan, coexisten, se imponen, son silenciadas, pero que en todo caso dan origen a formas materiales cuya experiencia constituye la dimensión poética del borde informal.

De esta manera, se pudo comprender cómo la experiencia de la forma material y las prácticas que desde lo habitual las crean, conectan con el sentido que desde ellas se asigna al mundo. Un vínculo entre los seres que habitan estando y su entorno, que se transforma a través del tiempo y a partir del cual permanecen en la tierra, mientras construyen con los otros un lugar al cual pertenecer: '*la Loma*'. Así, en presencia de la Cuaternidad a la cual '*cobija*' este lugar, fue posible develar poéticas del habitar relacionadas con momentos y circunstancias particulares del transcurrir de la vida de sus habitantes.

Para ello, tal como lo presenta el **Gráfico 1-2**, se construyó una articulación metodológica entre las prácticas de lo habitual, a partir de un enfoque interpretativo, que permitió comprender el borde informal como obra. Una categoría que hace posible concebir la complejidad propia del habitar, involucrando al habitante y su hacer al habitar, desde una aproximación que entiende a aquel borde como constructo en proceso y que evidencia el mundo que allí se configura.

Así, la práctica del ocupar fue analizada a través del trazado y el rancho como formas materiales establecidas inicialmente, como se indicó, desde una lógica fundante de la ciudad que luego toma consistencia con las acciones a partir de las cuales sus habitantes se sitúan en el mundo. Esta lógica develó la poética de la urgencia como acto de resistencia de la vida en medio de la adversidad.

La práctica del construir se analizó esencialmente desde la casa como forma material, que fue identificada por medio de la investigación como unidad estructuradora del barrio, construida a través del tiempo e inacabada en tanto imagen del ensueño, entendido como origen del hacer creador en el sentido propuesto por Bachelard (2000).

Este proceso continuo de transformación sucede, según se explicó, en el marco de una lógica de ciudad funcional, en la que los habitantes buscan cómo resolver pragmáticamente sus necesidades a través también de otras formas materiales como las redes vitales, mediante las cuales resuelven su acceso al agua y a la energía, o como las calles que les permiten recorrer el barrio y conectarse con la ciudad. A la vez, este proceso es atravesado por una lógica del deseo, que les permite reconocerse como habitantes de un mundo que en tanto es configurado desde su propio habitar, les permite dar cabida a sus anhelos y expectativas sobre la vida en ese lugar íntimo que construyen: la casa.

Este mismo construir, ocurre en el momento en que la ciudad planificada reconoce la existencia de los barrios producidos en el marco de la informalidad. Un construir también bajo una lógica funcional que trata de conectar, a través de usos y lenguajes, a los nuevos barrios de la ciudad con los códigos de lo establecido. No obstante, esta lógica deriva también, en ocasiones, en una lógica de la ciudad del deseo, pues puede dar cabida a manifestaciones de los habitantes que buscan hacer evidente su identidad y, desde ella, su relación con la ciudad planificada. En esta imbricación de lógicas se devela una segunda poética, la del reconocimiento, animada por la manifestación de identidad propia ante el colectivo con el que se habita y por una búsqueda de visibilización ante esa ciudad distante para la cual el borde informal permanece invisible.

Finalmente, la práctica del cultivar como cuidado que protege y hace crecer en un permanente hacer que construye el lugar del habitar con los más próximos, que vincula a los otros con quienes se habita y se comparte la vida y sus devenires, se analizó desde aquellos espacios colectivos, en los que más allá de la forma material lo que se ha construido es la identidad de los barrios. Esos lugares en donde la lógica de la utopía prevalece y se hace posible el ensueño colectivo. Allí donde, como en la casa, se vale soñar y desde ese sueño, en este caso colectivo, se hace posible construir interminablemente otra versión de lo urbano.



Gráfico 1-2: *Articulación metodológica*

Fuente: Elaboración propia, 2023

**Ocupar
la tierra
bajo
el cielo**

2

La práctica del ocupar, en tanto modo de producción de sentido, establece la disposición de los sujetos y sus acciones en el espacio, influye en la organización de su vida colectiva y en su relación con lo otro. Se trata de una manera de apropiación del territorio con la cual se construye lugar, desde una autoproducción material y de significados de lo urbano. A través del tiempo, este modo de producción ha configurado un fenómeno constante de creación desde la contingencia cotidiana, de extensas áreas de borde en las ciudades de América Latina.

En tal sentido, se considera en esta tesis que el proceso de producir la ciudad informal es otro modo de producir el espacio urbano, que tiene origen en circunstancias particulares de un momento concreto de la historia de cada ciudad, de la cual hace parte y que, sin entender esa parte no es posible comprender lo urbano como unidad.

De esta manera, la aproximación al fenómeno de producir informal el espacio urbano desde las prácticas del habitar, que aquí se propone, busca en lo general, interpretar el borde informal más allá de lo construido, comprendiéndolo como proceso en el contexto de la experiencia del hacer cotidiano. Una obra creada como resultado del habitar, que encierra poéticas creadas a partir del vínculo entre el espacio geográfico y los grupos humanos que lo habitan, de su experiencia de establecerse en diálogo con otros humanos y no humanos.

La práctica del ocupar da cuenta de las condiciones en que se llega a un territorio, en que se lucha para y mientras se habita, según un modo de construir lugar para permanecer. Esta práctica da cuenta de la experiencia de situarse en el mundo, a partir de relaciones establecidas para acceder a la tierra, desde dinámicas que operan '*fuera de norma*'. Estas dinámicas hacen posible un espacio desde el cual ocupar una geografía, grabando sobre ella las huellas de la vida de los nuevos habitantes de estos territorios.

Esta mirada relacional entre el habitar y su obra responde a la construcción teórica que se realizó sobre las prácticas de lo habitual, principalmente a partir de Bourdieu

(2007) y Doberti (2022). Desde ella se estableció como necesario configurar primero el ámbito contextual sobre el cual se desarrolla la práctica del ocupar, para luego identificar elementos físicos de la obra (formas materiales) que permitieran interpretar las lógicas de acción que orientan esta práctica. Así, se identificaron acciones y actores que participan en la configuración de la práctica como esquemas de conformación de lo urbano, en el marco de lo que García Moreno denomina lógicas de ciudad.

Desde esta perspectiva, para poder abordar la práctica del ocupar fue necesario, en primera instancia, dar cuenta de quiénes son esos que llegan a habitar. En particular conocer historias y motivos de aquellos que llegaron al origen del sector de estudio para fundarlo. Y así mismo, caracterizar esa tierra que encontraron al llegar tanto desde las condiciones físico-ambientales que los desafiaron, como desde los significados que heredaron.

Sobre esa tierra que se hizo abstracta por voluntad de otros, los migrantes fueron llegando de uno en uno, a ocupar un desierto gélido desde el cual miran la ciudad como promesa incumplida. Encontraron líneas trazadas sobre lienzo en blanco que tomaron consistencia al hincar el primer palo; las esquinas de un rancho contenido entre muros de ‘*paroi*’¹⁴. Una vez hecho el negocio, el predio vuelve a ser tierra para ser dominada por los cuerpos, el trabajo y el deseo:

Antes se había invadido el terreno, comprado o negociado a trueque por electrodomésticos y se había pagado el impuesto al retén de la policía para subir los enseres y materiales. Al lado del terreno trazado, ya estaban amontonados los materiales de construcción, (...) se levantaba el rancho de

¹⁴ El ‘*paroi*’ es un material de construcción descrito por la Secretaría Distrital de Hábitat como “una tela impermeabilizante fabricada con sustrato de papel Kraft e impregnada con una mezcla de asfalto y aceite mineral” (Secretaría Distrital del Hábitat, 2022)

madera y se cubría con paroi, tela asfáltica, las supuestas paredes y el techo se aprisionaba con el peso de piedras y troncos de madera.

(Alape, 1996, pp. 112–113)

Situarse sobre la tierra, sobre lo que allí hay, para quienes llegan al borde informal buscando un lugar donde residir, implica ocupar una geografía que ha sido grabada con la geometría trazada desde la lógica de ‘urbanizadores piratas’¹⁵, sobre la cual durante décadas ha construido lugar el habitar humano.

Ese mercado ilegal, cuya lógica transforma la tierra en suelo transable al dividirlo en partes equivalentes, fabrica una mercancía que vincula la imagen del borde informal con la idea de ciudad: ‘*el predio*’. Esta unidad de propiedad se convierte en el punto de partida para la configuración del espacio de habitar, de cada una de las familias que llegan al territorio para ocuparlo.

Es así como quienes se encuentran a cargo de operar este mercado, determinan en el ejercicio de su territorialidad¹⁶ la estructura de un espacio donde el ser humano impone por la fuerza su trazo sobre la superficie natural, sin ninguna consideración espacial, sólo con el interés de la rentabilidad económica. Son límites puestos allí, de ese modo, sin diálogo alguno con la topografía, mediante lógicas de un mercado ilegal que busca lucro en la venta de ese suelo, en un interés fundamentalmente mercantil por la tierra.

¹⁵ Camargo y Hurtado en su artículo *Urbanización informal en Bogotá* explican de este modo el rol de urbanizador pirata: “El proceso de producción del espacio urbano informal transcurre por un largo camino en el que intervienen varios agentes: en primera instancia el loteador o fragmentador, llamado comúnmente ‘urbanizador pirata’, adquiere el globo de terreno inicial (lo que implica la negociación con un primer agente propietario del terreno). Posteriormente se da la conversión en producto inmobiliario que implica una parcelación y en ocasiones una adecuación mínima del terreno, para poder iniciar el proceso de venta de dicho producto. Este segundo paso supone un proceso de comercialización, financiación y venta del producto inmobiliario resultante” (Camargo S. & Hurtado T., 2013, p. 87)

¹⁶ Este concepto es definido por Sack como “el intento por parte de un individuo o grupo de afectar, influir, o controlar a las personas, fenómenos y relaciones, delimitando y reafirmar [sic] el control sobre un área geográfica. Esta zona se llama el territorio” (Sack, 1986, p. 26)

Es en esta medición de fuerzas, donde el ser humano, aquel más vulnerable, debe enfrentar el desafío técnico que tal lucha plantea ante la posibilidad de construir sobre un territorio escarpado, desconectado de infraestructuras y servicios urbanos, de difícil acceso y conexión con el resto de la ciudad, pero que tiene la promesa de lo propio, de convertirse en lugar del cual hacer parte.

En el barrio, las casas en su mayoría eran de paroi y muy poquitas estaban construidas en ladrillo o en bloque, muchas estaban en obra negra (...). Habían [sic] casas de lata, casas de tabla, de esterilla (...); las calles sin pavimentar.

(Simona en Alape, 1996, p. 125)

Así, una vez dispuesta la escena de ese momento inaugural, para caracterizar particularmente lo relativo a la práctica del ocupar, se identificaron dos formas materiales como resultado de ella: el trazado y el rancho. El primero, en tanto huella de las múltiples transformaciones físicas y de significado que ha experimentado el territorio que se ocupa. Y el segundo, en tanto manifestación clara del deseo de permanecer y construir allí un lugar donde habitar.

El trazado permitió rastrear el proceso de configuración del sector de estudio, para cuyo registro y análisis se recurrió principalmente al plano. Esto en sintonía con Rossi (1999), autor a cuyo planteamiento sobre la ciudad ya se hizo referencia el marco teórico de esta tesis y quien al considerarla como obra expresión de la vida humana que da cuenta de sus circunstancias y de su memoria histórica y social, sostiene que “*el plano siempre es un tiempo de la ciudad*” y que sobre él quedan registrados, como huellas indelebles, los diferentes momentos que le han dado forma al espacio (Rossi et al., 1999, p. 145).

Los planos revisados corresponden inicialmente al estado del trazado en el sector de estudio, en el año 2021, desde donde se rastrea su origen y el significado de su forma, hasta llegar a la explicación de la manera en que fue tallado. Para realizar

esta interpretación, se recurrió además a relatos de quienes vivieron o conocieron sobre este proceso tanto de primera mano como mediante investigaciones sobre el tema.

En cuanto al rancho, el principal recurso para identificarlo y comprender su significado fue a través de los relatos de los habitantes del sector. En su memoria está registrada cómo fue su llegada al barrio y para re-presentarla se recurrió a imágenes de ranchos presentes también para 2021 en el sector. Estas imágenes fueron elegidas en tanto muestran que, aunque se trata de barrios que llevan décadas de consolidación, la práctica del ocupar sigue presente en las dinámicas del habitar que allí ocurren.

2.1 Los que llegan

Lo que hoy se conoce como Ciudad Bolívar y, en general, los terrenos localizados al sur del río Tunjuelo en Bogotá, Colombia, han sido sitios de asentamiento de migrantes rurales y urbanos en busca de mejores condiciones de vida. Algunos de ellos persiguen oportunidades laborales; hay otros, que han sido desplazados forzosamente de sus lugares de origen a causa del conflicto armado interno; y otros, migrantes extranjeros que anhelan un lugar donde poder habitar. Familias y personas de múltiples orígenes que, debido a sus condiciones de informalidad laboral y bajos ingresos, han sido excluidas de las posibilidades de acceso a suelo y vivienda urbana producidos en el marco legal institucional.

Este fenómeno no es ajeno a las ciudades latinoamericanas en donde, según plantea el economista Pedro Abramo (2012), la exclusión del acceso a la vivienda urbana formal para las familias se funda en requisitos normativos impuestos por el modelo de ciudad modernista. Estos, constituyen a la vez una barrera a la producción formal y una incitación a la acción de loteadores ilegales, así como al desarrollo de procesos de ocupación de predios urbanos y periurbanos que han ocurrido en toda la región, produciendo de esta manera una estructura socio espacial desigual.

Tales procesos, a través del tiempo, han configurado extensos espacios de borde en las ciudades de la región, que se constituyen no sólo como elemento intrínseco de su configuración material sino también como característica esencial del fenómeno urbano Latinoamericano (Abramo, 2012; Torres T., 2009). Así, la producción de lo urbano se refiere en esta tesis, y en concordancia con Lefebvre (2003), al proceso que ocurre en la contingencia cotidiana del habitar de una población que, excluida de la ciudad planificada, construye su propio modo de ser y estar en la ciudad.

Según Torres (2009), antes de volverse un bien transable comercialmente en el mercado, el suelo sobre el que se habita constituía uno de los rasgos de la identidad individual y social de las comunidades. Esta relación establecida por las personas con la tierra al habitar, reconociéndola como soporte para la vida, se transforma esencialmente, al convertirse en mercancía, rompiendo el vínculo existencial y marcando la disputa actual por su propiedad y tenencia.

Es un escenario de lucha en relación con el derecho a la explotación de sus recursos; una situación de conflicto que genera altos niveles y diversas formas de violencia que, a su vez, han sido origen de migraciones masivas de población hacia las ciudades. De acuerdo con el Registro Único de Víctimas, al 31 de diciembre de 2022 la cifra de víctimas por desplazamiento forzado en Colombia ascendía a 8.375.715 personas.

Es víctima del desplazamiento forzado toda persona que se ha visto forzada a migrar dentro del territorio nacional, abandonando su localidad de residencia o actividades económicas habituales, porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personales han sido vulneradas o se encuentran directamente amenazadas con ocasión de las violaciones graves y manifiestas a las normas internacionales de derechos humanos, ocurridas con ocasión del conflicto armado interno. (Ley 1448, 2011)

A inicios del siglo XX, más precisamente en la década de los años 20, se asentaron al sur del río Tunjuelo, donde se localiza el sector de estudio en Bogotá, familias que

migraron desde áreas rurales en busca de oportunidades de empleo que brindaba la creciente industria urbana (Loaiza, 2020).

Más tarde, señalan Gómez Pérez y otros (2014), miles de familias debieron migrar también a raíz de las disputas por la propiedad de la tierra rural entre hacendados y campesinos, iniciada entre las décadas de los años 30 y 40 de ese siglo, y que desencadenó la violencia bipartidista colombiana. Este conflicto se cimentó en la hegemonía de un gobierno conservador, cuyas políticas acentuaban la desigualdad y el descontento de comunidades, en su mayoría campesinas, indígenas y obreras, quienes se organizaron en una lucha marcada por ideas socialistas florecientes en la época (Loaiza, 2020).

Así, la violencia marcó la conformación de diferentes grupos armados que complejizaron el conflicto interno que desde entonces se ha vivido en el país, provocando el desplazamiento de millones de personas hacia Bogotá, inicialmente desde regiones de Cundinamarca, Boyacá, Santander, Huila y Tolima. Luego, en la década de los 70, la lucha por la tierra tomó fuerza en la Costa Atlántica, en los 90 la violencia arrecia en el Magdalena Medio y a fines de siglo azota los Llanos Orientales, el Pacífico y el sur del país (Gómez Pérez et al., 2014). Este fenómeno de violencia generada por diversos conflictos a lo largo de la historia del país continúa¹⁷, aun hoy, provocando la migración forzada y el despojo de tierras de familias colombianas que deben reconstruir la vida desde el desarraigo.

En el marco de este contexto sociopolítico, entre las décadas de los años 50 y 60, muchos de los terrenos de lo que hoy es Ciudad Bolívar, que hasta ese momento fueron haciendas y áreas de explotación de materiales para la construcción, empezaron a ser ocupados por migrantes, a pesar de las precarias condiciones

¹⁷ Evidencia de ello presenta la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de las Naciones Unidas en su informe *Colombia: Impacto y Tendencias Humanitarias*: “Durante enero y noviembre de 2021, al menos 72.300 personas han sido forzadas a desplazarse en 159 emergencias masivas. Lo anterior, representa un incremento del 62% en el número de eventos y de un 196% en el número de personas desplazadas en comparación con el mismo periodo de 2020” (OCHA, 2022).

espaciales y económicas que implicaba situarse en los límites del crecimiento urbano (Ramírez Herrera, 2014).

En relación particular con los barrios en estudio, la zona donde se encuentra localizado Potosí, que es el más antiguo de los dos, corresponde con esos primeros asentamientos que partieron de terrenos cercanos a la Avenida Boyacá y se extendieron hacia el occidente, sobre la zona de montaña (Ramírez Herrera, 2014), llegando hasta lo que en su momento fue el barrio Jerusalén¹⁸.

las familias llegaban a Jerusalén por varios motivos; una gran parte llegó del sector rural queriendo encontrar en la ciudad un espacio que les permitiese mejorar sus condiciones de vida. La mayoría de la población de Jerusalén procede de los departamentos de Santander, Tolima y Boyacá principalmente. Otras familias no resistieron el pago de arriendos en barrios de la capital, los cuales eran muy elevados para sus cortos ingresos, y buscaron un lugar propio. Las familias que llegaron al barrio tenían el anhelo de conseguir un lugar en donde colocar sus hijos y sus pocos bienes, poco les importó que tal lugar no tuviera servicios públicos básicos. Lo importante era tener un techo (González, 2004, p. 22)

Según Ramírez (2014), fueron barrios construidos a través de procesos informales de producción de espacio urbano, que se extendieron hasta la década de los años 90, realizados sobre suelos inestables y empinados. Así mismo, el autor indica que otros barrios, fundados en su mayoría hacia fines de la década de los años 80 y sobre todo en la de los años 90, se localizaron en la zona industrial al norte de la localidad, alrededor de la Autopista Sur, expandiéndose hacia el centro de la localidad y bordeando la frontera con el municipio de Soacha.

¹⁸ Según Niño y Chaparro (1998) a finales de la década de los noventa del siglo pasado, el barrio Jerusalén era uno de los más grandes de la localidad y se encontraba dividido en sectores, uno de los cuales era Potosí-La Isla.

Caracolí corresponde a este último grupo de barrios, que también se localizaron en zonas de alto riesgo por remoción, siendo su topografía de las más empinadas de la localidad, según se indica. Al respecto, Ramírez (2014) señala que algunos estudios geológicos han podido relacionar actuales condiciones de riesgo por remoción en masa con antecedentes de explotación minera en sectores que, como éstos, luego fueron invadidos o loteados por urbanizadores piratas.

De acuerdo con Torres (2011), durante largo tiempo Caracolí ha sido un barrio receptor de población desplazada a causa del conflicto armado interno del país. Según el investigador, en Caracolí para el 2005 más del 45% de la población era oriunda de Bogotá, casi el 46 % provenía de otros lugares del país, principalmente de departamentos cercanos a la capital como: Cundinamarca, Boyacá, Tolima, Huila, Meta y Santander. Y los demás correspondían a población extranjera.

Hoy en día, siguen llegando a este territorio muchos otros migrantes expulsados desde sus áreas de origen, por un conflicto interno que se ha vuelto a acentuar en los últimos años y parece no acabar (OCHA, 2022). A ello se suma la migración de familias extranjeras de países en crisis que, en busca de mejores oportunidades de vida, llegan al borde acentuando las dificultades, pero también la diversidad que lo constituye¹⁹.

Así, lo urbano informal se crea en medio de la disputa por la propiedad y tenencia del suelo transformado en mercancía: el predio, pero como resultado de una lucha por la presencia en un lugar dónde habitar. Hecho que se marca una vez se ha logrado la posesión del suelo y de modo casi inmediato, en la mayoría de los casos, con la construcción de edificaciones incipientes y precarias que se consolidan con el

¹⁹ Múltiples testimonios de la llegada de estos migrantes al sector pueden encontrarse en notas de prensa: “En las calles de los barrios Potosí, Tres Esquinas y Caracolí, de esta localidad de Bogotá [Ciudad Bolívar], conviven (...) migrantes venezolanos y desplazados de varias regiones de Colombia” (Cárdenas, 2018). “En nuestro recorrido encontramos también que en Caracolí y Potosí, pero en general, en toda la localidad, hay exmilitares de Venezuela, de rango medio, a los que el sistema de pagos arruinó sus vidas” (Morante, 2018)

tiempo (Alape, 1996; Medellín, 2020), y que son manifestación de la vida y su transcurrir en espacios de borde informal, que albergan también el sentido del habitar urbano: el racho.

Las personas que han llegado desarrollaron sus propios modos de habitar. Situados por la geografía, la época y sus circunstancias, realizaron la construcción de lugares a partir de la casa, su obra fundacional. Esa unidad que configura barrio, no sólo como materia sino como el dónde del habitar. Se trata de un lugar desde el cual es posible pertenecer a la sociedad urbana junto con los otros que van llegando, con quienes se comparten los apremios de la supervivencia y, a veces, algunos sueños.

De esta manera, prácticas como ocupar la tierra bajo el cielo, construir lugar donde permanecer en el mundo y cultivar relaciones con lo Otro, entendido como lo simbólico, y con los otros, sus semejantes, son las que han dado forma día a día a lo que fue nombrado como '*la Loma*'. Ese lugar donde aquellos primeros migrantes y su descendencia han construido su *ser-ahí* y *estar-ahí*, su propio habitar el mundo.

Es en '*la Loma*' donde fue posible encontrar poéticas motivadas por el habitar en distintos momentos de la existencia: en la urgencia por residir sobre la tierra que de alguna manera les fue permitida; en la creación que permite el ensueño al construir como propio algo del mundo que imaginan y desean; y en la búsqueda de un diálogo, desde la confrontación, con discursos institucionales establecidos para lograr su reconocimiento como parte de la ciudad.

2.2 Lo que encuentran

Aquí el ocupar no se entiende como una acomodación del cuerpo biológico a un hecho material dado, o como la etapa final de un proceso de producción. Se trata, más bien, de un acto fundacional a través del cual las personas, que en tanto humanos están habitados por la vida y la muerte, crean lugar para situarse en el mundo como declaración de la presencia de su propia y temporal existencia.

Este situarse implica relacionarse con lo que allí ya es. Con una geografía que determina circunstancias particulares de acceso y de emplazamiento, que facilitan o dificultan las posibilidades de habitarla. Con unos ejercicios de poder establecidos por un discurso de mercado que, si bien, otorgan flexibilidad económica y bajos precios, también establecen condiciones desfavorables para el habitar, en medio de la disputa por la propiedad de la tierra que oculta la lucha diaria por habitar lo inhabitable, aquello que la planificación urbana ha declarado como no urbanizable²⁰, y con preexistencias heredadas de anteriores prácticas de ocupación, que fueron moldeando el territorio.

Este proceso ha dejado marcas que la práctica del ocupar de diversas comunidades trazó sobre la geografía del área de estudio. Un trazado que responde a diferentes lógicas de posesión de la tierra. En esta superposición de trazos, grabados a modo de palimpsesto, la geometría que determinó el ocupar de los actuales habitantes de los barrios Potosí y Caracolí, responde principalmente a una lógica de criterios mercantiles con propósitos de lucro, de quienes con estrategias por fuera de lo legal se apoderaron de la tierra.

Una tierra en la que desde épocas prehispánicas se establecieron relaciones particulares con el mundo, configurando lugares que les permitieran habitarlo, para luego ser dominada bajo la introducción de la idea de propiedad. Así, los más recientes habitantes de estos barrios, se establecieron en un espacio que fue ocupado por otros antes, quienes dejaron sus marcas sobre la geografía. Estas marcas (palimpsestos), como huellas del pasado, pueden aún leerse como registros que se conservan a pesar del paso de los siglos.

Esos trazos que entonces delimitaron la propiedad hoy son vías que comunican sectores de ciudad, como es el caso de la actual autopista sur; nombres que aún se pronuncian, aunque hayan cambiado de significado, como La Candelaria o Terreros;

²⁰ Categoría referida a aquellas áreas que, por condiciones de riesgo o características ambientales o productivas, son declaradas como no construibles con infraestructuras urbanas.

rastros materiales de un pasado que configura el presente, como ocurre con el Puente del Indio. Transformaciones ligadas a un persistente acto de creación de lugares y de cambios de sentidos a través del tiempo, suscitadas por el tránsito de personas con sus modos de habitar²¹.

2.2.1 Cerro Seco, geografía que sostiene la vida

Una de las emociones más intensas que se experimentan al acceder por primera vez al área de estudio es de asombro, ante la majestuosa escena de una ciudad interminable que se extiende desde la sabana hacia las montañas que la rodean (**Foto 2-1**). Esas montañas le otorgan un halo de misterio al paisaje; dejan ver lo suficiente para imaginar que hay mucho más, permiten tomar distancia y contemplar la imponente geografía sobre la cual ha ido configurándose la ciudad de Bogotá.

En lo alto de esas montañas, sobre el borde urbano, se sitúa el sector de estudio desde la que se decidió realizar la aproximación a prácticas del habitar que presenta esta tesis. Sus condiciones físico-geográficas corresponden a espacios no urbanizables frente a los procesos de construcción de vivienda y ciudad. Se trata de un área que fue declarada por el planeamiento, como se indicó, como no urbanizable (Torres en Medellín, 2020; Rendón, 2009), por presentar, como muchas otras, características de riesgo o de reserva ambiental, o por tratarse de suelos rurales productivos, pero que desde una perspectiva económica se constituyen en alternativa asequible para los grupos de población que han sido excluidos de los modos de producir formalmente el espacio urbano.

²¹ Este aspecto se desarrolla en la sección 2.2.2. de esta tesis, en lo referido al significado del trazado.



Foto 2-1: *Cerros orientales de Bogotá.*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, agosto de 2018

El paisaje de 'la Loma'

Bogotá, esa ciudad a la que se viaja a veces diariamente; una mancha urbana que se extiende infinitamente a los pies de '*la Loma*'; ese lugar hostil rodeado de montañas, desde donde se le mira y se le desea, aunque para ella se sea invisible.

En lo particular, las montañas en las que residen los habitantes de Caracolí y Potosí hacen parte de uno de los pocos biomas²² semisecos del altiplano cundiboyacense, reconocido por la comunidad y por la administración de la ciudad como Cerro Seco. Se trata de zonas cuyo ecosistema original corresponde al conjunto de aquellos denominados subxerofíticos. Este tipo de ecosistema, denominado técnicamente Orobioma Azonal Andino (Calvachi, 2012), se caracteriza por sus formaciones montañosas de entre dos mil quinientos cincuenta y dos mil novecientos metros sobre el nivel del mar, por un clima semihúmedo donde la temperatura media anual oscila entre los 12°C y 14°C y la pluviosidad no supera los seiscientos milímetros en promedio anual, lo que hace que las zonas donde se localiza se constituyan como las más secas del Distrito Capital.

Según Calvachi (2012), estos ecosistemas son de particular interés ecológico pues, además de ser componentes esenciales de la estructura ecológica principal del país, se constituyen como centros biológicos de endemismo para especies de flora y fauna únicas y dependientes del microclima y del suelo particular que allí se presentan.

El suelo de estas montañas es de origen volcánico, conformado por limos arcillosos de poco drenaje, por lo cual posee un alto grado de compactación que dificulta el desarrollo de vegetación con raíces profundas. Esta característica hace que además la vegetación sea de porte bajo, con poca cobertura de la superficie del suelo, lo que lo hace muy susceptible a la erosión presentando condiciones de disminución en la infiltración y aumento en la escorrentía superficial. Esto sumado a fuertes pendientes y actividades humanas como la minería y la expansión urbana, entre otras, hacen que el riesgo local de remociones en masa aumente (Calvachi, 2012).

²² El bioma es definido como el “área biótica o paisaje bioclimático se denomina a una región de la superficie de la Tierra que presenta uniformidades en cuanto al clima, la flora y la fauna, constituyendo así una zona identificable a partir del tipo y la variedad de ecosistemas que es posible hallar en ella.” (Equipo editorial Etecé, 2021)

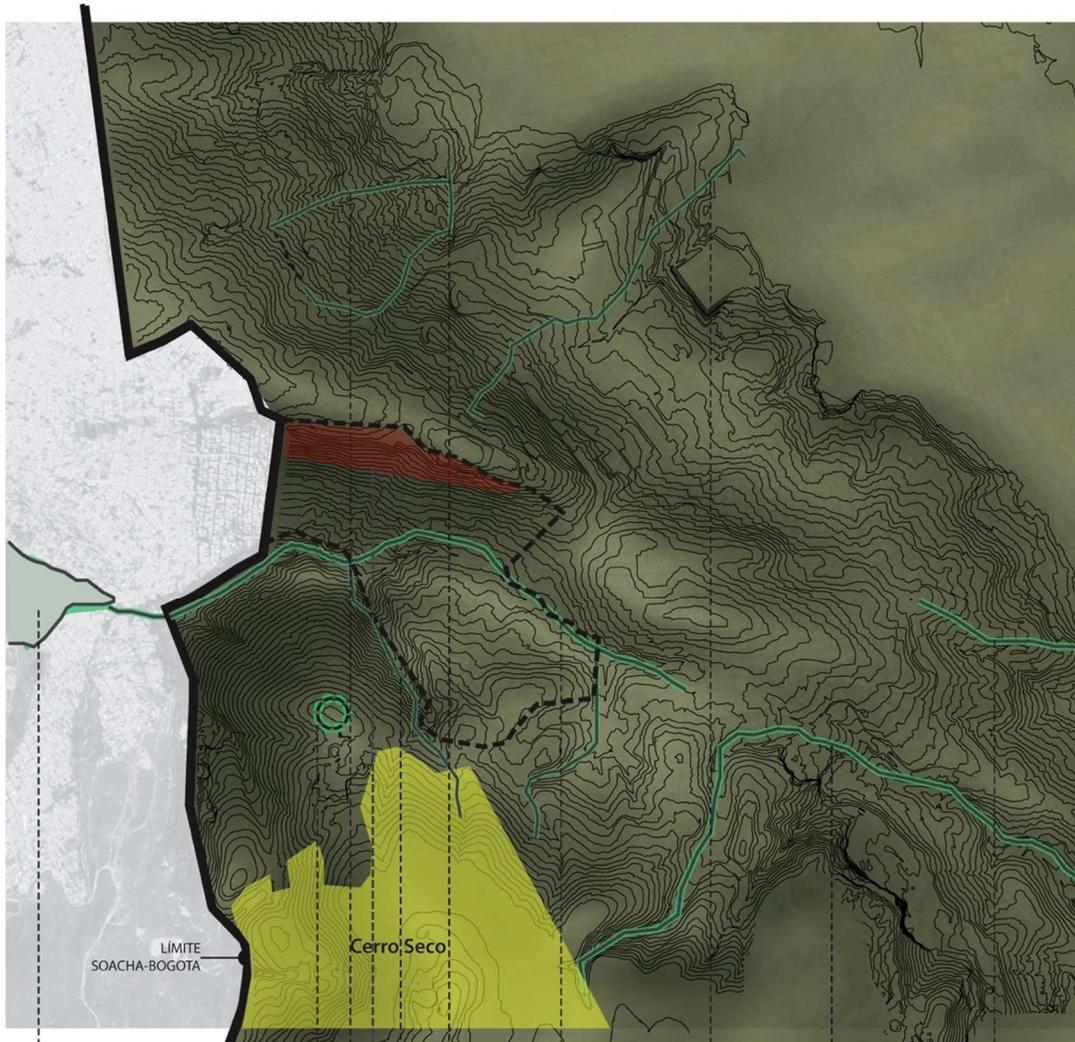
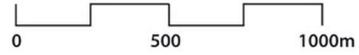
Justamente, si se dirige la mirada hacia el norte del sector de estudio, en la parte alta de la montaña que comparten los barrios Caracolí (Bogotá) y Robles (Soacha²³), se ubica una gran zona de riesgo alto no mitigable por remoción en masa (**Mapa 2-1**). Esta categorización, corresponde al cruce entre condiciones de vulnerabilidad y amenaza por movimientos en masa mediante el modelo de análisis y evaluación del riesgo aplicado por el Instituto Distrital de Gestión de Riesgos y Cambio Climático – IDIGER para la ciudad de Bogotá. Según esta entidad, el 83% de la superficie del Distrito Capital se encuentra sobre terreno montañoso, lo que ha requerido el estudio permanente de los movimientos en masa en la ciudad.

Este tipo de movimiento se refiere al *“proceso por el cual un volumen de material constituido por roca, suelo, tierras, detritos o escombros, se desplaza ladera abajo por acción de la gravedad”* (IDIGER, 2022) y su ocurrencia depende tanto de factores físico- naturales como antrópicos, entre los cuales se destacan: alta pendiente de los terrenos, suelos propicios a la erosión, con falta de cobertura vegetal, problemas de drenaje, sobrecargas sobre las superficies en ladera, entre otros (IDIGER, 2022). Estas condiciones geofísicas, todas ellas presentes en distintas zonas del sector mencionado, hacen que aquellas no deban ser cargadas con el peso de ningún tipo de edificación pues ello compromete la estabilidad del suelo, poniendo en riesgo la vida de quienes allí se encuentren.

En la montaña sobre la que se encuentra ubicado el barrio Caracolí, está reconocida una gran área con esta condición del suelo, lo cual ha hecho que la ocupación en los predios allí trazados haya sido por años motivo de conflicto. Durante los años de seguimiento al habitar en los barrios, ha sido posible ver cómo dichos predios han sido ocupados reiteradamente por familias quienes han decidido construir sus viviendas allí, aun sabiendo que ponen su vida en riesgo (**Foto 2-2**). Ello, mediante acciones de hecho o a través de compra de lotes en el mercado ilegal que continúa

²³ Soacha es un municipio del departamento de Cundinamarca con el cual está físicamente conurbada la ciudad de Bogotá, aunque cada uno conserva su autonomía administrativa.

SECTOR DE ESTUDIO



Humedal
Terreros

ÁRBOL PALO
DEL AHORCADO

QUEBRADA ZANJÓN
DE LA MURALLA

QUEBRADA
SANTO DOMINGO
ZONA DE RIESGO

QUEBRADA CARBONERA

QUEBRADA
ZANJÓN
EL CORTIJO

QUEBRADA ZANJÓN
LA CANDELARIA

QUEBRADA ZANJÓN
DEL AHORCADO

QUEBRADA TROMPETICA

Mapa 2-1: Geografía del sector de estudio

Fuente: Elaboración propia a partir de Google Earth, 2022



Foto 2-2: *Zona de Riesgo Caracolí, ocupada*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, febrero de 2018

El riesgo de habitar

decenas de personas humildes que cayeron en el engaño de los tierreros, que pagaron de buena fe con los ahorros de su vida un pedazo de tierra en el que esperaban construir su vivienda (Melgarejo, 2020)

operando en el sector, con la esperanza de que sea este el camino de acceso a una vivienda subsidiada.

Esta esperanza se funda en la acción del Distrito a través del programa de reasentamientos humanos. Con este programa, de la mano de historias de ocupación no formal, deslizamientos y muerte, el gobierno de la ciudad en un par de ocasiones ha reasentado familias en esta área buscando proteger su vida, pero a la vez esta estrategia se constituyó en un incentivo a nuevas ocupaciones de quienes buscaban la ayuda estatal.

En el segundo semestre de 2019, el Distrito realizó el más reciente proceso de reubicación consiguiendo que, al menos del lado de Bogotá, el terreno haya quedado despejado para la futura construcción de un nuevo parque (**Foto 2-3**). Por su parte, del lado de Soacha la situación es otra. Allí continúan asentadas familias en la zona de riesgo, haciendo evidente un límite impuesto, marcado por la acción diferenciada de las administraciones públicas respectivas.

La experiencia de confrontar esta naturaleza agreste para '*sembrar el rancho*', es parte de las imágenes grabadas en la memoria de quienes llegaron al inicio de la construcción de estos barrios. Así lo narra uno de los participantes del Taller de la Memoria, a partir del cual el historiador colombiano Arturo Alape escribió su libro *Ciudad Bolívar: La hoguera de las ilusiones* (1996):

el primer día que se pensó en sembrar el rancho, un acto de fundación en el que todas las fuerzas familiares se desencadenaban, se dio comienzo a una larga pericia humana. (...) febrilmente se emparejaba la tierra amarillenta-ocre y rocosa, erosionada (...), formaciones arcillosas ausentes de capas vegetales que le dieran un mínimo de aire y vida, clima seco y sediento como

si se tratara de un desierto posado en las alturas, (...) tierra a punto de derrumbarse, amenaza constante para los habitantes de barrios enteros

(Alape, 1996, p. 112).

A pesar de estas características de riesgo y aridez, este mismo ecosistema es origen de varios cuerpos de agua que hacen parte de la subcuenca del Tunjuelo. El Tunjuelo es un río de montaña, cuyo caudal promedio es de tres metros cúbicos por segundo, variando hasta los noventa metros cúbicos en época de lluvias. Su cuenca es la segunda mayor en extensión (setenta y tres kilómetros) y área de cobertura (trescientos noventa kilómetros cuadrados) del Distrito Capital, después de la del río Bogotá, en el cual desemboca luego de atravesar las localidades de Usme, Ciudad Bolívar, San Cristóbal, Rafael Uribe, Tunjuelito, Kennedy y Bosa (García Hurtado, 2012).

Administrativamente, esta subcuenca se encuentra a cargo de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá, entidad que la ha subdividido en tres partes para su gestión: cuenca alta, “es la parte más escarpada de la cuenca y comprende el área localizada entre la Laguna de los Tunjos, lugar donde nace el río Tunjuelo, y el Embalse de la Regadera”; cuenca media, “hace parte del área rural del Distrito y va desde el embalse La Regadera hasta el área denominada Zona de Canteras”; y cuenca baja “es el área de la cuenca del río Tunjuelo que abarca el perímetro urbano. Comprende desde la llamada Zona de Canteras hasta la desembocadura del río Tunjuelo, en el río Bogotá” (García Hurtado, 2012, p. 17).

A esta última parte de la cuenca es a la que pertenecen las quebradas zanjón de La Muralla y zanjón del Ahorcado, las cuales constituyen elementos esenciales en la estructura física del sector de estudio, conectados ecológicamente con la laguna artificial Terreros localizada en el municipio de Soacha (**Mapa 2-1**).

De estas quebradas, el zanjón de La Muralla es la que separa la montaña donde está ubicado el barrio Caracolí de aquella en donde está Potosí, a la vez que une en



Foto 2-3: *Zona de Riesgo Caracolí, reasentada*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, agosto de 2021

A los pies de la montaña
verde, con distintos tonos, pero verde.
Del color del pasto cuando borran las casas
antes de que ocurra una tragedia;
del tono del '*paroi*' cuando la ilusión de lograr una casa con subsidio
amerita arriesgar la vida.

su recorrido a Bogotá con Soacha, en un continuo que cose un territorio que los límites administrativos pretenden separar. El zanjón del Ahorcado, por su parte, es aquella que marca el límite del crecimiento urbano en el barrio Potosí, ante una montaña de explotación de cantera (**Foto 2-4**), cuyo título minero está a nombre de Canteras Unidas La Esmeralda (Garzón V., 2016). Este título corresponde a uno de muchos otorgados para la explotación de minerales para la construcción en Bogotá.

Así, clima, suelo, topografía y agua, dan cuenta de aquello que habitaba antes de los humanos en ese espacio. Eso otro que, en equilibrio, configuró un valioso ecosistema para especies endémicas que se han visto desplazadas ante la amenaza de la especie humana, que ha alterado tal equilibrio ocupando esta geografía, para habitarla, para explotarla, transformándola irremediablemente y asignándole múltiples significados. De todo ello son conscientes algunos de los habitantes del sector, especialmente los del barrio Potosí, quienes se han organizado para conocer y defender esta valiosa geografía con la que cohabitan:

Este ecosistema lleva miles de años generándose, se llama subxerofítico y tiene unas condiciones bioclimáticas muy parecidas a las del desierto, pero es un desierto en alta montaña (...). La comunidad o mucha gente dice ‘a no eso es maleza’ y no se dan cuenta que es un bosque (...). Todo el mundo dice que como no hay árboles grandes y no hay una vegetación frondosa entonces no hay agua, el agua está es dentro de la roca, dentro de la montaña (...). Los chicos empezaron a tener discusiones (...), ‘es un proceso extractivo’ uno normaliza, están haciendo minería allá, pero los chicos empiezan a ver eso como problemática y empezamos a averiguar, (...) entonces los chinos dijeron ‘vamos a hacer un plantón frente a la entrada de la minería’ y nos vamos ese viernes con pancartas a hacer una toma recreo deportiva y cultural y ahí nace la Mesa Local Ambiental, (...) la mayoría de las pancartas decían ‘no le saque la piedra en [sic] la montaña’ (...), entonces fueron los chicos los que dictaron



Foto 2-4: *Montaña de explotación minera*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, agosto de 2021

Cerro Seco (Bogotá, D.C.)

“Su ecosistema semidesértico lo hace diferente a cualquier otro espacio de la ciudad. Sin embargo, alrededor hay proyectos mineros y un plan del Distrito para hacer un parque de borde, mientras que los ambientalistas piden evitar cualquier actividad en la zona y velar por su protección” (Rivera R., 2021)

que había que defender el territorio y ojalá fuera en unidad y ojalá se llamará así.

(Andrey Téllez en Garzón V., 2016, pp. 136–139).

No obstante, otra buena parte de la población, sobre todo aquellos que sin mayor conocimiento llegaron a esas montañas, para habitarlas, las recuerdan desde la desolación del encuentro: *“pues no había barrio, era una loma (...) una loma que tenía sólo cinco casas (...) bueno, ranchitos (...) que recuerdos ... que todo eran lomas, tenían demasiados zanjones, eh, que más, nada, esto parecía un desierto”* (Ambar Omaira, entrevista para PVP²⁴, 18 de agosto de 2020).

2.2.2 El palimpsesto trazado

En el borde informal, el trazado es la huella indeleble de la imposición de la presencia humana sobre un espacio prohibido, no apto para urbanizar según la institucionalidad de la ciudad, pero con un alto nivel de consolidación después de muchos años de trabajo continuo, tanto a nivel colectivo (comunidades), como en cada familia (en torno a la vivienda). Allí, mientras la geometría de ese trazado pretende velar por la primacía de criterios de mercado tras una apariencia de normatividad, su materialización en la tierra abre la posibilidad al deseo de permanecer de aquellos que anhelan un lugar para habitar lo urbano (**Foto 2-5**).

El trazado da cuenta de estructuras determinantes desde las cuales es configurado lo urbano. Se trata de líneas que delimitan la forma sin determinarla por completo, pues a partir de estas marcas el habitante encuadra lo que le es *‘propio’*, otorgando consistencia material a su condición de existencia, a su deseo por transformarla, a su particular modo de habitar. Este trazado establece las coordenadas desde las

²⁴ En el marco del Proyecto de Vivienda Popular – PVP, asignatura de la carrera de arquitectura de la Pontificia Universidad Javeriana, de la cual es profesora la autora de esta tesis, se han realizado diferentes entrevistas (no publicadas) realizadas por y a los habitantes del sector en estudio sobre sus viviendas y sus barrios. Parte de esas entrevistas son incluidas en este texto.

cuales se habitará el mundo, situando el ahí desde donde se puede finalmente ser al estar.

Según Lefebvre (2003), la ciudad industrial y el desarrollo del mercado dieron paso a una ciudad cuyo espacio está adecuado para la acumulación de capital, donde cada cosa debe ser parte de un orden establecido a partir de restricciones. En dicho orden cualquier residuo de desorden y libertad algunas veces se tolera, pero otras, se reprime de manera abrumadora.

Frente a ello el filósofo propone, bajo la noción de lo urbano, un campo de pensamiento que dé cuenta de la complejidad de la sociedad urbana. Y en tal sentido, que reúna características específicas de la forma urbana, con una idea del espacio-tiempo urbano que *“aparece como un diferencial, existiendo cada lugar y cada momento sólo dentro de un todo, a través de contrastes y oposiciones que lo conectan y lo distinguen de otros lugares y momentos”*²⁵ (Lefebvre & Bononno (Trad.), 2003, p. 37).

A partir de esta distinción entre las nociones de ciudad y de lo urbano, propuesta por Lefebvre, se considera en esta tesis que las formas materiales, que configuran el espacio del borde informal, constituyen el resultado de un modo de producir lo urbano. Ello, al comprender al borde informal en tanto obra humana resultado de prácticas cotidianas, como ocupar, construir y cultivar, que se despliegan al habitar. Así, se podría considerar como una producción diferente a la ciudad planificada, pero que en articulación con ella permite comprender, en su complejidad, el fenómeno urbano de las ciudades latinoamericanas, dada la magnitud de los barrios que así se configuran en la región.

²⁵ Traducción propia del inglés a partir de Google Translate: “appears as a differential, each place and each moment existing only within a whole, through the contrasts and oppositions that connect it to, and distinguish it from, other places and moments”.



Foto 2-5: *Trazado del barrio Caracolí (Bogotá, D.C.)*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, febrero de 2016

Una lógica funcional al mercado

La disposición de los predios en el barrio Caracolí, da cuenta de una lógica mercantil impuesta en la cual ni la geografía, ni mucho menos los futuros habitantes de esa tierra tuvieron ninguna importancia en los criterios de su división como objetos de mercado.

En este marco, el trazado como elemento inaugural de dicha obra da cuenta de las condiciones físicas y de poder, ejercido por quienes lo grabaron, que determinaron el proceso a través del cual se estableció la relación entre los habitantes y la tierra que habitan, esto es, en el sentido de Heidegger (1994a), en el modo de apropiarla y construir mundo.

El trazado del borde informal en el sector de estudio da cuenta del modo en que una geometría, proveniente de una idea de mundo concebida en un espacio abstracto, de mercado, es impuesta sobre su geografía. Esta imposición desconoce características topográficas, condiciones ambientales y ecológicas que precedieron el habitar humano, allí donde la naturaleza no se consideraba apta para albergarlo. Lo que se aprecia es una idea establecida de forma externa y abstracta dada como respuesta a criterios principalmente económicos, en el marco del mercado ilegal de suelo, y a posibilidades instauradas por el mismo mercado para ocupar terrenos '*no urbanizables*', usualmente periféricos, del ámbito urbano.

Es una geometría concebida desde una idea abstracta del espacio, con criterios de dominación y consumo, que toma consistencia material a partir del habitar humano. Manzanas rectangulares y alargadas, casi imperceptibles, dispuestas sin mayor consideración de los accidentes del terreno; calles estrechas de difícil circulación tanto para las personas como para los vehículos, por la falta de andenes, las altas pendientes, los radios de giro y la materialidad del suelo, son el primer contacto con esta geometría (**Foto 2-5**). De inmediato aparecen sobre ella, acciones de apropiación que establecen relaciones, más allá de las dimensiones, entre la materia y los cuerpos, el tiempo y las prácticas, la vida y el lugar.

▪ **El trazado de 'la Loma'**

Entrado el siglo XX, quienes quedaron a cargo de históricas haciendas cuyo origen proviene del despojo de tierras indígenas por cuenta de la ocupación española, ante

el crecimiento de la ciudad y la presión del mercado urbano del suelo, las subdividieron en fincas. Estos cambios en la propiedad de la tierra facilitaron procesos como la instalación de industrias en tierras '*planas*' que, posteriormente, se transformaron en focos de urbanización, así como el establecimiento de empresas mineras motivadas por las características geológicas del área (Gómez Pérez et al., 2014).

Y es que según Garzón (2016), dado el origen sedimentario de las montañas sobre las cuales se sitúa la ciudad, sus suelos han sido sometidos a una intensa actividad minera reflejada, entre otros aspectos, en la actual planificación de tres parques minero-industriales en el sur de Bogotá: el del área del Mochuelo, el de Usme y el del Tunjuelo. Todo ello, a pesar de que la Sabana de Bogotá fue declarada de interés agroforestal y alimentario desde 1993, mediante la ley 99.

En este marco, por ejemplo, a consecuencia de una fuerte resistencia de la comunidad del barrio Potosí ante los impactos de esta actividad en su territorio, la Secretaría Distrital de Ambiente junto con la Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca – CAR, realizaron un informe al respecto que dio paso al cierre preventivo del polígono de explotación situado frente al barrio (**Foto 2-4**), mediante la suspensión temporal de la licencia ambiental en 2016 (Garzón V., 2016).

La actividad minera ha tenido resistencia comunitaria en el sector de estudio. El profesor Andrey Téllez del Instituto Cerros de Sur – ICES, en entrevista con Garzón (2016) el 15 de mayo de 2016, señaló que además de un asunto de salud, relacionado con el material particulado que contamina el aire del área, por tratarse de minería a cielo abierto, dos hechos puntuales detonaron el malestar de la comunidad contra dicha actividad, que involucran el fallecimiento de una vecina y el maltrato a uno de los símbolos más relevantes en '*la Loma*', el Palo del Ahorcado²⁶:

²⁶ La importancia de este símbolo para los habitantes del barrio está presentada en el capítulo IV, ítem 1.5. de esta tesis.

cuando sucedió lo del palo del ahorcado (...) estábamos subiendo en la procesión, como no nos dejaban entrar, el tres de abril entramos, entramos con casi quince mil personas, hicimos una actividad de concientización y sensibilización con la comunidad [,] pero nos damos cuenta que al palo del ahorcado le quitaron las raíces. Al otro día pasa lo de doña Jinnet, la volqueta la arroya [sic], la asesina y decidimos que esto no va más. El cinco de abril nos reunimos tres juntas de acción comunal, Potosí, Súper Lote 10 y La Glorieta y decidimos hacer el plantón (...) Somos y fuimos la fuerza que estuvo ahí en las noches, somos y fuimos la energía que defiende la montaña (...), que defiende caminar la montaña, que defiende volver al territorio, que defiende nadar allá porque nadábamos, caminábamos allá, cogíamos lagartijas, hacíamos muchas cosas.

(Andrey Téllez en Garzón V., 2016, pp. 83–84).

Por otra parte, de acuerdo con Gómez Pérez y otros (2014), el mercado de tierras en la localidad de Ciudad Bolívar articuló diferentes operaciones que, como alternativa habitacional para muchas de esas familias, en gran medida han impulsado la expansión de la ciudad hacia el sur, más allá del Tunjuelo.

Estos autores señalan que, en primera instancia, estuvo la mencionada parcelación de las áreas '*planas*', realizada por los dueños de la tierra de manera legal pero no planificada. En segunda instancia, loteos ilegales realizados a través de procesos de invasión de las fincas, sumados a aquellos realizados por '*urbanizadores piratas*' a cambio de dinero y otros bienes. Y en tercera instancia, operaciones legales y planificadas, como la compra colectiva de predios para su posterior subdivisión, la venta de predios en el marco de programas estatales y la compra por parte de empresas constructoras.

De esta manera, bajo supuestos postulados de eficiencia e igualdad, el trazado ortogonal ha sido aplicado en una lógica de dominación y alarde de poder que impone, en la práctica, la mirada de quienes, a través del poder político y técnico, determinan la estructura del espacio urbano. Con el paso de los años, este dominio pasó a manos del poder económico, por lo que la mirada adoptó criterios de mercado que no sólo consideran intereses mercantiles para el uso del espacio, sino que transforman el espacio mismo en objeto de ese mercado.

En este contexto, el trazado de la ciudad hoy en día parece determinado, en gran medida, por decisiones que dependen del mercado del suelo. Un mercado cuyo comportamiento afecta tanto los procesos de producción formales como informales de espacio urbano. Así, el suelo se fragmenta de acuerdo con principios abstractos, materializados en un trazado y relacionados con su valor monetario y su condición como bien comercializable.

No obstante, la producción informal de espacio urbano subvierte en cierta medida la lógica del trazado ortogonal, en tanto se desprende de la pretensión de espacio predeterminado. Esto dado que, si bien, la estructura predial intenta establecer ciertos ritmos y continuidades, a partir de la edificación de la vivienda, desde su primer momento, el espacio deja de resolverse en abstracto para ser construido en la medida de la vida de sus habitantes, tal como lo demuestran estas narraciones: *“mi suegra (...) ella es una de las fundadoras acá del barrio [Caracolí]. Ella compró el lote y empezó (...) con palitos y tejas construyó el primer piso”* (A. Miranda, comunicación personal, 07 de septiembre de 2021); *“cuando llegamos aquí al barrio [Caracolí] no había casi casas. El lote, mi papá lo compró con ... dio una máquina y un equipo en parte de pago y dio como \$200.000”* (Y. Herrera, entrevista para PVP, 18 de agosto de 2020).

Se trata de fragmentos de ciudad que se construyen desde el uno a uno, logrando una imagen de conjunto dada por la memoria y los afectos, por la experiencia de vida

transcurrida que va tejiendo las piezas de esa obra de la que hablaba Rossi (1999) en su libro.

nuestros padres compraron un lote y lo empezaron a construir, y pues como pagábamos arriendo entonces tocó así, rapidito. (...) era un barrio poco poblado, esto había como muchas zonas así desocupadas, muchos lotes vacíos, y pues eran muy pocas las personas que habitaban acá. (...) ya está más poblado, ya no hay lotes vacíos, eh, hay más zonas de recreación, parques y eso

(J. Galindo, entrevista para PVP, 18 de agosto de 2020)

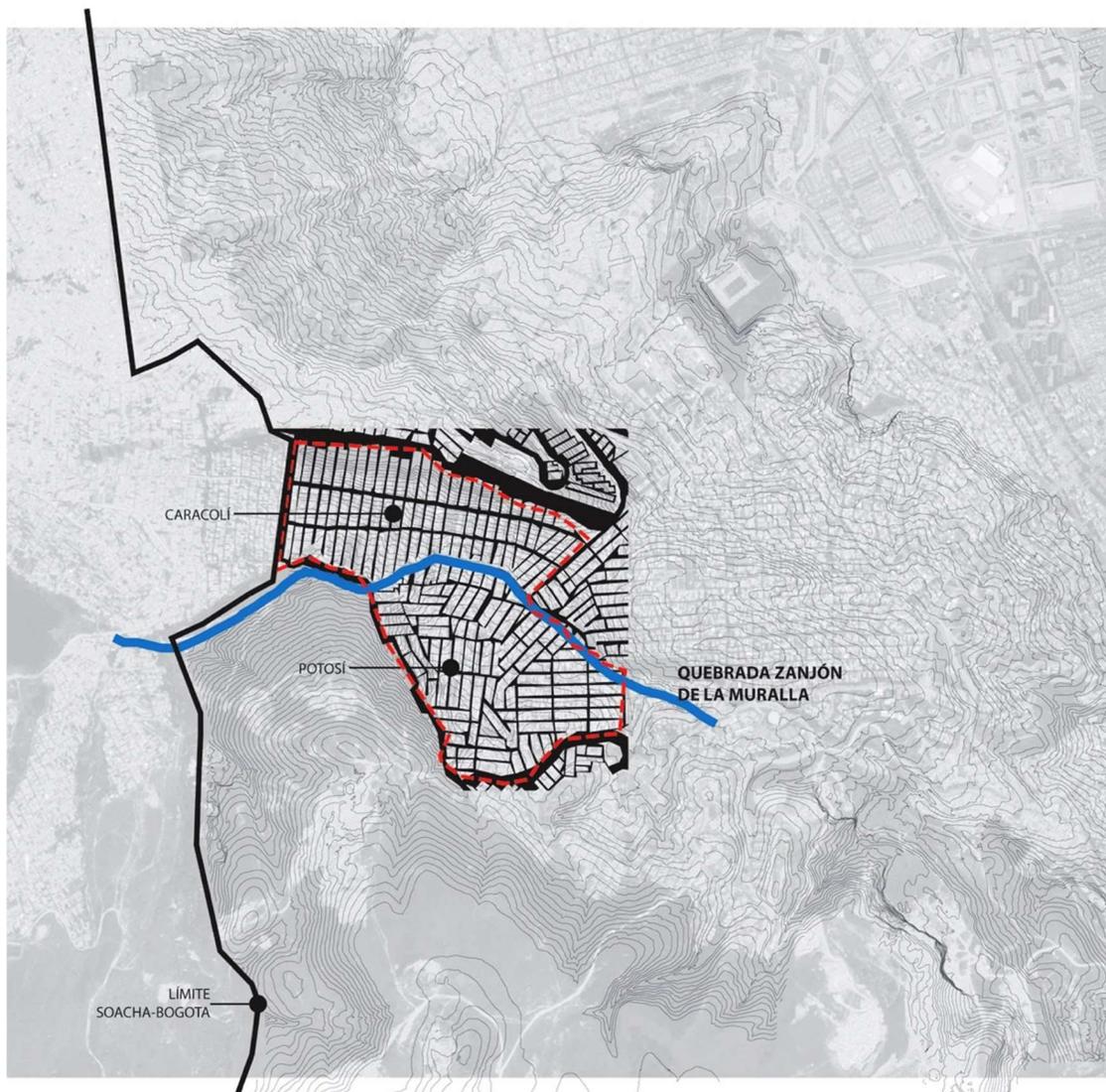
Así, en el marco de una lógica de ciudad funcional, los barrios del sector de estudio empezaron a configurarse. En Potosí el trazado '*resultante*' tiene una disposición y forma heterogénea en las manzanas. Éste no se refiere, seguramente, al reconocimiento de las características topográficas del terreno, ni responde a una forma orgánica de emplazamiento. Se trata más bien de la colisión de tramas regulares dispuestas en el resto de Jerusalén contra una elevación geográfica de configuración espacial variable (**Mapa 2-2**).

Lo que se observa son fragmentos de retículas ortogonales dispuestas en diferentes direcciones, una de ellas se extiende desde los sectores vecinos del barrio y las demás, al parecer, resultan de un intento por acomodar la mayor cantidad de manzanas posible en un área de perímetro y topografía irregular. No obstante, este cruce de líneas produjo tal multiplicidad de formas a las manzanas, que el resultado espacial al recorrer el barrio borra la percepción de ortogonalidad.

Inicialmente, en los años 80 llegan los primeros habitantes de Potosí, como parte de una segunda etapa de urbanización informal de la ciudad con asentamientos en la parte alta de las montañas. En esos momentos Potosí era parte de uno de los sectores del barrio Jerusalén. Según González (2004), el origen de este

SECTOR DE ESTUDIO

0 500 1000m



Mapa 2-2: Trazado de 'la Loma', 2021

Fuente: Elaboración propia a partir de Google Earth, 2022

asentamiento corresponde a un proceso de mercado ilegal de suelo ocurrido entre los años 1982 y 1984.

A los supuestos dueños del terreno, se les llamaban los socios. En Jerusalén eran entre diez y quince socios; (...) Los negocios se hacían con los comisionistas, casi nunca permanecían los dueños porque eran como invisibles, se escuchaba sólo sus nombres y apellidos. Los primeros pobladores fueron los comisionistas, a quienes les daban lotes a vender. (...) Se hacía una supuesta promesa de venta que la firmaba un señor Pedro Borda y listo, se entregaba el lote

(Guillermo en Alape, 1996, pp. 53–54)

Allí, además de la presencia de las familias y los ‘urbanizadores piratas’, hubo presencia de guerrilla urbana perteneciente a los grupos M-19, FARC y ELN²⁷, quienes coincidieron con organizaciones sociales de base en algunas ideas sobre el trabajo comunitario, como posibilidad para afrontar diversas problemáticas del sector (González, 2004).

En esa época, Jerusalén presentaba condiciones físicas precarias, con pocas edificaciones en medio de una geografía árida “y un árbol grande que desde entonces ha sido denominado ‘el palo del ahorcado’” (González, 2004, p. 14). Los habitantes del barrio en ese momento, señala González (2004), eran cerca de ocho mil familias en condición de pobreza que buscaban dejar de pagar arriendo y construir sus ranchos propios a pesar de las duras circunstancias, en un sector que ni siquiera contaba con servicios públicos. De hecho, con el paso del tiempo, y

²⁷ El Movimiento 19 de abril (M-19), las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), fueron y son (el último) grupos guerrilleros creados entre las décadas de los años 60 y 70 en Colombia.

fomentado por la declaratoria oficial de Ciudad Bolívar como una de las zonas de Bogotá²⁸, se incrementó la migración de población hacia dicho sector.

Diferente es el caso del barrio Caracolí cuyos predios se sitúan sobre una ladera de montaña, con pendiente muy elevada, pero de forma e inclinación más regular que en Potosí. Dada esta condición de alta inclinación, sumada a que el área está sobre los tres mil cien metros sobre el nivel del mar, superando la cota para dotación de servicios públicos, y localizada fuera del perímetro urbano según lo establecido para Bogotá en el Acuerdo 6 de 1990 (Acuerdo 6 de 1990, n.d.), estos predios fueron catalogados como Zona de Reserva Forestal, con propiedad de la Caja de Vivienda Popular.

A pesar de tratarse de suelo de propiedad pública, de acuerdo con Torres (2011), hacia 1994 éste fue parcelado por un ‘*terrero*’²⁹ de nombre Pedro Gualteros, quien vendió como propio mediante promesas de compra venta. La distribución de los predios, indica el urbanista, se realizó a través de manzanas que siguen la pendiente del terreno con predios cuyo tamaño, seis por doce metros, corresponde a las dimensiones predominantes en barrios de origen informal de la década de los años 80.

En este barrio, los grupos armados ilegales también han hecho presencia en el proceso de disputa por la tierra. Tanto grupos guerrilleros, a fines de los años 80 y principio de los años 90, como paramilitares, desde mediados de los años 90, impulsaron procesos de invasión de predios (Torres T., 2011). Con respecto a estos últimos, para el año 2010, “*todo lo que se hace en el barrio es supervisado y autorizado por estos actores armados, ya que si no se acata debe abandonar el*

²⁸ A través del Proyecto ‘*Ciudad Bolívar*’, promulgado en el Acuerdo 11 de 1983 del Concejo de Bogotá (Acuerdo 11 de 1983, n.d.).

²⁹ De acuerdo con Torres y otros en su libro *Ciudad informal colombiana* “la diferencia básica con el urbanizador pirata en esta modalidad, radica en la ausencia de propiedad o autorización del dueño de los terrenos para su parcelación y venta, situación que sí tenía resuelta el urbanizador pirata” (Torres T., 2009, p. 86).

barrio o puede perder la vida” (Torres T., 2011, p. 467). Aún en la actualidad, los ‘*tierreros*’ invaden predios no urbanizados de barrios aledaños, “*asociados a exintegrantes del paramilitarismo que aprovechan estas invasiones para montar puntos de expendio de drogas*” (Murillo, 2020).

De esta manera, el mercado ilegal de suelo determinó, al igual que en Potosí, el trazado del barrio Caracolí. Se trata de un trazado ortogonal que se organiza uniformemente, desconociendo la topografía y atravesando el límite distrital, extendiéndose con el mismo criterio de subdivisión predial, hasta el barrio Robles, en el municipio de Soacha. Esta disposición y continuidad del trazado revela su nivel de abstracción y lo irrelevante que, bajo el discurso de dicho mercado, resulta todo aquello que opera fuera de su lógica: las condiciones geográficas; los límites administrativos; las condiciones de vida de las familias.

También en la década de los 90, además de la configuración de muchos otros barrios de origen informal, se habían construido en la zona barrios de producción estatal en el marco del denominado Plan Ciudad Bolívar, mediante el cual el Distrito buscaba “*controlar el crecimiento que estaba teniendo la ciudad, aprovechando las zonas de la sabana con fines agropecuarios, mientras que los bordes de la misma, con menor adaptación agropecuaria son utilizados en el proceso de urbanización*” (Loaiza, 2020, p. 44).

A través del programa ‘*lotes con servicios*’, liderado por la Caja de Vivienda Popular – CVP y con préstamos del Banco Interamericano de Desarrollo – BID, se construyeron barrios bajo gestión pública, como Arborizadora Alta y Baja y Sierra Morena³⁰, cuyas viviendas fueron autoconstruidas por las familias. Éstas recibieron apoyo económico en dicho proceso, por medio de la implementación pública de depósitos de materiales (Loaiza, 2020).

³⁰ Localizados previamente en la introducción a esta tesis, en el mapa i-2.

De acuerdo con una nota del periódico El Tiempo del año 1993, tras un periodo de ocho años de pausa en la aplicación del mencionado programa, se propuso el traspaso de la administración de los bancos de materiales, conocidos como Centros de Acopio, a la Fundación Compartir, buscando la continuidad del programa (Redacción El Tiempo, 1993a).

Al respecto, Loaiza (2020) sostiene que, al tratarse de una institución de carácter privado, esta propuesta causó molestia entre las familias, desincentivando la participación en el programa. Esto último, señala la autora, junto al amplio periodo de inactividad y al importante número de familias que buscaban donde establecerse, fomentó la construcción de nuevos barrios informales, entre ellos el barrio Caracolí.

Así, a través de la urbanización no formal se ejerció posesión sobre el territorio, subdividiéndolo mediante de obras precarias de infraestructura vial y, sin mayor adecuación de servicios urbanos, se vendieron los predios resultantes de una operación con la que buscaba rentabilidad económica, además de mantener el control territorial en asociación con grupos armados ilegales. En este contexto, aunque en el sector de estudio pueden evidenciarse algunas diferencias en los trazados de los barrios, dependiendo de la época de origen de estos, no son diferencias que hablen de diferentes lógicas de ciudad, sino más bien de ajustes formales a una misma idea de trazado (**Mapa 2-2**).

▪ El significado del trazado

Históricamente, el trazado “*es la obra por excelencia que determina de manera meditada e intencionada la forma de la ciudad*” (Trachana, 2012, p. 18). Da cuenta tanto de ideales de ciudad como de la superposición progresiva de circunstancias, voluntades e incluso contradicciones que responden a cambios culturales y de modos de habitar, que se van acomodando paulatinamente durante la configuración de lo urbano. De esta forma, el trazado se constituye en depositario de la identidad

de la ciudad (Pérgolis, 2002), pues es huella de la suma de acciones individuales y colectivas que le han dado forma y asignado significado a través del tiempo.

De acuerdo con Moholy-Nagy (1970), las primeras ciudades humanas tuvieron trazados determinados por la forma del suelo y las condiciones climáticas, a las cuales denomina razones geomórficas. *“Las construcciones siempre se situaban en un paraje a propósito, y en su emplazamiento se buscaban las máximas ventajas para poder mantener bajo control a la naturaleza”* (Moholy-Nagy, 1970, p. 21). Esta forma de emplazamiento es ‘orgánica’, señala la autora, pues se caracteriza por la subordinación de la edificación en relación con la geografía sobre la que se sitúa.

Del mismo modo, la historiadora alemana señala que las ciudades comerciales se caracterizaban por tramos continuos de calles que llevaban al lugar de mercado, y en ellas era evidencia de culto religioso la localización del templo, a diferencia de la ausencia de plaza central que indicaba la no separación entre dicho culto y la naturaleza.

Más tarde, indica, con las ciudades-estado sumerias, aparece el trazado concéntrico que expresaba la dicotomía de la urbe como símbolo y escenario de los deseos humanos. Esta misma idea fue desarrollada en la ciudad medieval donde confluía un emplazamiento simbólico, que la articulaba con el cosmos, a través de un eje vertical situado en la parte superior de un escenario aterrazado. Una forma de carácter ideológico, que conectaba el habitar humano con un propósito más allá de lo mundano.

Así mismo, la autora presenta como tercera forma de emplazamiento el plano ortogonal, resultado del cambio de una idea de ciudad de carácter cosmológico a una de carácter estratégico. La unidad étnico-territorial, símbolo de un pueblo, pasó a convertirse en la tierra conquistada como símbolo de un estado político. *“No sería ya la ciudad quien hiciera al gobernante, sino el gobernante quien haría la ciudad”* (Moholy-Nagy, 1970, p. 100), reemplazando la posesión territorial como modo de

situarse como eje de conexión cósmica, por la conquista territorial como ostentación de poder hacia el mundo.

El trazado y sus transformaciones dan cuenta, entonces, de esquemas culturales y formas de habitar, que se han manifestado a través del tiempo mediante intencionalidades, ejercicios de poder e ideales, estructurando la forma material de la ciudad (Trachana, 2012). De tal manera, la ortogonalidad en el trazado dispone de un sentido pragmático, beneficiado por la vinculación entre filosofía y matemática, que permitió una justificación intelectual a una forma de urbanización que, si bien responde a un orden estático, es flexible a los cambios, permite diversas interpretaciones y una progresión infinita (Moholy-Nagy, 1970).

La retícula modular, según Moholy-Nagy (1970), se basa en una realidad cambiante en la que se conjugan dos miradas, una realista, que la entiende como un espacio de dominación, y otra espiritualista, que la concibe como configuración geométrica con sentido cósmico. A diferencia de otras formas de trazado, ésta

no nace del interior de la comunidad, sino que es predeterminada desde el exterior. A la génesis de cualquier proyecto de ciudad, desde las rurales hasta las cosmológicas y ecuménicas, la retícula modular añade un concepto prohibitivo, dictado por razones políticas o religiosas, debido a lo cual se imponen las mismas dimensiones predeterminadas sobre el plano, el edificio y el habitante (Moholy-Nagy, 1970, p. 158).

Esta conformación ortogonal, al estar determinada por una instancia de poder, establece un plan previo, una idea de ciudad que se traza en el suelo como estrategia de conquista y dominación. A diferencia de otros trazados que crecieron y se transformaron a partir de la construcción edilicia, según Salcedo (2018), en América las ciudades partieron de ideas que con el paso del tiempo se hicieron arquitectura.

El trazado ortogonal fue empleado persistentemente por los sistemas de colonización, desde antes de la civilización griega e incluyendo la colonización española del nuevo mundo (Trachana, 2012). Un trazado impuesto como patrón

uniforme que, si bien fue implementado en el siglo XVI (Renacimiento), continúa las ideas de la ciudad medieval europea que, a su vez, retoma la esencia colonialista romana.

El Imperio Romano colonizó territorios a partir de la fundación de poblaciones en donde se construyeron grandes villas de formas libres para las clases dirigentes, altamente contrastantes con la estructura reticular destinada a mercenarios y siervos. Esta diferenciación marcaba el menosprecio y la fuerte discriminación reinante en esta sociedad, que se reprodujo en la altamente jerarquizada sociedad medieval (Moholy-Nagy, 1970).

Además del uso de la homogenización como recurso de dominación, de acuerdo con Trachana (2012), la regularidad del trazado en las sociedades antiguas estuvo relacionada con un interés por la distribución igualitaria de la tierra desde una perspectiva social, mientras que, en casos como el de la colonización española de América, tal regularidad hacía referencia a la posibilidad de distribuir el terreno virgen en unidades mercantiles.

Por su parte, Salcedo (2018) sostiene que la ocupación española del suelo americano se realizó, en primera instancia, a través de enclaves comerciales denominados factorías. Estos asentamientos eran habitados por españoles, empleados a sueldo de la Corona, quienes desarrollaban funciones específicas en el nuevo territorio. Posteriormente, indica, debido a los conflictos que se generaron entre los españoles en tierras americanas y la Corona, debido a la inconformidad de los primeros con el sueldo que recibían frente a los beneficios económicos que recibía la segunda, hubo una transformación de las factorías en villas y ciudades.

A través de estas unidades territoriales se entregó la propiedad de la tierra a los colonos, a cambio de que las habitaran y las hicieran producir. Con esto, se les permitió también buscar oro por iniciativa propia, actividad por la que pagaban los tributos correspondientes (Salcedo S., 2018). De este modo, el trazado se constituyó no sólo en una estructura que favorecía el crecimiento continuo de la ciudad, sino en

el soporte de un sistema de ocupación para la dominación y la extracción de recursos.

En el sector de estudio, en particular, además de esta lógica estratégica, su geografía ha sido cargada con un significado de exclusión para quienes la han habitado: las tierras más allá del Tunjuelo. En tiempos precolombinos, según relatos muisca, el territorio actualmente ocupado por Ciudad Bolívar, localidad donde se localizan los barrios Potosí y Caracolí, era hacia donde se expulsaba a quien debía purgar, en las montañas, algún castigo (Gómez Pérez et al., 2014).

Hoy es posible identificar allí, huellas de significados asignados a lugares que se han ido transformando con el paso del tiempo. En relación con las haciendas, sus nombres todavía se conservan en los de elementos naturales como el canal Tanque Casa Blanca, localizado en el actual sector de Sierra Morena; la quebrada Zanjón La Candelaria, en el hoy sector de Arborizadora Alta; o el Humedal Terreros, situado en el municipio de Soacha. Así mismo, los barrios Candelaria La Nueva y Villa Candelaria, preservan el nombre de la hacienda que los antecedió (**Mapa 2-3**).

Por su parte, el hoy denominado Puente del Indio (o de los indios), localizado en el punto en el que nace la quebrada Zanjón de la Muralla (**Mapa 2-3**), entre otros elementos construidos, constituye una huella de otros tiempos. Este elemento, al parecer, corresponde a un sistema de conducción de agua perteneciente a una de las haciendas mencionadas (Niño & Chaparro, 1998). Y aunque su nombre actual se deriva de una creencia popularizada entre los habitantes sobre un supuesto origen indígena, lo que hace realmente significativa esta construcción y el lugar que configura, es que se ha constituido en punto de referencia y de orgullo para la comunidad del sector que lo valora como parte de su patrimonio cultural.

De igual manera, quedan como vestigios de épocas coloniales, algunos trazos de las antiguas haciendas como parte del límite entre las haciendas Terreros y Candelaria, que hoy está integrado al límite administrativo entre Soacha y Bogotá. Así mismo, el trazado del camino que dividía, entre otras, las haciendas Olarte, Casa

Larga, Candelaria y el resguardo de Bosa, y que hoy constituye parte del trazado de la Autopista Sur (**Mapa 2-3**).

Así, en varios de los nombres de elementos que configuran el sector, permanecen significados que rememoran otros tiempos, de cuando su imponente geografía ya estaba siendo habitada. Tiempos en que el pueblo Muisca habitó Bacatá³¹, la antigua capital del Zipazgo³², que era el pueblo donde el Zipa³³ habitaba con su corte, en medio de la Sabana, durante la mayor parte del año. Sin embargo, en los meses de lluvias cuando se inundaban sus campos, el Zipa se trasladaba al lugar llamado Teusaquillo. Fue allí donde, en la época de la colonia, se fundó la ciudad llamada Santafé, Bacatá empezó a ser conocida como Bogotá y las tierras a su alrededor conformaron la sabana de Bogotá (Carrasquilla Botero, 1989).

Bogotá fue espacio de grandes haciendas. Terrenos que, de acuerdo con Gómez Pérez y otros (2014), fueron del pueblo muisca perteneciente a la jurisdicción de Bosa, al mando del cacique Techotiba. Con la llegada de los españoles, estos terrenos fueron divididos en haciendas para los ibéricos y al pueblo muisca les fueron asignados ejidos y labranzas en resguardos, como los de Bosa y Soacha.

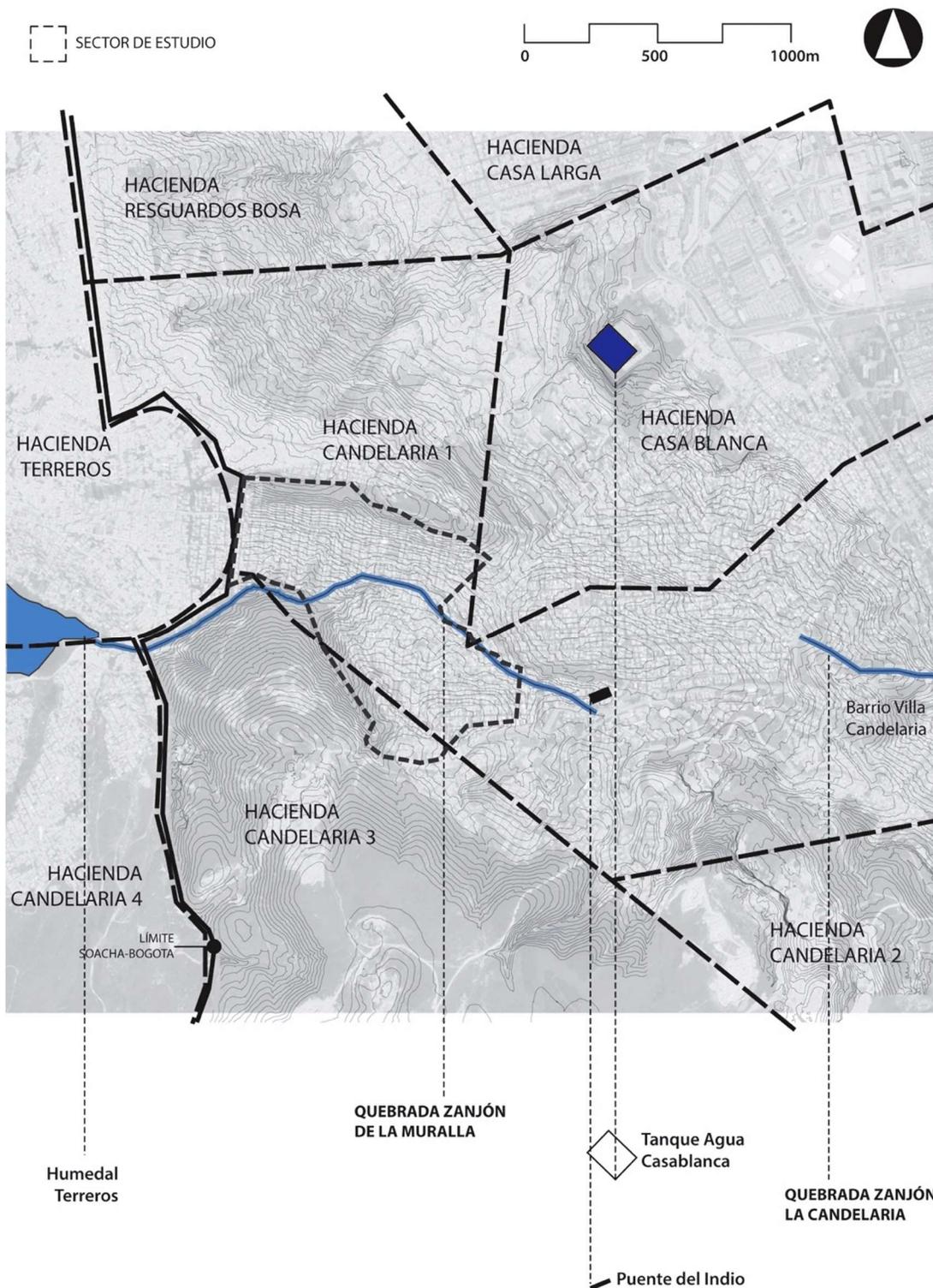
A lo largo de los siglos, los descendientes de aquellos españoles realizaron sus respectivas subdivisiones, tallando así la geografía que una vez ocuparon los muisca. Fue así como nuevos caminos unieron nuevos asentamientos fundados sobre los de una civilización sometida, nuevos límites establecieron una idea de propiedad antes desconocida, nuevos nombres pretendieron borrar significados.

Al costado sur del Tunjuelo, en donde se localiza el área de estudio, se concedieron haciendas como Terreros, Candelaria, Casa Larga y Casa Blanca, entre otras, rodeadas

³¹ Actual Funza, Cundinamarca

³² Estado confederado al sur del territorio Muisca (Pérez García, 2017)

³³ Gobernante del Zipazgo



Mapa 2-3: *Huellas de las haciendas y sus trazados*

Fuente: Elaboración propia a partir de CINEP (en Carrasquilla Botero, 1989), 2022

por los resguardos de Bosa y Soacha (**Mapa 2-**). A través del tiempo y de los eventos que fueron marcando la historia del país, los españoles y/o sus herederos decidieron abandonar sus tierras dejándolas en manos de cuidadores que se encargaran de mantenerlas productivas y en pie. Es allí, al parecer en lo que fueron las haciendas Candelaria (CINEP en Carrasquilla Botero, 1989) y Casablanca (Niño & Chaparro, 1998; B. Pineda, entrevista para PVP, 2021), donde se sitúan hoy en día los barrios Caracolí y Potosí.

Fue cuando la ciudad hizo presencia en estas tierras, según García Hurtado (2012), que el margen sur del río Tunjuelo se consideró como un límite al crecimiento y no como elemento ordenador. En consecuencia, todo aquello urbano localizado en aquel costado del río fue considerado como lo erróneo de un planeamiento permisivo. Una relación conflictiva de la ciudad con el río desde ambas riberas, en donde lo antrópico ha sometido a la naturaleza a su violenta presencia y la pobreza se ha convertido en oportunidad de negocio, sin contemplar las mínimas condiciones necesarias para el habitar.

Esa relación entre un lado y el otro del Tunjuelo, fue parte de la experiencia de habitar al origen de los barrios del sector en estudio. La ciudad, sus vías y sus servicios, no cruzaban el río; ellos estaban del otro lado y recibían despojos desde el lado para el cual han sido invisibles:

mi mamá, que era la que andaba buscando lote para comprar y ella vino acá, miró, y después me dijo que viniera y mirara (...) el barrio [Caracolí] era totalmente despavimentado. No había agua, no había luz, no había gas, ningún tipo de servicios públicos, ni alcantarillado, ni nada. Eh, al llover se formaba mucho charquero, barrial y todo eso.

(J. Pinzón, entrevista para PVP, 12 de agosto de 2020)

son escombros que traen [para nivelar el terreno], por ejemplo, hay varias volquetas que les pagan para traer los escombros, y vienen y los venden acá. Por

ejemplo, aquí traen un viaje de esos y los venden en veinte mil, diez mil pesos, las mismas volquetas, por eso les pagan allá donde tumban las casas.

(Alonso, entrevista para PVP, 14 de febrero de 2021)

▪ Los trazos del mercado ilegal

Abramo sostiene que en las ciudades latinoamericanas el mercado es “*el principal y hegemónico mecanismo de coordinación de las decisiones de uso del suelo*” (Abramo, 2012, p. 36). Su presencia produce una estructura híbrida en la que es posible encontrar formas y usos que responden a la articulación de tres lógicas: mercado, Estado y necesidad. Esta última moviliza acciones individuales y colectivas en la producción de ciudad informal en un ciclo de ocupación, autoconstrucción (que más bien es autoproducción), auto urbanización y consolidación, siendo en este proceso el mercado informal de suelo el que, según el economista, articula la lógica de la necesidad con la del mercado.

En Colombia, particularmente en Bogotá, este mecanismo del mercado ilegal de suelo, más conocido como ‘*urbanización pirata*’, ha sido el predominante (Abramo, 2012, p. 37), por lo que a través del tiempo ha recibido diferentes denominaciones que describen sus características. Al respecto, Jiménez (2008) explica algunos de los calificativos que se han dado a este urbanismo y explica su significado: clandestino, hace referencia a que se trata de una construcción repentina y sin autorización previa; ilegal, se centra en su condición de incumplimiento con la normativa de la ciudad; incompleto, dado que se trata de construcciones precarias sobre trazos de predios apenas insinuados; o marginal, a causa de su no integración con las actividades económicas formales. Estas denominaciones dan cuenta de una lectura siempre negativa no sólo de este mercado en sí mismo, sino también del espacio que propicia.

De acuerdo con el Instituto de Estudios Urbanos de la Universidad Nacional de Colombia (Medellín, 2020), esta forma de urbanización ha sido manejada y

comercializada en Colombia principalmente por agentes conocidos como '*tierreros*', quienes se lucran del mercado informal de suelo mediante diversas estrategias como la ocupación o la subdivisión ilegal de tierras.

Al respecto, Hernández-García (en Medellín, 2020) señala que estos grupos acceden a terrenos no urbanos en la periferia de la ciudad de diferentes maneras, a veces por compra y muchas veces por ocupación de predios no vigilados o por intimidación a sus dueños. Luego de lo cual los lotean, delimitando algunas vías e incluso, a veces, conectando servicios públicos en general de manera igualmente ilegal, y los venden a familias o personas con necesidad de vivienda.

Según Camargo (en Medellín, 2020), desde hace alrededor de 10 o 15 años, estos agentes configuraron una variante del mercado informal de suelo en Bogotá, que se diferencia del urbanizador pirata en que se articula de manera más directa con estructuras criminales. Así, señala la investigadora, estos grupos se dedican a usurpar tierra, lotearla, venderla, ocuparla para la generación de vivienda dirigida a población de muy bajos recursos, mediante mecanismos en los que participan bandas criminales o grupos armados ilegales, e incluso funcionarios del Estado. Ello, a diferencia de los procesos de urbanización pirata, donde la mayoría de la tierra fue vendida o agenciada por los mismos propietarios.

Dichos grupos aprovechan la necesidad de vivienda de familias de bajos ingresos ofreciendo la posibilidad de una solución que, aunque precaria, les es asequible. Este problema se ha agravado con los '*tierreros*' pues además de las deficientes condiciones de habitabilidad, involucran a las personas en el proceso ilegal de la ocupación aprovechando condiciones particulares de vulnerabilidad de hogares de madres cabeza de familia, en condición de desplazamiento o adultos mayores, para realizar la ocupación. Así, venden la promesa de una vivienda propia mediante el ofrecimiento de un lote que debe ser invadido y que con frecuencia se ubica en zonas de riesgo o de protección ambiental (Camargo en Medellín, 2020).

Tal es el caso ocurrido en el sector de Altos de la Estancia, localizado al nororiente del barrio Caracolí,

en zona periférica de la localidad de Ciudad Bolívar, donde desde el pasado 2 de mayo [de 2020] se empezó un proceso de desalojo de 350 cambuches que estos criminales habían construido y, posteriormente, vendido a al menos 66 familias. (...) decenas de personas humildes que cayeron en el engaño de los tierreros, que pagaron de buena fe con los ahorros de su vida un pedazo de tierra en el que esperaban construir su vivienda, se resistieron a los desalojos y se originaron violentos enfrentamientos, tanto que fue necesaria la presencia del Esmad³⁴. (Murillo, 2020)

De acuerdo con Medellín (2020), la fiscalía general de la Nación ha determinado la operación de al menos 10 de estas bandas operando en distintos barrios de la ciudad, entre los que se encuentra Caracolí. Y aunque el crecimiento en las últimas dos décadas ha disminuido desde el punto de vista cuantitativo, según Camargo (en Medellín, 2020) el impacto ambiental y social de estas ocupaciones es mucho más alto. Esto, debido a que en los años recientes las ocupaciones se han concentrado en zonas de alto riesgo, de protección ambiental o zonas rurales, a las cuales accede población que en la mayoría de los casos ha sido estafada.

La imagen con la cual el mercado ilegal de suelo traza los predios para la venta, recoge la idea colonial del trazado ortogonal en su versión más mercantil, como recurso para la dominación y la comercialización. De este modo, dicho mercado traza sobre territorios considerados no desarrollables para el habitar humano, una retícula en lo posible de ángulos rectos.

A partir de ella domina la geografía, ignorándola; con apariencia de legalidad al reproducir, a través del tamaño de lote utilizado en la producción institucional, la imagen de ciudad racional y armónica, que simula extenderse en igual condición para

³⁴ En la página web de la Policía Nacional de Colombia, se definen los Escuadrones Móviles Antidisturbios de la Policía Nacional – ESMAD como “la dependencia del Comando de Unidades Operativas Especiales, integrada por personal entrenado y capacitado, encargado del control de disturbios, multitudes, bloqueos, acompañamiento a desalojos de espacios públicos o privados, que se presenten en zona urbana o rural del territorio nacional, con la eventual materialización de hechos terroristas y delincuenciales, para restablecer el ejercicio de los derechos y libertades públicas” (Policía Nacional de Colombia, n.d.)

todos. Así, produce un objeto de mercado, el predio, con el cual compite de manera desigual con programas de gestión pública, como parte de la oferta de vivienda para aquellos con mayores dificultades económicas.

2.3 Situarse sobre la tierra, bajo el cielo

Una vez el predio es adquirido, los nuevos habitantes se apresuran a ocuparlo mediante la edificación de formas materiales, con las cuales restauran a través del tiempo el vínculo con la tierra. Las formas materiales a partir de las que el borde informal es ocupado, son resultado de prácticas de lo habitual realizadas por sus habitantes con el propósito de permanecer en él. Dan cuenta de un modo particular de establecerse el mundo, de un modo de producir espacio urbano que habla de un proceso dinámico y constante de creación de lugares de habitar.

Se trata de casas, de barrios, a través de los cuales se construye lugar, al trascender su condición material para configurarlo como unidad de sentido. En el caso de esta investigación, esta unidad se refiere a una idea que estructura y articula las relaciones que se establecen al ocupar el territorio y, en el caso de los habitantes, al construir en él lugar para cultivar un mundo. Así lo evidencian con sus prácticas de lo habitual, a través de las cuales han convertido a '*la Loma*' en su lugar para permanecer.

Todo este proceso inicia cavando hoyos a la tierra, en los cuales se plantan cuatro palos que se atan con los materiales que estén '*a la mano*', en muchos casos '*paroi*', para crear con ellos ese primer refugio en el que se deposita lo poco que se tiene: los enseres, el cuerpo, los anhelos, la vida. Es esa la semilla de la casa, donde se alberga el habitar individual y familiar, esa primera piedra que determina la configuración del barrio y la comunidad.

2.3.1 El rancho, piedra angular

A diferencia de la ciudad planificada, pensada desde la totalidad, lo urbano que surge desde procesos informales de producción del espacio se construye poéticamente a

partir de la casa. Una casa que inicia como refugio primitivo: el rancho, que permite a sus habitantes resolver la urgencia del cobijo, a la vez que les concede ocupar como propio ese espacio fundacional desde el cual construirán su lugar en el mundo.

El territorio empieza a ser habitado a partir de la construcción de la casa, de una casa, de cada una de las casas que, en el sector de estudio, los nuevos habitantes de 'la Loma' van forjando con su cuerpo y esfuerzo, creando su hogar con lo que pueden. Según fue indicado en varias de las entrevistas consultadas y realizadas en el marco de esta tesis, llegan allí por recomendación de un familiar, porque algún conocido les dijo, porque era más barato, porque estaban cansados de pagar arriendo, buscando lo propio, un lugar al cual pertenecer con los suyos.

Con el paso de los días, las acciones de apropiación que realizan los habitantes superan la urgencia del cobijo, para ocuparse desde la lucha por resolver el acceso a servicios públicos, hasta la construcción frente a su casa de un tramo de andén donde estar antes de salir o llegar, de una pequeña terraza donde parquear la moto, poner las matas o sentarse a hablar con los vecinos. Son distintas obras individuales y colectivas que, a primera vista, están impulsadas por la necesidad, pero que conjuntamente son manifestación de un modo de habitar que se hace lugar.

Estas luchas los llevan a encontrarse, a confrontarse, a dialogar o a entrar en conflicto. Así, empiezan a conocerse, a darse cuenta de quién es el otro, a veces para descubrir que hay cosas que es mejor callar o dejar de ver para preservar la vida, y otras para perder los prejuicios y el miedo y pasar a la empatía.

Y yo decía, yo aquí ni por las curvas me vengo a vivir. Ciudad Bolívar, con el estigma de todo el mundo. Matan, atracan, roban y demás. La ñeramenta. Yo vivía para el lado de Tunjuelito, algo como un estrato uno-dos de apariencia. Nunca había cogido yo una manguera pa' surtirme de agua (...). Pero, pues, yo le agradezco a la vida, esa forma de enseñarme, de hacerme ver lo bonito de mi Loma. (...) ya aquí el amor por la comunidad cambió, ya si yo sé algo ¿por qué

no lo puedo ir a compartir con la vecina? O la vecina ... acá también esa, esa cultura, ese amor, esa familia, de que lo ven a uno y de la nada decirle tómesese este juguito. Porque a mí muchas veces me veían barrigoncita (...) entonces le dicen a uno todas las vecinas, mija cómase esta frutica para ese muchachito que lleva en la barriga, sin conocerlo a uno. Y uno con esa desconfianza.

(A. Miranda, comunicación personal, 07 de septiembre de 2021)

Desde el momento en que las familias ocupan el suelo que habitarán, su hacer con el cuerpo, con la materia disponible, con su imaginación y su deseo, está encaminado a construir un lugar para sentirse parte. Construir a pesar de la tierra hostil, superando la desconfianza, los rechazos, el miedo, para ser con los otros, con lo otro, para habitar y no sólo sobrevivir.

En primera instancia, la gente lo que hacía era una choza en paroi; muchas veces traían el trasteo sin tener nada en el lote y en medio día o un día construían las casas y las habitaban con sus cuerpos. La primera noche dormían en medio de una casa imaginaria: sobre la tierra cuatro paredes hechizas, un cielo abierto muy real y un frío que estremecía los huesos y el alma; los vientos azotaban las lomas. La noche del primer sueño en casa propia

(Guillermo en Alape, 1996, p. 54).

El ocupar se consolida con el inicio de la construcción de la '*casa informal*' (**Foto 2-6**). Un proceso que funda con el rancho, pero que se hace inacabable en el tiempo y configura, de este modo, el espacio urbano como volumen etéreo en permanente transformación. Nunca se regresa al mismo lugar, aunque se esté en las mismas coordenadas. Un nuevo color, un nivel más, un nuevo material, algo ha cambiado porque el edificar allí hace parte del modo de habitar. Se habita en lo progresivo. La '*casa informal*' se está haciendo siempre, manteniendo el alma del habitar vibrante en el hecho de que su materia es proceso y no producto, una obra viva, cambiante, dinámica.



Foto 2-6: *Rancho en Caracolí (Bogotá, D.C.).*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, agosto de 2021

Dar consistencia al trazado

El rancho como forma material fundante de los barrios, puede ser interpretado como un modo de dar consistencia al trazado que se encuentra, esa forma material hecha de fragmentos, no sólo materiales sino de experiencias vitales, que colisionan en un instante espaciotemporal.

pasamos a hacer el ranchito en tejas, después pasamos a hacerlo en madera, después en láminas, una lámina que era muy gruesa, después ... no nada, (...) se hizo un plan para hacer una prefabricada que el padre nos iba a dar y a la final mi mamá nunca la recibió, entonces ya se empezó allá a ir poniendo pared por pared. O sea, ir comprando el material y se fue haciendo pared por pared. (...) el tío de un hermano mío fue el que, el que venía y le ayudaba a mi mamá a construir. O sea, él era el que sabía de construcción, entonces él era el que iba haciendo la casa (...) a medida que se iban comprando las cosas

(Ambar Omaira, entrevista para PVP, 18 de agosto de 2020)

De esta manera, el borde informal, sus fragmentos, son una evocación de la casa del ensueño, del habitar deseado, en tanto la clave del ensueño es el tiempo. Un tiempo no cronológico como el del recuerdo, un tiempo no secuencial sino más bien atado a la experiencia del espacio. El ensueño permite conectar deseo y realidad, el tiempo presente desde el cual se añora y se espera, configurando la imagen de la casa, del lugar que se construye.

A veces, la casa del porvenir es más sólida, más clara, más vasta que todas las casas del pasado. Frente a la casa natal trabaja la imagen de la casa soñada. Ya tarde en la vida, con un valor invencible, se dice: lo que no se ha hecho, se hará. Se construirá la casa. (...) Tal vez sea bueno que conservemos algunos sueños sobre una casa que habitaremos más tarde, siempre más tarde, tan tarde que no tendremos tiempo de realizarlo. Una casa que fuera final, simétrica de la casa natal, prepararía pensamientos y no ya sueños, pensamientos graves, pensamientos tristes. Más vale vivir en lo provisional que en lo definitivo. (...) En la casa final como en mi casa verdadera, el sueño de habitar está superado. Hay que dejar siempre abierto un ensueño de otra parte.

(Bachelard, 2000, pp. 70–71)

En concordancia con lo que plantea Bachelard (2000) en relación con la casa del ensueño, y a diferencia de las viviendas pensadas y edificadas por el mercado

inmobiliario, la casa construida en el marco de un proceso informal corresponde a una autoproducción constante. Esta práctica, en tanto tal, se realiza a partir de lo que hay, materialmente, pero también de los saberes acumulados y los que se adquieren al habitar. El hacer de la casa está unido a la vida misma de quienes la habitan, de sus posibilidades, pero sobre todo de sus anhelos. Cada pared, cada espacio, que se va poniendo con el paso del tiempo, lleva consigo un sueño, un deseo de habitar que hace a la materia depositaria de afectos (**Foto 2-7**).

mis chiquitines, a ellos siempre los he tratado de involucrar mucho con cada cosa que hacemos en la casa (...) cuando yo estaba pequeña igualmente a mí me tocó con la casa de mis papás y por eso es que uno aprende a valorar lo que uno tiene (...) cuando ha tenido ampollas, cuando una ha sabido y tiene la anécdota de esa situación.

(A. Miranda, comunicación personal, 07 de septiembre de 2021)

2.4 Del predio a la Loma

Ocupar, entonces, se entiende aquí como el hacer fundante con el que los habitantes del borde informal -los mortales- se establecen en la tierra, en el sentido de Heidegger (1994a) y construyen un modo de asirla para erigir un mundo. Es el modo en que establecen un diálogo con ella, una particular forma de situarse sobre una geografía concreta en la cual se configura el lugar habitado. Un acto articulado a partir de un saber in-corporado, entre las formas materiales que se crean y los significados que se asignan de manera individual y colectiva.

En tal sentido se sostiene que la práctica del ocupar, en particular la realizada por los habitantes, es un ejercicio de instauración, no con propósitos de dominación, sino de la propia existencia que construye lugar al cultivar vínculos de cuidado con lo otro y con los otros con quienes se habita.

Ocupar, es una práctica que devela el saber local existente, materializado a lo largo de un proceso que hace visibles relaciones simbólico/culturales cimentadas en el arraigo



Foto 2-7: *Ocupar la ronda del Zanjón de la Muralla.*

Fotos: Sandra Caquimbo Salazar, agosto de 2021

Ocupar lo prohibido

El rancho no corresponde a una etapa del barrio, es un momento en la construcción de lugar para quienes llegan ahí, el momento originario. Ese instante de la existencia suele ocurrir, en el borde informal, sobre territorios no aptos, pero que por lo mismo son los disponibles, los que otros intentaron dejar vacíos sin entender que, ante la angustia de los mortales, lo habitual se hace forzosamente posible.

al territorio. Esta práctica habla de un ritmo, que no es el de la frenética producción mercantil contemporánea de unidades de vivienda, sino que, continuo e inacabable, marcha a la velocidad de la vida de sus habitantes, ni más rápido ni más lento.

En esta tesis, aquel lugar para permanecer en el mundo, construido por los habitantes de los barrios Potosí y Caracolí, en Bogotá, es nombrado como '*la Loma*'. Allí, la práctica del ocupar deviene en poética en el borde de la ciudad cuando quienes, siendo excluidos por la aquella sociedad que se auto reconoce como la única legítima, encuentran más allá del margen de lo legal, la posibilidad de lograr un espacio donde construir su lugar para habitar lo urbano.

De esta manera, en la práctica del ocupar se vincula principalmente al espacio que se encuentra con el deseo de permanecer para habitarlo, a través de acciones orientadas a resolver la supervivencia en él. Se trata de una poética, desde un habitar que crea lugar a partir del conflicto, de la disputa entre la tierra y el mundo, entre el peso de la ausencia de lugar y la fuerza de la urgencia por permanecer. Una acción realizada en tiempo y espacio, que deja huellas en ese lugar del siglo XX al costado sur del Tunjuelo.

Así, los habitantes de estos barrios, en el borde informal de Bogotá, han ido configurando con su habitar el lugar que les permite permanecer en la tierra. Ella les ha sido hostil, pero a la vez les ha hecho posible habitarla, crear sobre su geografía aparentemente estéril ese borde como obra que hoy los sitúa en el mundo. Esos espacios con el paso de los años han sido depositarios de sus experiencias de vida, siendo testigos de cómo mientras más se acerca su finitud como mortales, han podido crear y ver crecer vida en medio de la dureza de sus circunstancias.

Es esta relación con su obra, la que los ha hecho nombrarla '*la Loma*'. Así la llaman, con un cariño no romántico, sino más bien tallado por un afecto casi familiar hacia ese lugar al que se pertenece a pesar de todo. Una '*Loma*' que llegó a sus vidas como mercancía, que otros crearon según las demandas del mercado que le dio forma. Tuvieron que pagar para tenerla, a veces a un precio muy alto, sin embargo, fue su posibilidad para tener un dónde crear a partir de la urgencia de un lugar para residir.

Es el momento de la llegada de los habitantes al sector. Una vez el predio es comprado, hay múltiples asuntos relacionados con la supervivencia que deben ser resueltos con el propósito de poder permanecer ahí. Surge entonces una **poética de la urgencia**, cuando edifican '*con lo que pueden*' un techo bajo el cual cobijarse y con el cual grabar su presencia en ese territorio. Materia y cuerpo que se funden en un hacer urgido ante el apremio por sobrevivir. Prima el tiempo sobre el espacio. La premura está en resolver la permanencia en ese territorio al cual costó acceder, pero que brinda la posibilidad de proyectar la existencia. El lugar ('*la Loma*') empieza a ser configurado desde lo pragmático de la vida, pero con la mirada puesta en la esperanza del tiempo **(Gráfico 2-)**.

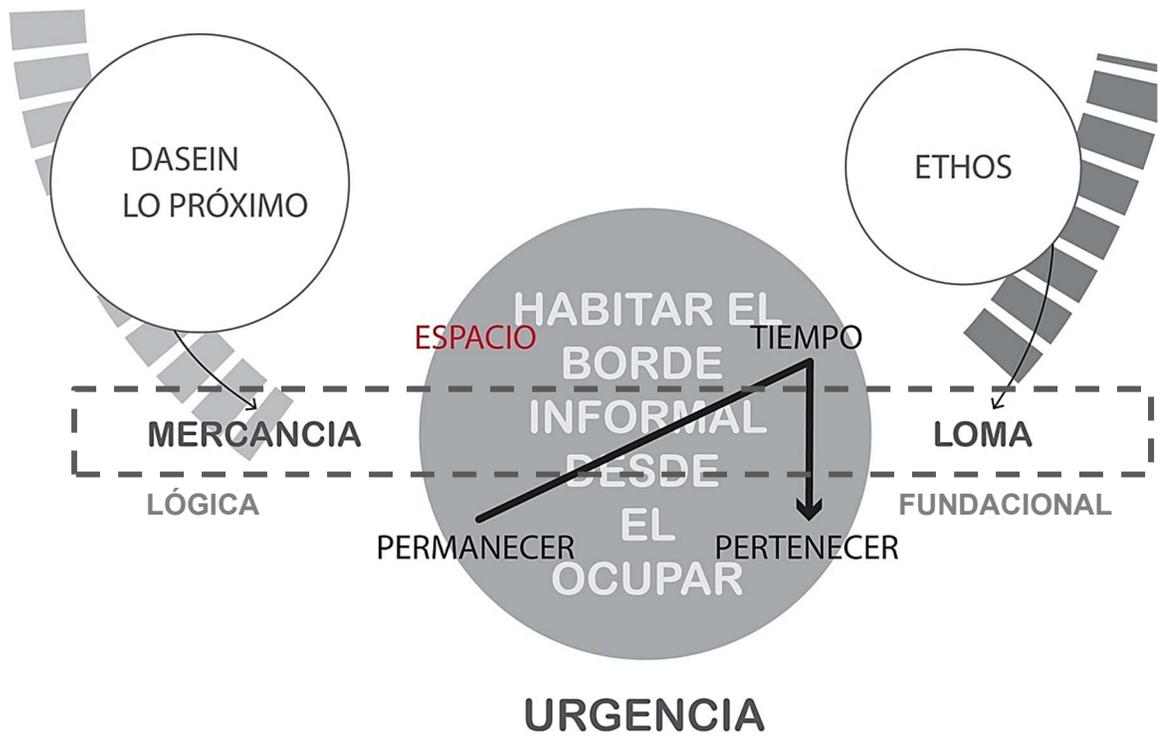


Gráfico 2-1: *El Ocupar y la poética de la Urgencia*

Fuente: Elaboración propia, 2023

**Construir
lugar
para
permanecer**

3

Este capítulo aborda la práctica del construir desde la aproximación poética propuesta por Heidegger (1994a), a partir de la cual es posible afirmar que la casa, porque así es denominada por sus habitantes, más que vivienda, es el ahí que permite ser y estar en el mundo. Es algo que, como el puente³⁵, abre espacio a la Cuaternidad.

La casa alberga, en la intimidad, aquello que hace posible la existencia, y, a la vez, configura la calle como espacio para la vida colectiva. De este modo, la práctica del construir, en relación con la casa, se constituye como acto del habitar desde el cual se establece una relación dinámica con la tierra, que se transforma según los designios del tiempo y que otorga la posibilidad de arraigarse, de acercarse al mundo y dotarlo de significados.

enterrar cuatro palos y encerrarla en hule (...) eso se demoró un poco de tiempo para poderla construir, siempre era con cartón, con carpas, con qué más le digo yo ... no, así no más y con carpa más que todo. Una carpa si, ¿se llama paroi? (...) [era] un solo salón, lo único que se dividía eran el baño y la cocina.

(B. Velásquez, entrevista para PVP, 2020)

Según el filósofo, aquello que se construye como obra del trabajo humano permite establecer una relación cotidiana con el mundo, pues es a través de ello que se desarrolla cercanía, familiaridad con el entorno que se habita. De acuerdo con Calvera (2007), en su reflexión sobre el pensamiento de Martín Heidegger,

³⁵ “El puente es una de las imágenes empleada por Heidegger para explicar la relación entre el habitar y el construir, en tal sentido “el puente es, ciertamente, una cosa de un tipo propio, porque coliga la Cuaternidad de tal modo que otorga (hace sitio a) una plaza. Pero sólo aquello que en sí mismo es un lugar puede abrir un espacio a una plaza. El lugar no está presente ya antes del puente. Es cierto que antes de que esté puesto el puente, a lo largo de la corriente hay muchos sitios que pueden ser ocupados por algo. De entre ellos uno se da como un lugar, y esto ocurre por el puente. De este modo, pues, no es el puente el que primero viene a estar en un lugar, sino que por el puente mismo, y sólo por él, surge un lugar. El puente es una cosa, coliga la Cuaternidad, pero coliga en el modo del otorgar (hacer sitio a) a la Cuaternidad una plaza. Desde esta plaza se determinan plazas de pueblos y caminos por los que a un espacio se le hace espacio” (Heidegger & Barjau (trad.), 1994a, p. 135)

por el hecho de que es en esa cotidianidad donde el hombre se reconoce a sí mismo, se encuentra a sí mismo y puede decidir cómo va a ser, [se construye,] el entorno adquiere esa dimensión tan importante (...) las personas son y se hacen a sí mismas en un diálogo constante con el entorno social y material que se han creado. (Calvera, 2007, p. 108).

Así, el ser humano transforma el espacio en lugar, habitándolo, situándose en él a través de sus obras, de los significados que les asigna y de las relaciones que instituye con las demás personas durante ese proceso. Este construir del habitar se aborda, como práctica de lo habitual, desde la casa como su resultado más preciso, en tanto condensa en su materia el relato de existencia de sus habitantes, con sus luchas y sus afectos, sus limitaciones y sus anhelos. En tal sentido, se recurre a la relación que establece Bachelard, en su texto *La poética del espacio* (2000), entre el habitar y la casa como marco de entrada a la caracterización de esta práctica a partir de las formas materiales que crea.

En la casa es posible ver el habitar de cada familia como proceso inacabado, en los cambios de su materialidad que hablan de distintos momentos de su historia y en los detalles que la particularizan como muestra de identidad y evidencia del cuidado por aquello que se abre paso al hacer posible lo urbano desde la construcción de lugar. Cada casa crece de acuerdo con lo que hacen posible sus habitantes, es obra de su habitar. Las personas dan consistencia a lo que su existencia demanda. Resuelven espacios donde poder desarrollar las acciones propias de su cotidianidad y en medio de su habitar en esos espacios construyen su vida, individual y familiar. La casa los liga al barrio y cada casa construye barrio, lo hace lugar.

Así mismo, se consideraron otras formas materiales: las redes, construidas conjuntamente como respuesta a necesidades vitales como el agua o la energía, y la calle, como espacio que conecta no solo desde los flujos sino también como lugar que permite lo público, el encuentro con el otro y la construcción de lo colectivo.

Mientras se luchaba por resolver el acceso básico a los servicios necesarios a través de redes hechas por mano propia, cada familia luchaba también por progresar en la

construcción de su vivienda. La edificación que inicialmente resolvió la premura de cobijo y permitió marcar propiedad y presencia en el territorio, se va transformando poco a poco en el lugar de habitar de la familia. Cada familia desde sus circunstancias va convirtiendo el rancho en su casa y cada casa, a partir de sus propios cambios, cambia cotidianamente la espacialidad del barrio.

Cuando yo llegué ahí al lote, era un lote de verdad, no tenía nada. (...) ese lote tenía solo una habitación. No tenía baño, no tenía cocina, nada, nada, nada tenía. (...) entonces yo le dije [a mi mamá] hágame el favor y me tiene los dos niños grandes, porque pues de verdad era como un lote baldío, (...) entonces pues era incómodo porque no tenía baño, que era lo más urgente. Y entonces yo le dije a mi marido, a los ocho días, pues nos conseguimos una taza pues de segunda, y yo le dije, ay, monte esa al menos porque de verdad ... y ya como al mes, entonces ya ... él pudo como organizar el baño, la cocina, y ahí yo le dije ya, con esto ya me traigo mis chinitos, los grandes. (...) Y pues, ya fuimos así como organizando, ya después organizamos las dos habitaciones, pues para que los niños se quedaran.

(Nini Johana, comunicación personal, 07 de septiembre de 2021)

Para el análisis de esta práctica se recurrió principalmente a los relatos de quienes hicieron parte de este proceso de construir la casa y el barrio, representados a través de imágenes de las casas en distintos momentos, que dan cuenta de su estrecho vínculo con el habitar de sus habitantes. El primero de ellos, corresponde a cuando se observan elementos que son signo de cuidado y afecto, aunque la casa aún tenga una materialidad precaria. El segundo, hace evidente el habitar como un construir material e identitario. Y el tercero, presenta una de las características esenciales y diferenciadoras de la ‘*casa informal*’: lo productivo como uso indivisible de lo habitacional.

De igual manera, relatos e imágenes hablan de la calle como espacio estructurante de la vida del barrio, tanto aquella autoproducida como la que es resultado de procesos institucionales de ‘*formalización*’ de los barrios. Así, esta producción propia del lugar

de habitar permite identificar de manera más clara la relación entre la forma material que adquiere el espacio y las prácticas que le han dado origen a través del tiempo. Es una aproximación a lo urbano como obra humana que abre la posibilidad de interpretar, en la creación de la forma, los significados que los habitantes le asignan a su espacio de habitar.

3.1 Construir al habitar

Las personas conforman para sí un lugar, resultado de la amalgama entre, por una parte, las confrontaciones con lo natural, con aquella geografía maravillosa y adversa que no esperaba ser ocupada; por otra, las relaciones pragmáticas que exige lo urbano, para habitar esa ciudad deseada y siempre distante, que surge en medio del marco de discursos de poder establecidos; y, por último, los saberes desde los cuales sitúan su existencia de un modo que, si bien no deja de ser hostil, es propio, porque han hecho propio el mundo a través de sus prácticas.

De ese modo, se construye de acuerdo con aquello que se presenta al habitar, con los desafíos de la existencia. Es ese construir como mortales, que busca cuidar la Cuaternidad, darle cabida desde el hacer habitual a través de lo que Heidegger denomina construcciones, refiriéndose no a aquellas producidas como objetos sino a esas construidas como obra y que, en tanto tales, hacen lugar:

Cuidar la Cuaternidad, salvar la tierra, recibir el cielo, estar a la espera de los divinos, guiar a los mortales, este cuádruple cuidar es la esencia simple del habitar. De este modo, las auténticas construcciones marcan el habitar llevándolo a su esencia y dan casa a esta esencia. (Heidegger & Barjau (trad.), 1994a, p. 140)

3.1.1 La casa

El vínculo entre la casa y sus habitantes, entre lugar y existencia, se hace evidente en las transformaciones materiales que tiene la casa constantemente. Cambios en los

materiales, construcción de nuevos recintos, inclusión de elementos significativos en fachadas, son parte de las transformaciones que se manifiestan físicamente y que dan cuenta de las dinámicas familiares y comunitarias.

Cuando el rancho, más allá de sus materiales, es labrado con detalles que denotan afecto, se podría afirmar que quien o quienes lo habitan, han establecido cercanía, han tejido vínculos con ese espacio. Porque su obra no sólo se implanta en el lote y su refugio, no sólo los cobija, ellos han creado su lugar de habitar. Ese ahí donde pueden permanecer y sentirse parte, donde a pesar de las dificultades les es posible imaginar.

El uso del color sobre paredes en '*lata*', una ventana simétricamente acomodada sobre la fachada y una puerta sobre la cual se lee la nomenclatura de la ciudad, un jardín claramente conformado con flores color rosa que contrastan con el verde del fondo (**Foto 3-**). Esa casa de bloques sin pañetar inclina su cubierta con un gesto que acompaña el desnivel del terreno, en esa casa hay casa para el amigo fiel y rincón para las flores, y junto esas líneas que se estiran hacia el cielo en una promesa de crecimiento futuro hay espacio incluso para el medidor que marca el compromiso de pago que trae el reconocimiento de la ciudad (**Foto 3-**). Esa casa, esas casas tienen aquello que las hace lugares para el habitar, tienen el afecto de quienes las sienten suyas.

yo quiero mucho esa casa porque (...) la conseguimos con tanto sacrificio, como con tanto amor, no sé, me gusta mi casa ahí. Además, que yo ahí sí puedo hacer lo que quiera (...) y mis hijos pues están tranquilos, porque prácticamente están todo el día ahí y nadie los molesta

(Nini Johana, comunicación personal, 07 de septiembre de 2021)

La casa se constituye en refugio del ser, pensado como espacio vital, que en palabras de Bachelard (2000) constituye aquel 'rincón del mundo' que nos acoge.

hay que decir, pues, cómo habitamos nuestro espacio vital de acuerdo con todas las dialécticas de la vida, cómo nos enraizamos, de día en día, en un



Foto 3-1: *Casa en Caracolí*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, agosto de 2018

Casa y jardín

Aunque los materiales sean aún precarios, el cuidado en la disposición de estos; la manera en que se acomodan la puerta, la ventana y el jardín en la composición de la imagen de esta casa, habla del habitar que alberga.

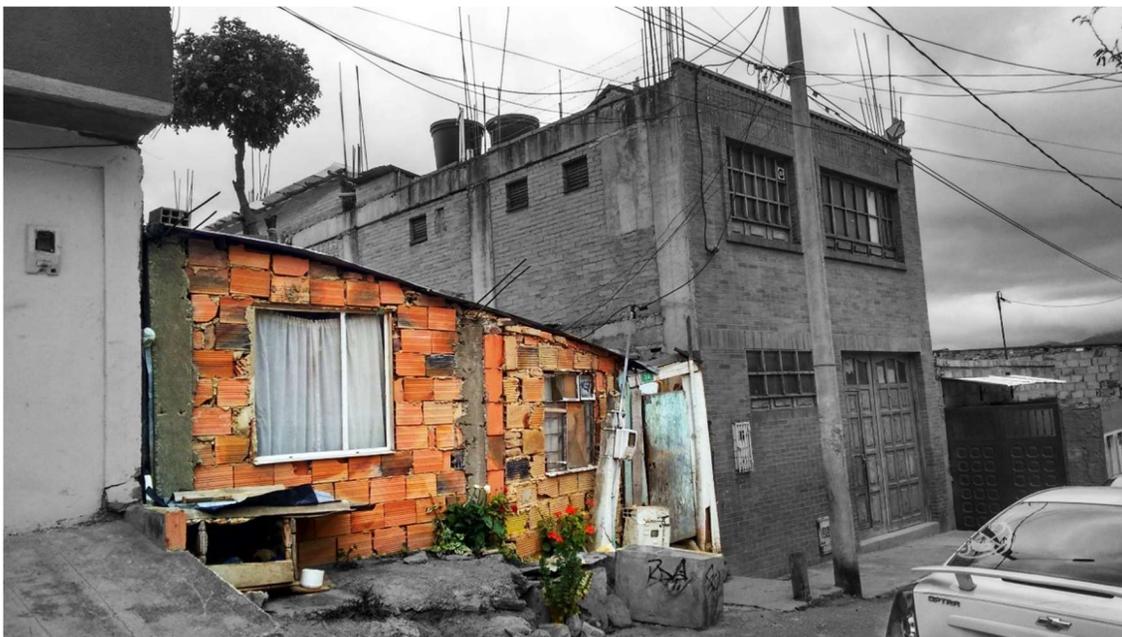


Foto 3-2: *Casa en Potosí*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, agosto de 2016

Un lugar en el mundo

Un techo ligeramente curvo, otro recto para el amigo fiel, la ilusión del crecimiento futuro junto a la evidencia del crecimiento espontáneo de la vida, una casa edificada como 'cosa' para habitar en proximidad.

«rincón del mundo». Porque la casa es nuestro rincón del mundo. Es -se ha dicho con frecuencia- nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Un cosmos en toda la acepción del término. (Bachelard, 2000, p. 28)

De acuerdo con Bachelard (2000), en la experiencia de habitar la casa están también presentes las imágenes de otras casas habitadas en otros tiempos de la historia propia, así como las casas imaginadas, aquellas donde a través de la vida se han ido depositando los valores del habitar deseado. Entre estos valores el filósofo destaca dos; el primero está asociado con la idea de refugio, aquella experiencia de intimidad en la que el habitante se siente protegido, seguro en su lugar en el mundo. El refugio acoge y protege cuando afuera reina el caos.

frente a la hostilidad, frente a las formas animales de la tempestad y del huracán, los valores de protección y de resistencia de la casa se trasponen en valores humanos. La casa adquiere las energías físicas y morales de un cuerpo humano. (...) Es un instrumento para afrontar el cosmos. Las metafísicas 'del hombre lanzado al mundo' podrían meditar concretamente sobre la casa lanzada a través del huracán, desafiando las iras del cielo. A la inversa y en contra de todo, la casa nos ayuda a decir: seré un habitante del mundo a pesar del mundo (Bachelard, 2000, p. 59).

El segundo de los valores resaltados es la estabilidad. Para Bachelard (2000) en la casa, el ser humano experimenta la certeza de quien se siente parte del mundo, hallada a través de la posibilidad de arraigarse y de poder enfrentar, desde allí, los desafíos que acontezcan durante su existencia. Una estabilidad que no tiene que ver meramente con la firmeza constructiva de la casa, sino con la oportunidad que esta brinda para permanecer al habitar.

En tal sentido, el autor convoca a comprender el lugar de habitar más allá de la descripción de un objeto inerte. A trascender la geometría para dar cuenta de la realidad y del ensueño a los cuales su imagen, originada en la experiencia de habitarla, está ligada. Las diversas funciones del habitar se in-corporan en las personas debido

a la experiencia de habitar la casa, señala el filósofo. No una casa en particular, sino todas las casas que, a través de la vivencia cotidiana, han dejado huellas de la relación entre el cuerpo y el espacio.

la casa es primeramente un objeto de fuerte geometría. (...) Pero la trasposición a lo humano se efectúa inmediatamente, en cuanto se toma la casa como un espacio de consuelo e intimidad, como un espacio que debe condensar y defender la intimidad. Entonces se abre, fuera de toda racionalidad, el campo del onirismo. (...) Pero el complejo realidad y sueño no se resuelve nunca definitivamente. La propia casa, cuando se pone a vivir de un modo humano, no pierde toda su 'objetividad'. (Bachelard, 2000, p. 60)

Según Bachelard (2000), esta relación ocurre a través del tiempo y afecta la experiencia misma del tiempo, haciendo que el espacio tome tal relevancia que la memoria modifica el modo en que se recuerda. Así, el tiempo puede ser tan extenso como la intensidad de la experiencia espacial vivida y tan discontinuo e irregular como la memoria, en su encuentro con la imaginación.

si sostenemos el ensueño en la memoria, si rebasamos la colección de los recuerdos concretos, la casa perdida en la noche del tiempo surge de la sombra jirón tras jirón. No hacemos nada para reorganizarla. Su ser se restituye a partir de la intimidad, en la dulzura y la imprecisión de la vida interior. Parece que algo fluido reúne nuestros recuerdos. Nos fundimos en ese fluido del pasado. (Bachelard, 2000, p. 67)

Desde esta perspectiva, el sentido poético de la casa si bien incluye su consistencia material, se despliega en las relaciones que se establecen al habitar, en su construcción como lugar en el mundo. Así, al comprender el habitar como un construir en tanto ser y estar en el mundo, se supera la presencia material de la casa develando en su esencia, como resultado del hacer humano, su dimensión como un ahí para la existencia.

Esto no sólo se comprende, entonces, desde el estudio de su espacio interior sino también desde su contribución a la configuración espacial de su entorno como lugar del habitar. Es esta última mirada la que se abordará en esta tesis, a través de la práctica del construir. La mirada a una casa que se hace por partes. Es un ensamble de momentos a través de la vida. En la casa es posible leer el tiempo; el que fue, el que es, e incluso, a veces, el que espera ser. La posibilidad de percibir en una misma materia la coexistencia de esos momentos, le otorga a la casa su carácter, que está ligado a un modo de habitarla y a la manera en que es edificada.

La casa de la **Foto 3-**, fue un ejemplo elegido dada la singularidad en el ensamblaje de sus fragmentos. La parte verde da cuenta de una etapa de construcción, posiblemente la inicial. El pañete, el detalle curvo de la ventana en primer piso, el acabado de la escalera de acceso, dan cuenta de un tiempo transcurrido y de un segundo piso aún no terminado. Otra etapa es la de color amarillo, con una ventana con ornamentación distinta y un mayor estado de deterioro. Un fragmento tan distinto que parece otra casa. Y la tercera etapa que puede ser identificada aún no ha sido pañetada, al parecer es el momento más reciente de la casa. Los muros en bloque muestran un crecimiento reciente donde aún se observan materiales de construcción. Hay un cambio en la geometría del segundo piso que tal vez responda a una manera de ganar espacio con una forma más regular que la permitida por el trazado del predio en el primero piso.

La casa dialoga con sus habitantes y devela aspectos de su identidad. A través de la casa, de la forma en que es moldeada su materialidad, es posible hallar diversidad de disposiciones obradas para la solución de problemas sobre la relación con lo urbano, como paramentaciones; accesos; diferencias de nivel; entre otras. Así mismo, se pueden rastrear elementos disponibles en el mercado en momentos determinados, relacionados con materiales para acabados de fachada o formas específicas en la ornamentación en ventanas y puertas.

Incluso es posible rastrear ideas o preferencias sobre lo bello, como puede observarse en la **Foto 3-**. Una casa cuya imagen también fue elegida por su singularidad. El



Foto 3-3: *Casa en Caracolí*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, agosto de 2018

Fragmentos

Una casa, muchos momentos ensamblados en una misma materia, maleable, dispuesta a ser cada vez diferente, pero conservando las huellas del habitar que fue, del que es y de aquel que se guarda en los anhelos del porvenir.

color azul de fondo contrasta fuertemente con el negro de las puertas, la ventana y la figura; todo hace parte de una misma composición. La pintura de las puertas juega con figuras geométricas, la ornamentación de la ventana también las tiene y tras ella aparece un trozo de cortina que aporta otro tono azul, así como el borde superior y parte del lateral de la fachada. Ningún detalle se descuida; el medidor de energía también fue pintado de negro y la tapa de los registros de gris, todo hace parte del mismo lienzo. La figura mágica de un atrapasueños situado en medio de un cielo nocturno de fondo, al que alude la pequeña estrella blanca articula por completo la imagen.

Así, la casa permite a sus habitantes no sólo resolver las contingencias cotidianas de su existencia sino también construir su propia mirada del mundo a través de sus vivencias y de sus anhelos. En su materialidad, la casa condensa el espacio de cada tiempo, las referencias a aquello que fue y que está presente en lo que es, y las posibilidades creadas desde las carencias con la mirada puesta en ese tiempo por venir.

Otra de las características de la casa en el borde informal de Bogotá, es la inclusión de lo productivo como parte de su programa de usos. Para muchas de las familias que habitan allí, la división funcional entre trabajo y residencia no es sensata. La posibilidad de generar ingresos económicos desde el mismo lugar en el que habitan les permite conciliar aspectos financieros con, entre otros, limitaciones para el desplazamiento y/o demandas de cuidado.

La presencia de tiendas, talleres, papelerías, peluquerías, ferreterías, entre otros diferentes usos productivos, es común, principalmente en los primeros pisos de las casas, tal como se observa en la **Foto 3-5**. Allí una tienda y una papelería sobre ella dan cuenta de las alternativas productivas creadas por la familia que probablemente habite los últimos dos pisos de esta edificación. Desde estas actividades se establece uno de los ámbitos más relevantes de articulación entre la casa y el espacio público en los barrios. La casa productiva brinda posibilidades económicas a sus habitantes, permitiéndoles mejorar tanto sus condiciones materiales como de habitabilidad.



Foto 3-4: *Casa en Potosí*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, agosto de 2017

Identidad

No es una más, es distinta en medio de la diferencia; ninguna es igual a otra, pero esta reclama su identidad, habla de los sueños, de la noche, de los griegos; ella habla y cuando pasas es inevitable ver.

Propicia el movimiento y el encuentro, pone ojos sobre lo que ocurre afuera, con el otro, propiciando muchas veces la construcción de comunidad.

Así mismo, entre las actividades productivas, el arrendamiento tiene una fuerte presencia en los barrios de producción informal tanto a nivel internacional como nacional (Gilbert, 2010; Sáenz Acosta, 2018; Torres Ramírez, 2012)³⁶. En los barrios de estudio se pueden observar como oferta de este mercado: habitaciones, casas y apartamentos, e incluso se pueden hallar edificaciones de propiedad horizontal producidas informalmente, tal como la que muestra la **Foto 3-6**.

Este multifamiliar autoproducido hace evidente su forma de tenencia en la materialidad, tanto por la múltiple disposición de accesos independientes mediante el aprovechamiento de la inclinación del terreno y el uso de escaleras interiores, como por los diferentes medidores de servicios públicos que se observan en sus fachadas. Esta forma de actividad productiva, además de generar ingresos a las familias propietarias de los inmuebles, es una alternativa de albergue para familias que están recién llegadas a la ciudad o al sector, así como para aquellas que aún no tienen como autoproducir una vivienda propia.

De otro lado, los habitantes no propietarios habitan el barrio en distinta condición. Algunos, desde la experiencia del tránsito, en general no desarrollan formas de arraigo, solo esperan la oportunidad de irse, de migrar nuevamente. Otros, aunque no tengan una propiedad si tienen afectos. Allí viven sus familiares, su gente, lo que hace que su espera sea diferente, esperan por una posibilidad para comprar un lote o una casa, buscan una oportunidad para materializar su deseo de permanecer.

³⁶ Con respecto al habitar en condición de arrendamiento en Bogotá, D.C., Sáenz señala: “el acceso a la vivienda en arriendo es significativo entre las familias de menores ingresos de la ciudad. Al tomar como referencia el sistema que emplea la Alcaldía Mayor de Bogotá para la estratificación socioeconómica de la población, se puede observar que el peso de los arrendatarios es mayor en las zonas de la ciudad que presentan más deficiencias en materia urbanística” (Sáenz Acosta, 2018, p. 75)



Foto 3-5: *Casa en Potosí*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, enero de 2020

Casa productiva

No es una función adicional en el programa de la vivienda, es un uso con el cual también se habita; es posibilidad para la existencia; es lugar de cuidado en lo erigido que hace próximos a los otros, al espacio y al tiempo.



Foto 3-6: *Casa en Caracolí*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, agosto de 2018

Habitar efímero

Estos barrios nacieron del tránsito, de la travesía de la vida; se caracterizan por el movimiento y, en tanto tal, lo acogen. No todos llegaron para permanecer.

Mi suegra falleció ... nosotros duramos [viviendo] con ella casi cuatro años. (...) Mi cuñada venía, pero muy esporádicamente, mantenía de allá pa' acá; no le gusta, a ella no le gusta la loma, como la llamamos nosotros. Entonces al fallecer mi suegra, mi cuñada ... la casa está construida nada más la mitad. A la parte del fondo, ahí estaba el lote como tal, que era el patio donde tendíamos la ropa, donde estaban las gallinas, porque también habían [sic] gallinas, habían [sic] pollitos. Mi cuñada le propone a mi esposo que vendamos ese lote, que la casa en cuánto la estaban avaluando. (...). Entonces, se vendió el lote y el restante se lo pagamos por cuotas a ella.

(A. Miranda, comunicación personal, 07 de septiembre de 2021)

3.1.2 Las redes vitales

Así como lo que funda el barrio es la construcción de la casa, en tanto resultado de acciones particulares que se van sumando sobre un mismo territorio, con el paso de los días se hicieron urgentes acciones colectivas, concertadas, para resolver otros aspectos clave para la supervivencia. El acceso al agua, a la energía, o al servicio de alcantarillado, no era parte de lo que se pagaba con el lote, pero es indispensable para el habitar.

En los inicios del barrio Jerusalén, al que pertenece el sector Potosí-La Isla, los habitantes llevaban el agua hasta sus casas en galones que llenaban en el área donde actualmente se ubica el barrio Candelaria La Nueva (Niño & Chaparro, 1998). Tiempo después y ante la necesidad de facilitar la disponibilidad del agua, según Niño y Chaparro (1998), algunas familias se organizaron para ofrecer el servicio de transporte en burro, del agua, hasta las casas y, posteriormente, cuando se abrieron las primeras vías, subieron carrotanques cargados con el vital líquido.

Más tarde, de acuerdo con los autores, se levantaron unas albercas en la vereda de Quiba, desde las cuales se tendieron mangueras para llevar el agua hasta un tanque comprado a Ecopetrol, que fue ubicado cerca a la parte alta del barrio. Desde ese punto, se repartía a pilas localizadas en los diferentes sectores de Jerusalén, durante dos o tres horas al día.

Para traer el agua, se iba a la quebradita, a un chorro de agua que bajaba, que ahora no está. En ese entonces el papá de mis hijas entró en un comité, formaron un comité de unos señores y fueron a hablar al tanque que ya tenía agua, y se hizo una derivación para acá, se cogía agua en las pilas (...). Se tenían turnos, a una hora se ponía para el lado de abajo, a la otra hora para acá, según las pilas se hacían turnos, pero el agua no alcanzaba entonces la gente se agarraba a pelear, eso había una discordia por la cuestión del agua, todo el mundo quería coger agua de primeras y no respetaban a los demás, eso pues, en un principio fue tenaz.

(Entrevista a Luz Dary Ayala en González, 2004, p. 23)

A Caracolí, las personas llegaron con la ilusión de no tener que enfrentar la falta de agua pues muy cerca, en la parte alta del barrio Sierra Morena, está localizado el 'tanque del cielo', desde el cual suponían que fácilmente podrían lograr el suministro de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá (Torres T., 2011). Sin embargo, Torres (2011) relata que en los primeros años, al igual que lo ocurrido en Potosí, los habitantes tuvieron que autogestionar el acceso al agua mediante su transporte desde fuentes cercanas al barrio y luego comprarla por 'pimpinas' de 5 galones que vendían en Tres Esquinas. Después, según se señala en la investigación, la dotación provisional se realizó a través de mangueras conectadas al ya mencionado tanque.

el agua se bajaba con mangueras comunitarias desde el tanque de Sierra Morena... por la parte de arriba del tanque de arriba y por la parte de abajo se sacaban las mangueras de Potosí [barrio vecino], del tubo madre y para

hacernos a la manguera fue a través de la política y nosotros el galapo lo conseguimos

(entrevista 9 en Torres T., 2011, p. 477).

Con el acceso a la energía ocurrió algo similar. Los primeros habitantes de los barrios tuvieron que ‘solucionar’ la dotación a través de la instalación de postes de madera y cables adquiridos por ellos, para ‘contrabandear’ el fluido eléctrico desde redes cercanas hacia sus casas. En Jerusalén, el tendido se realizó desde la red de Candelaria La Nueva IV Etapa (Niño & Chaparro, 1998). Años después, en Caracolí, la conexión se realizó desde las redes de los barrios Santo Domingo, Jerusalén y Potosí (Torres T., 2011): *“pues la luz estaba en el poste que era como un palito, un palo, era una vara ahí. No eran, pues, postes de cemento, sino era ahí una vara y pues uno llegaba y lo conectaban”* (J. Galindo, entrevista para PVP, 18 de agosto de 2020).

3.1.3 La calle

Entre la casa y lo urbano, la calle se constituye en el espacio público por excelencia en los barrios populares. Al recorrerlos, más que en los parques, la gente se encuentra en las calles, en las esquinas, allí juegan los niños, se mira el pasar del extraño. La calle mantiene la experiencia desafiante de la topografía, desde allí se ve el horizonte, los cerros, y al recorrerla se respira el polvo de sus áridos suelos que llevan al encuentro de la distante ciudad.

Esas calles son puente entre el abstracto trazado de un mercado a veces aún presente y ese territorio o paisaje originario que, a la vez, acoge y se resiste. Al igual que la casa, la calle se construye a través del tiempo, primero desde procesos de autoproducción y luego como resultado de la acción del Estado.

En los barrios en estudio, aún hay calles descubiertas donde el polvo arcilloso se levanta con cada pisada si está seco y se transforma en un barro jabonoso si ha llovido.

Son calles que tuvieron que ser adecuadas por la acción colectiva de sus habitantes mediante el uso de escalones contruidos con llantas, costales de arena, o troncos de madera. También las hay cubiertas con concreto mezclado y fundido por vecinos cansados de batallar hasta con sus pasos para llegar a casa (**Foto 3-8** y **Foto 3-**).

En esta creación continua de soluciones para moverse en el barrio, entre la casa y la calle generalmente no se configura un andén, como ese espacio para el flujo peatonal paralelo al de los vehículos. No parece necesario un andén cuando en muchas de las calles es tan difícil circular.

Lo que se observa en las calles más pendientes, tanto en Potosí como en Caracolí, es que el tránsito de vehículos se limita, en general, a aquellos que salen o entran a sus espacios particulares de parqueo, de carros y motos. Ese uso es compartido con el flujo de personas que van y vienen de sus casas, a trabajar o estudiar, de aquellos que conversan o juegan desprevenidamente, pero también de quienes controlan ese espacio para negocios ilegales, como el del microtráfico, o buscan que robar.

Tal como se observa en la **Foto 3-**, la calle de la imagen corresponde a un espacio por donde circulan particularmente los niños que estudian en el colegio Sierra Morena, quienes deben subir una altísima pendiente para llegar hasta él. También allí se observan pequeños puentes de concreto contruidos para pasar los vehículos por encima de la zanja lateral que conduce las aguas lluvias. Y, completando la escena, es posible identificar en el frente de varias de las casas, áreas abiertas localizadas entre la puerta principal y la calle, que ofrecen espacios para la permanencia y el encuentro.

Aquel espacio que hay entre la casa y la calle es más bien una extensión de la casa. Un espacio más parecido a una terraza desde la cual el habitar privado se abre hacia la calle y su sentido de comunidad. Esa terraza establece un continuo socio espacial con la calle, tal como se observa en la **Foto 3-**, convirtiéndose en espacio de transición entre lo propio y lo colectivo. Allí se da lugar a plantas, mascotas, la moto, la ropa tendida, e incluso en ocasiones se convierte en la sala para recibir visitas.



Foto 3-8: *Escalones resueltos con costales rellenos con arena.*
(Carrera 75b con Calle 76a Sur, Caracolí). Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar,
agosto de 2018

Paso a paso

Cada paso cuesta cuando el camino es inclinado y el suelo se desmorona bajo los pies. Los senderos trazados desconocen el viaje, pero hay que llegar a casa, hay que hacerlo posible.



Foto 3-8: *Escalones resueltos con llantas usadas.*
(Carrera 72 con calle 76a Sur, Caracolí). Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar,
agosto de 2018

Camino a casa

Lo que para unos es desecho, para otros es ocasión de construir un camino más digno a casa. No es simplemente un asunto pragmático, es también una afirmación de plausible existencia.

En otras calles, en cambio, donde la topografía facilita la circulación y el uso comercial se ha concentrado, se han configurado andenes, discontinuos si son resultado de las acciones de los vecinos, o continuos en superficie y materialidad, si se trata de intervenciones estatales. En estas calles la presencia de personas es mayor y tiene una velocidad más cercana a la circulación que a la permanencia. Allí, si suele haber una circulación vehicular más frecuente y es por ellas por donde circulan las rutas de transporte colectivo, estatal e informal.

En unas y otras es posible encontrar huellas de lo que el espacio entre las fachadas de las casas pudo haber aportado en la construcción del barrio como lugar. Vestigios de un ámbito de encuentro comunitario, para el diálogo o la discordia, para la vida o la muerte, pero al final, donde ocurre la existencia humana. En los relatos sobre el origen de los barrios en estudio, se escucha una demanda reiterada por la pavimentación de las calles, pero contrario a lo que se podría interpretar, esta demanda no tiene que ver exclusivamente con la posibilidad de circulación vehicular sino también con la de poder llegar tranquilamente a casa, poder contar con un espacio limpio, cómodo, bello. Se trata más bien de una cuestión de dignidad.

pues ha crecido [el barrio] y al menos la vía principal está pavimentada. Tenemos todos los servicios públicos, que es lo más primordial

(H. Castro, entrevista para PVP, 18 de agosto de 2020)

las calles eran con hueco, eran para rellenarlas, eso es un relleno que se hizo acá y habíamos [sic] como unos 15 habitantes o sea 15 casas [hace 25 años]. (...) llegué así, dejé las cosas allá arriba en Tres Esquinas y de ahí para acá echando ... bajándolas porque no había carretera, no había nada

(B. Velázquez, entrevista para PVP, s/f)

[cambios] positivos todo. Porque ha cambiado, ya no hay lotes, ya no hay nada. Ya está todo construido. La avenida, hicieron la avenida. O que van a hacer, la avenida pa' Soacha. Eso es un proyecto que tienen ahí.

(Ángel, entrevista para PVP, s/f)



Foto 3-9: *Uso compartido. Carrera 73 con calle 77d Sur, Caracolí*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, agosto de 2018

Vida de barrio

En estos barrios hay calles, no sólo vías; lo realmente importante es el encuentro. La calle es el espacio público por excelencia. Allí ocurre el encuentro con la vida como lugar de cuidado, de juego, de convergencia, pero a la vez de encuentro permanentemente con esa condición de mortales que angustia.



Foto 3-10: Terrazas. Carrera 41 con calle 80b Sur, Potosí

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, enero de 2017

Calle para el encuentro

Una calle de borde, cuya cobertura cambió con la llegada de las instituciones de gobierno al barrio, mantiene las posibilidades que abrió el habitar a lo comunitario desde la construcción de la casa: la terraza.

A pesar del cambio de materialidad de la calzada y los andenes, la casa sigue proyectando el habitar familiar hacia la calle que configura.

Así, una vez los barrios del borde informal han empezado a existir como resultado del habitar, y cuando su presencia ya no puede desconocerse, tanto el Estado como diversas organizaciones externas a las comunidades aparecen en escena. En general, el interés de estas instituciones es atender las principales carencias socio espaciales que allí identifican.

A pesar de las buenas intenciones, en muchas ocasiones la perspectiva desde la cual se aproximan a estos sectores resta valor a las acciones desde las cuales familias y comunidad han ocupado su espacio habitacional. La simplicidad de esta mirada acentúa el conflicto entre el deseo de ser parte de la ciudad y la posibilidad de vivir de otro modo, bajo otras lógicas de lo urbano. Al respecto, en Bogotá, la acción del Distrito en el sector de hábitat y vivienda, en lo directamente relacionado con asentamientos informales, se realiza a través de la Secretaría Distrital del Hábitat y la Caja de Vivienda Popular.

En cuanto a las viviendas, en los barrios que hayan sido priorizados para las intervenciones de mejoramiento de su entorno, se realizan predio a predio procesos para lograr la titulación legal de aquellas allí construidas a fin de poder asignar, en los casos en que se cumpla con los requisitos establecidos, subsidios para el mejoramiento de cada unidad habitacional.

A través del programa de mejoramiento de barrios, se pavimentan calles, se construyen andenes, redes de alcantarillado, se mejora la habitabilidad de algunas viviendas y se resuelven asuntos legales del barrio y las viviendas. Así, en medio de una estructura predial forzada por el interés del lucro, sobre una estructura natural no apta para ser habitada tan densamente, se instalan elementos urbanos que tratan de construir una imagen de '*orden*' que a veces no dialoga con la vida que allí ha ido tomando forma. Estos elementos dan materia a una relación funcional y vital siempre presente, pero a través de formas, de lenguajes, que aparecen como parches puestos sobre un traje de otro tono.

Las calles principales son pavimentadas y las obras de alcantarillado y de iluminación pública ciertamente benefician el tránsito vehicular y peatonal por esas vías. Es

innegable que estas inversiones traen beneficios a las comunidades. Sin embargo, estas mismas producciones materiales, dependiendo de su resolución, en ocasiones causan conflictos entre los miembros de las comunidades al no reconocer las dinámicas en las cuales ocurre el habitar de los barrios.

La pavimentación discontinua de vías que, al aumentar la impermeabilización del suelo, aumentan la velocidad y el volumen de agua que escurre ladera abajo por las demás calles, agravando problemas de movilidad peatonal. Los procesos de reasentamiento de viviendas atendiendo situaciones de riesgo que, sin embargo, dejan durante mucho tiempo familias sin solución clara a su habitar, así como áreas de terreno desocupadas, propiciando su ocupación por nuevas familias de ese mismo espacio, son algunos ejemplos de los mencionados conflictos.

Por otra parte, dichos barrios son también objeto de intervenciones de instituciones filantrópicas que buscan aportar en aquellos aspectos en los cuales el gobierno territorial y/o nacional se quedan cortos para atender las múltiples demandas de los habitantes. Usualmente, con la misma mirada de asistencia a la población vulnerable, Organizaciones No Gubernamentales, Fundaciones, entre otros actores, realizan diversas acciones de servicio y apoyo a la organización comunitaria que en ocasiones toman forma en el espacio físico.

Así, cuando la existencia de estos territorios se vuelve innegable y la intensidad de las relaciones obliga a reconocer que allí también ocurre lo urbano, aparecen terceros en escena buscando reparar aquello que durante años no quisieron ver. De esta manera, las huellas de una producción violenta de mercado ilegal de suelo coexisten con la construcción de lugares que acogieron la vida de los desarraigados, así como con la presencia de otros que, junto al Estado, imponen su visión tratando de controlar el crecimiento de un fenómeno que se entiende exclusivamente problemático, con una ilusión de contención centrada en las consecuencias y no en los motivos.

Unas fuerzas y otras van superponiéndose sobre un territorio habitado por quienes en su habitar también ejercen su poder sobre el espacio y su forma, pero de otro modo.

Su modo es la respuesta contingente que con el tiempo y sumada a otras, va armando la imagen de la vida allí, de lo que habitar significa en barrios donde otros se imponen por la fuerza.

Un impulso evidente que nadie quiere ver, solo quienes lo tienen como experiencia de vida. Un choque de fuerzas en medio del cual ocurre esta especial condición de borde. Un borde de transiciones sí, pero no sólo entre características físicas diferentes, sino también de transiciones donde el pacto social tácito permite expresiones tanto de legalidad como de informalidad, porque ambas deben permitirse para que pueda ocurrir la vida, donde el conflicto es la constante y la fuente de la forma y el espacio.

Así, si bien los barrios localizados particularmente en el sector de estudio iniciaron su configuración material en dos momentos históricos distintos; Potosí a inicios de la década de los años ochenta y Caracolí a principios de los noventa del siglo XX, esta diferencia temporal en el proceso no es evidente en su actual estado de consolidación. Ello a pesar de que las acciones de formalización dieron inicio en el mismo orden que la creación de los barrios.

Al recorrer el área de estudio, se observa claramente una superposición de construcciones en el espacio, que caracterizan la forma material del borde informal. Entre ellas se destaca la pavimentación de vías principales, como las Calles 76 A Sur y 77 Sur, en el barrio Caracolí, que conectan con el municipio de Soacha, o la Transversal 44 A, que continúa en la Calle 79b Sur y luego gira por la Carrera 42 Sur, que es una de las rutas vehiculares pavimentadas que recorre el barrio Potosí.

La pavimentación de las vías se logra, generalmente, a través de la gestión de representantes de la comunidad ante la autoridad local o distrital. Esta intervención es una de las solicitudes fundamentales de los habitantes ya que, por una parte, desde un punto de vista funcional, facilita las distintas formas de movilidad por el barrio, y por otra, desde una perspectiva poética, es entendida como el logro de una condición de

dignidad y belleza, como *“la posibilidad de soñar y construir otros mundos diferentes”* (Andrea Castro, foro en PVP, 2021)³⁷.

Asociadas a estas intervenciones viales, también son visibles obras de alcantarillado de aguas lluvias, iluminación pública y señalización, canalización de quebradas, y construcción de andenes. Un ejemplo claro de estos últimos, son los producidos paralelamente a la calle 77 Sur cuya continuidad, tal como se observa en la **Foto 3-**, permite separar la circulación vehicular de la peatonal, en una vía con alto riesgo de accidentes dada la permanente circulación de vehículos particulares, de transporte público y de carga. Como parte de esta intervención se instalaron barandas en ciertos tramos y se construyeron rampas y escaleras en algunos puntos, para facilitar el acceso a algunas viviendas y la conexión con otras calles.

Así como esa, es posible encontrar múltiples intervenciones de este tipo en los barrios en estudio, en particular en el barrio Caracolí donde las hay en mayor medida, mientras que en Potosí predominan las materializaciones de acciones comunitarias. No obstante, indistintamente de su autoría, estas construcciones en el espacio público se han constituido en foco de actividades colectivas en los barrios, favoreciendo de esta manera acciones de apropiación que dan paso a la última de las prácticas que se consideró en esta tesis: el cultivar, como práctica del cuidado del mundo que se habita.

Del mismo modo en que el ser humano en su habitar construye lugar para sí, que en esta tesis se interpreta a partir de las formas materiales de la casa, las redes vitales y la calle, construye lugar para ser y estar con los demás, porque parte de lo que es; es en tanto ser social. Al habitar con otros, con quienes comparte existencia, el ser humano resuelve problemas de supervivencia, como el acceso a los servicios públicos, ya considerado, pero también, proyecta con esos otros su propio habitar en ese lugar que construye.

³⁷ En el año 2021, el Proyecto de Vivienda Popular realizó como una de las actividades académicas un Foro de Mujeres de los Barrios Populares, en el marco del cual fue invitada Andrea Castro, una de las líderes comunitarias del barrio Arabia, en Ciudad Bolívar.



Foto 3-11: *Andén Calle 77 Sur*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, enero de 2019

Tejiendo Caminos

Pasos que levantan el polvo o que se hunden en el barro amasado por la lluvia;
muchos pasos tardaron, pero por fin es posible llevar los zapatos limpios al
colegio, por fin es posible ver el barrio vestido de gala.

3.2 Construir lugar

El construir da cuenta de un hacer íntimo que sucede al ritmo de la existencia humana y según las circunstancias en que ella transcurra. En tanto construir es el modo en que habita el humano en relación con el mundo, la casa es 'cosa' que crea lugar. Esto, de acuerdo con Heidegger (1994b) cuando plantea que la obra del producir humano se constituye cosa, no por la materia de la que está hecha, sino por aquello que acoge: '*la Cuaternidad*'. Las cosas como resultado del hacer humano coligan el residir en la tierra, bajo el cielo, como parte de la comunidad de mortales que permanece ante los divinos.

La casa informal, como cosa, alberga el habitar de la familia a quien la ciudad no le fue permitida. Le concede establecerse en un territorio que, aunque inhóspito, hace posible permanecer ahí según sus posibilidades materiales y temporales, atender necesidades y anhelos propios, construir vínculos y forjar la vida. La casa, en tanto cosa, permite hacerse un lugar en el mundo.

Es a partir de la casa que se configura el barrio y desde allí lo colectivo y lo urbano. Se trata de edificar su casa, pero también de cómo resuelven el acceso al agua o a la energía eléctrica, aunque sea de '*contrabando*'; cómo llegan a acuerdos para resolver por qué medio llegar y salir de los barrios, o cómo lograr bajar y subir por empinadas calles que se transforman en verdaderos toboganes en temporada de lluvias; o cómo desde sus casas iluminan las calles para que los suyos u otros no sean víctimas fáciles de la violencia que los persigue.

En el borde informal, el barrio es lugar creado desde acciones que responden a circunstancias particulares de tiempo, espacio y modo de habitar, motivadas por el propósito de hacer posible la vida a partir de '*lo que hay*' y de anhelos por un mejor vivir. Mirar los lugares en el modo en que se construyen, con la medida del tiempo (mientras se habitan) y del habitar de quienes desean una mejor existencia, permite interpretar el sentido de ser-ahí a través de dar forma al espacio como manera de estar-ahí y pertenecer así a la comunidad de los mortales.

De esta manera, a través del tiempo, '*la Loma*' empieza a hacerse cada vez más densa. Más y más personas, familias, la habitan y desean continuar habitándola. Los primeros que la habitaron ya tienen historias a cuestas, la conocen, la han hecho suya. Ellos han construido su vida allí, han visto como otros llegan y se van, y otros se quedan para permanecer con ellos. Desde ahí han visto cambiar la ciudad y con ella su '*Loma*'. Su lucha cotidiana le ha dado forma a su lugar en el mundo, desde ahí ven a esa Bogotá que los ignora, de la cual no se sienten parte, pero en donde pueden encontrar respuesta a sus demandas y acercarse de algún modo al habitar de sus ensueños.

Cada casa es reflejo del habitar y de la identidad de sus habitantes. En su permanente construir las personas edifican la casa de acuerdo con su disponibilidad de recursos y con las necesidades particulares de su habitar, pero también en ese construir las decisiones que toman con respecto a la configuración de los espacios y a la expresión material de los mismos, corresponde con sus preferencias culturales y sus anhelos individuales y/o familiares. El resultado de estas decisiones, junto a la diferencia en el proceso de construcción de cada una, hace de la casa un elemento de identidad que construye, a partir de la singularidad, la imagen de mosaico que caracteriza al borde informal.

Esta distinción que permite cada casa da paso a la **poética del reconocimiento**, en tanto graba la individualidad de cada proceso de habitar en medio de la construcción colectiva de los barrios. Esta característica del borde informal hace visible e indeleble la huella del tiempo en el espacio.

Por otra parte, esta poética también sucede en la relación entre el borde informal y la ciudad planificada con el autorreconocimiento que desarrollan sus habitantes como comunidad, a través de los diálogos y acuerdos a los que deben llegar conjuntamente para que, mediante liderazgos y representaciones, su voz sea escuchada entre quienes tienen el poder de decidir que el Estado lleve sus inversiones hasta ellos.

La relación con la ciudad planificada llega tardíamente y en respuesta a un largo tiempo de silencio durante el cual las comunidades avanzan por cuenta propia en la

consolidación de sus barrios. A pesar de ello, son las instituciones de gobierno, con sus planes y programas, la promesa más tangible para lograr aquello que se anhela: ser reconocidos para ser parte, para ser visibles como ciudadanos de una misma ciudad.

Entre reuniones, normas y favores, empiezan a llegar las obras. Funcionarios de distintos sectores de gobierno recorren los barrios, registrando lo que ven, hablando con los vecinos para informar sus propósitos. Las personas preguntan, conversan entre ellos contando lo que saben, suponiendo lo que no, buscando entender los nuevos flujos de gente que recorre los barrios. Llegan las máquinas, los operarios, los cascos, y empieza a tallarse nuevamente '*la Loma*' con las formas de la urbanización. Las calles toman otra consistencia, llegan las esperadas infraestructuras y sus servicios, andenes y barandas marcan el paso de la inversión pública. Con la llegada del Estado se transforma '*la Loma*', el concreto es el material esperado, la obra toma otra consistencia.

Con estas transformaciones se hace posible tomar algo del lenguaje de la ciudad urbanizada, de una lucha permanente por lograr '*beneficios*' del habitar urbano. Potosí y Caracolí son oficialmente barrios de Bogotá, pertenecen a la localidad de Ciudad Bolívar. Sin embargo, esa sigue siendo su '*Loma*', el lugar que su habitar ha construido para permanecer.

En ese momento, prima el espacio sobre el tiempo. No importa cuánto ha transcurrido, lo importante es lograr la transformación de ese espacio, que ya es un lugar al cual se pertenece y para el que, con el propósito de cuidarlo y de cuidar a quienes allí habitan, se busca una materialidad más permanente, que tenga la imagen de la esa ciudad lejana cuyos códigos llevan la promesa de lograr finalmente hacer parte de ella. El lugar cambia y ese '*collage*' de signos refleja la naturaleza híbrida que esencialmente posee '*la Loma*' en su condición de borde (**Gráfico 3-1**).

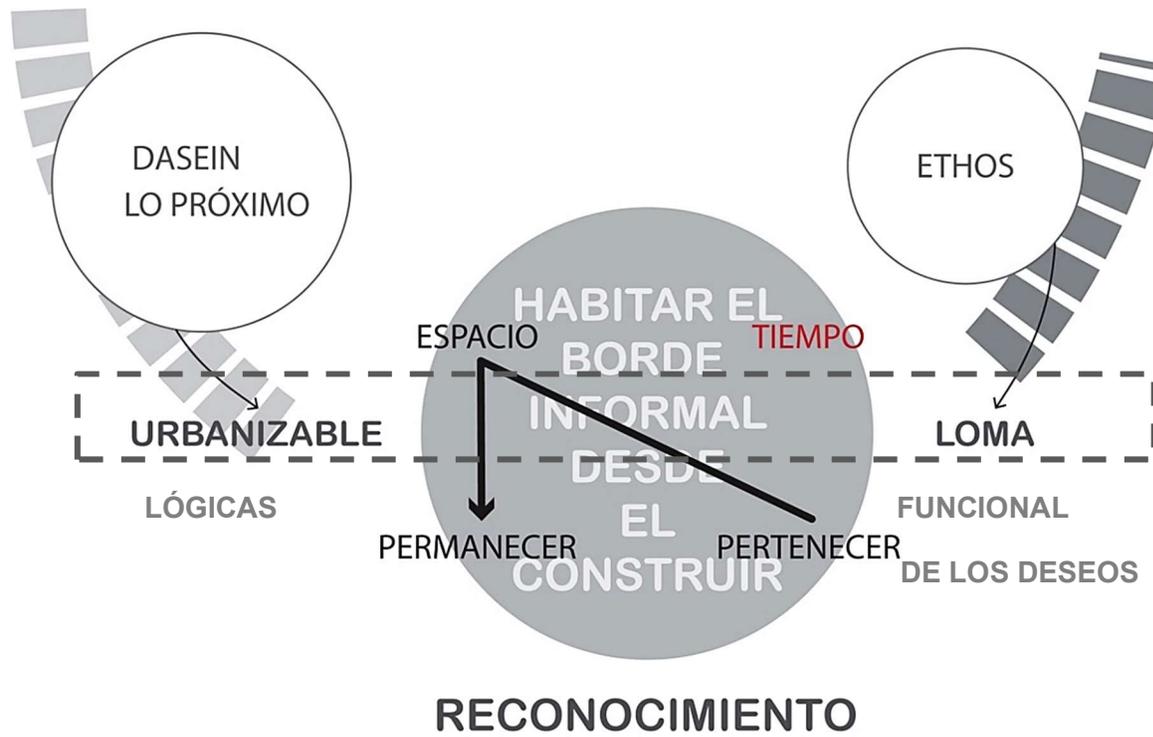


Gráfico 3-1: *El Construir y la poética del Reconocimiento*

Fuente: Elaboración propia, 2023

**Cultivar
un mundo
al cual
pertenececer**

4

En este capítulo se aborda la tercera de las prácticas de lo habitual consideradas en esta tesis: el cultivar. Esta práctica fue abordada, tal como el construir, a partir de la aproximación poética propuesta por Heidegger (1994a), quien plantea comprender el cultivar en tanto cuidado por aquello que se construye al habitar. Este cuidado se analiza, en el sector de estudio, desde las acciones colectivas realizadas por sus habitantes en relación con la construcción de su '*Loma*'.

En estos barrios, aquello que se ha construido a través del tiempo, conjuntamente entre quienes decidieron habitar '*la Loma*' y hacer de ella su lugar, permite rastrear otro aspecto del sentido de habitar ahí: el cuidado por los otros y por lo otro. En tal sentido, el cultivar es transversal al habitar en tanto "*construir, en el sentido de abrigar y cuidar*" (Heidegger & Barjau (trad.), 1994a, p. 129), es el modo de arraigarse a la tierra para permanecer allí y pertenecer a una comunidad, a un lugar en el mundo.

Aun cuando el habitante del borde informal ve condicionada la existencia a las difíciles circunstancias de su vida: condición de pobreza, precariedad de su entorno físico, vulnerabilidad social, múltiples violencias, entre otras, crea posibilidades desde su habitar en las que, en ocasiones, coincide con otros, sus vecinos, aquellos que también habitan ese lugar que se construye. Y cuando ese construir ocurre en colectivo, el lugar se hace familiar para esa comunidad de mortales, que lo hace suyo, cuidándolo. "*Los mortales abrigan y cuidan las cosas que crecen, erigen propiamente las cosas que no crecen. El cuidar y el erigir es el construir en el sentido estricto.*" (Heidegger & Barjau (trad.), 1994a, p. 133)

la manera en que se manejan aquí las cosas es diferente, la comunidad vive diferente y eso hace que uno sea diferente... en el sentido que la construcción como persona, la construcción como sujeto, hace que... que sea de manera un poco más crítica... porque si bien Potosí tiene esa esencia, esa esencia... revolucionaria y esa esencia de lucha... más que todo de lucha, de permanecer en la lucha, de nunca rendirse, (...) siempre seguir adelante... siempre mirar y... mirar esos sueños posibles y hacerlos... es lo importante... haya lo que haya, sea

lo que sea nosotros somos la materia prima de todo... y desde que tu tengas una conciencia y desde que uno tenga una conciencia y un sentido... y un amor por hacerlo, se va a lograr... haya dinero, no haya dinero... (...) uno puede hacer muchísimas cosas y también contagia uno a las personas de eso... es poder reconocerse en el otro y que ese otro se reconozca en uno

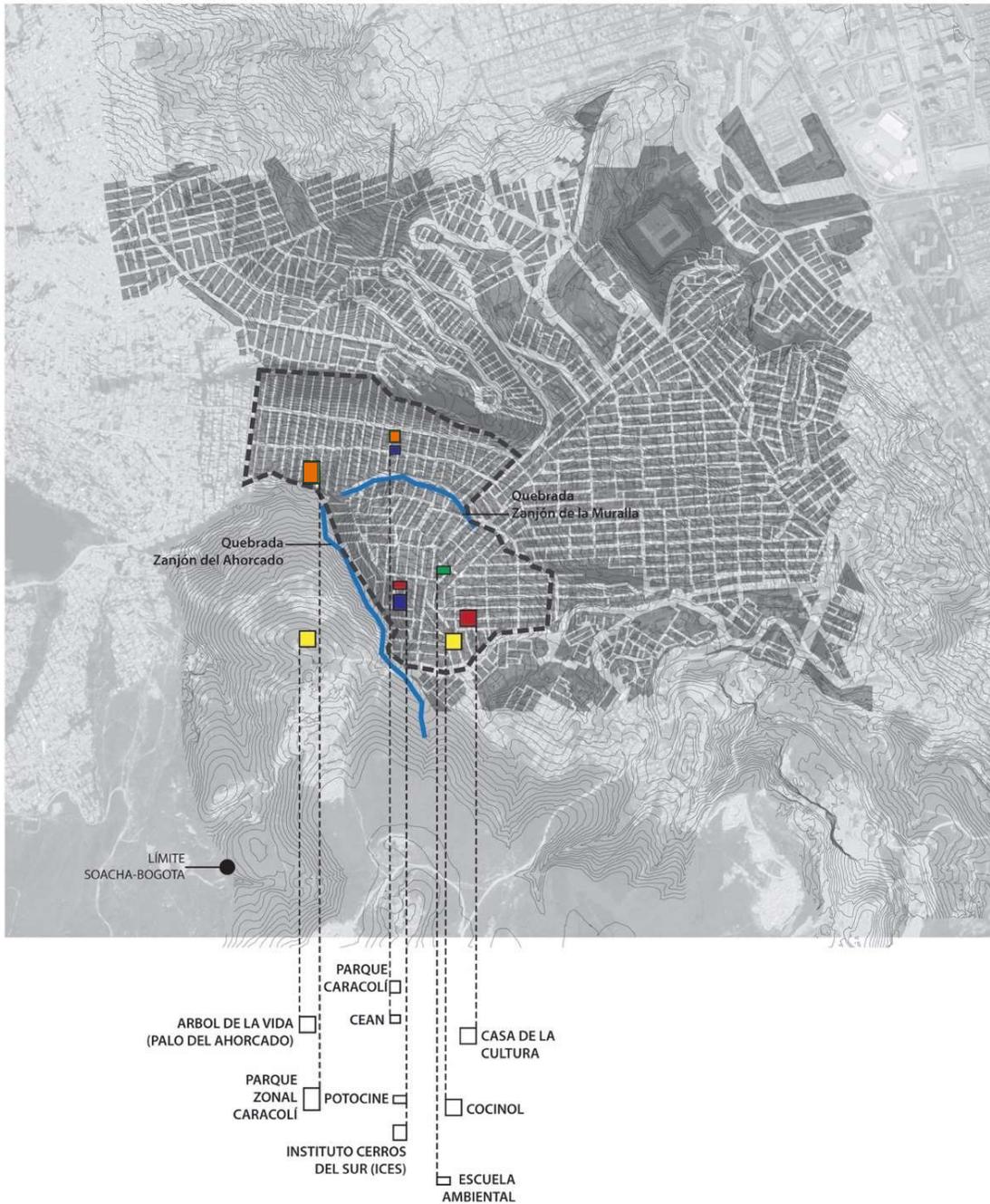
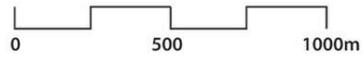
(A. Santiago, comunicación personal, 10 de junio 2016).

De este modo, los habitantes de Potosí y Caracolí han desarrollado múltiples procesos a través de los cuales han ido construyendo el sentido de habitar en 'la Loma'. Este sentido, si bien se fue otorgando desde el momento mismo en que se edificó el primer rancho, tal como ha sido expuesto, tiene énfasis particulares a través de acontecimientos comunitarios que de manera material y simbólica están presentes en 'la Loma' y en lo que ella significa para quienes la habitan.

Tal como en las dos prácticas anteriores, fue a través de formas materiales que se rastrearon los procesos del hacer del cultivar. Para este capítulo, dichos procesos fueron agrupados y ordenados temáticamente como manera de caracterizar la práctica y sus formas materiales fueron situadas sobre la cartografía del sector de estudio (**Mapa 4-1**), relacionadas a partir de códigos de color de acuerdo con la temática respectiva, según se indica a continuación.

El primer tema que se presenta fue denominado *La Escuela*, no sólo por agrupar dos instituciones educativas y su significado comunitario, sino porque desde la escuela se han impulsado muchos de los demás procesos comunitarios en el sector. El color azul es el que agrupa sus formas materiales, las cuales corresponden a: el *Instituto Cerros del Sur – ICES* y el *Centro Educativo Amigos de la Naturaleza - CEAN*. El segundo tema fue llamado *El Parque* y en él se presentan los procesos colectivos relacionados con la adecuación y construcción de parques en los barrios del sector. Sus formas materiales son el *Parque Caracolí* y el *Parque Zonal Caracolí*, las cuales están identificadas con el color naranja.

SECTOR DE ESTUDIO



Mapa 4-1: *Cultivar el mundo*

Elaboración propia a partir de Google Earth, 2022.

En tercer lugar, se presenta el tema Huertas y Jardines, que además de referirse directamente a acciones de cultivo de plantas en los barrios explica su relevancia como experiencia colectiva para sus habitantes. En este tema el color verde es el que agrupa dos formas materiales: la *Escuela Ambiental de Potosí* y la *Huerta del ICES*. Luego se describen dos lugares que son evidencia física de la importancia de los procesos culturales en estas comunidades: la *sala de cine comunitario Potocine* y la *Casa Cultural de Potosí*, representadas con el color rojo.

Y, por último, pero no por ello menos importante, se explican dos lugares que constituyen hitos con importante reconocimiento colectivo en la memoria de los habitantes del sector: el *Cocino!* y el *Árbol de la Vida (Palo del Ahorcado)*. Sus formas materiales están identificadas por el color amarillo.

Una vez identificadas estas formas materiales como elementos clave en desarrollo del habitar comunitario, se recurrió nuevamente para el análisis de esta práctica a la representación, a través de imágenes, de los relatos de quienes hicieron parte de estos procesos, los cuales se complementaron con una búsqueda a través de información secundaria de la senda recorrida a través de los años por el colectivo de habitantes de los barrios, para el cultivo de sus relaciones de pertenencia entre ellos como grupo y con 'la Loma'.

4.1 El habitar colectivo

4.1.1 La escuela

Uno de los elementos más significativos en el transcurrir de los barrios han sido las escuelas, especialmente aquellas en cuya creación ha participado activamente la comunidad. La primera y más icónica del sector es el Instituto Cerros del Sur, más conocido como el ICES. Una institución educativa que surgió de manera casi simultánea con el barrio Potosí, en aquel entonces un sector del barrio Jerusalén.

Desde un enfoque de educación popular, un grupo de profesores y estudiantes del Instituto Social Nocturno de Enseñanza Media – ISNEM, liderados por el profesor Evaristo Bernate Castellanos, propone un proceso educativo para la formación de comunidades obreras, que contribuyera a mejorar sus oportunidades y nivel de vida. Este proyecto educativo se denominó Escuela-Comunidad.

Una escuela abierta, una escuela que posibilitara procesos de formación a los padres de familia, a los estudiantes, a los maestros. Ir desplazando esa tendencia que no; tenemos que esperar un político, tenemos que esperar otra cosa a ver si nos resolvían el problema. Si no que estaba en la fuerza de nosotros, en la organización de las comunidades, que pudiéramos darle respuesta a ese, a esas necesidades.

(Leonidas Ospina en Doujenis & García, 2011)³⁸

Según González (2004) el ICES fue el primer colegio del barrio Jerusalén. Las clases empezaron en 1984 para los grados de primaria, en jornadas de la mañana (de primero a tercero) y de la tarde (cuarto y quinto). Para ello, el profesor Bernate adquirió un terreno de 24 lotes en el barrio Potosí y negoció a crédito tres casetas prefabricadas con la fundación Servivienda (Ospina, 2020). Con esta infraestructura básica y un grupo de ocho profesores voluntarios se dio inicio al proyecto educativo del ICES, a donde pocos años después se trasladó el bachillerato del ISNEM.

De acuerdo con Ospina (2020), para que el colegio pudiera obtener la formalidad institucional correspondiente, sus profesores se involucraron en el proceso de legalización del barrio Jerusalén, alcanzada a través de la Resolución 0394 del 1ro de octubre de 2002, del Departamento Administrativo de Planeación Distrital. Luego de ello se obtuvo la licencia de funcionamiento que se mantiene hasta el día de hoy.

³⁸ Leónidas Ospina Gutiérrez es uno de los profesores fundadores del proyecto Escuela-Comunidad, en el marco del cual opera el Instituto Cerros del Sur.

Así como ese proceso, la historia del ICES está atada a la historia del sector, pues en su proyecto educativo, además de la formación de los niños, es fundamental también el apoyo a la organización comunitaria como mecanismo autónomo para el mejoramiento de sus condiciones de vida. Esto hizo que la institución se convirtiera en un fuerte articulador de la vida en el barrio.

Al mirar lo educativo y lo pedagógico en su interrelación en todo nuestro quehacer dentro del proyecto educativo Escuela-Comunidad pretendemos la formación de todos los miembros de la comunidad educativa en su desarrollo integral y no sólo en el manejo de conocimientos científicos y tecnológicos

(Ospina, 2020, p. 33).

No obstante, este enfoque educativo implicó también que, con el paso del tiempo, sus profesores hicieran parte de los procesos comunitarios del barrio y del sector, situación que los llevó a recibir amenazas contra su vida por parte de quienes se vieron intimidados por el empoderamiento de la comunidad. Esta situación llegó a tal punto, que el profesor Bernate fue asesinado en mayo de 1991, siendo director del ICES y presidente del Concejo Comunitario de Potosí. De esta manera, el ICES se convirtió en centro de actividades comunitarias de todo tipo (educativas, sociales, culturales, etc.), articulando propósitos formativos con la realidad del entorno escolar y vinculando tanto a los estudiantes como a sus familias en las múltiples actividades que ofrece **(Foto 4-)**.

Es un colegio que no tiene puertas. Allá dentro [sic] cualquier persona y tiene a disposición la cancha, tiene a disposición los espacios y, así mismo, la gente lo quiere mucho. Los conciliadores que cuando entre los vecinos hay alguna disputa, entonces tratan de arreglarla por medio del diálogo. Yo creo que es el



Foto 4-1: *Instituto Cerros del Sur*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, febrero de 2016

ICES

Hoy estamos convencidos de la vigencia de la educación popular como parte de las apuestas de la pedagogía crítica, es decir, la reflexión permanente y sistemática del papel histórico de la escuela como dispositivo de cambio y transformación de la sociedad donde el ser humano viva en dignidad y justicia.

(Ospina, 2020, p. 81)

único colegio de Bogotá el cual no tiene un vigilante armado, en el cual no se preocupan porque le vayan a romper los vidrios y ahí se ha sostenido. La gente lo cuida mucho y la gente lo quiere mucho. Es la piedra que sostiene toda la organización en Potosí. Todo nace de allí; eso es el colegio. Nosotros los que vamos saliendo, entonces vamos formando a los que vienen y aquellos que vienen igualmente siguen sembrando esa semilla de esperanza. Entonces es no perder la esperanza de que algún día podamos [sic] tener ... podamos tener un futuro mejor

(Darío Zárate en Doujenis & García, 2011).

Otra de las escuelas significativas del sector es el Centro Educativo Amigos de la Naturaleza – CEAN, localizado en el barrio Caracolí. Esta institución educativa inició labores en 1998 con educación preescolar y básica primaria para 540 niños (Fundación liderazgo y democracia, 2016). La institución surge por iniciativa de la sargento mayor Flor Elva Maldonado (Q.E.P.D.), quien gestionó el apoyo de la Junta de Acción Comunal del barrio y de su propia institución, la Policía Nacional, para construir un centro educativo para los niños del sector (**Foto 4-**).

El propósito de esta iniciativa fue atender “a niños y niñas de escasos recursos. Algunos en condición de vulnerabilidad, desplazados por la violencia, e hijos [de] madres cabeza de familia, para que reciban una educación de calidad” (Fundación liderazgo y democracia, 2016). La construcción material de las instalaciones fue realizada por los padres de familia junto a otros vecinos de la comunidad, y en ella los profesores son auxiliares bachilleres de la policía, en donde prestan su año de servicio militar obligatorio.

El CEAN cuenta con reconocimiento por parte de la Secretaría de Educación del Distrito y a pesar de las dificultades, ha logrado gestionar recursos a través de apoyos y donaciones para mantenerse como posibilidad educativa para los niños del sector. Si bien esta institución no tiene la significación que ostenta el ICES en el habitar del sector, sí es un referente para los habitantes de Caracolí, dados: la participación que



Foto 4-2: *Centro Educativo Amigos de la Naturaleza*

Foto tomada por estudiantes del Proyecto de Vivienda Popular 1330, septiembre de 2013

CEAN

Cuando llegamos aquí la desescolarización era muy alta. Tocamos la puerta de cada casa para averiguar dónde estudiaban los niños y la gran mayoría no iba a ningún colegio. Todos quedaban lejos.

(Sargento Flor Maldonado en Redacción Bogotá, 2020)

tuvieron en su edificación; los procesos de apropiación que desde allí se realizaron, principalmente, en torno al único parque que hasta hace poco tenía el barrio; y que es uno de los pocos elementos de construcción comunitaria que es posible identificar en éste.

4.1.2 El parque

Uno de los tipos de construcciones realizados por la institucionalidad de gobierno en los barrios han sido parques de diferentes escalas, como parte de su estrategia de mejoramiento de las condiciones de habitabilidad en estos territorios. En Caracolí el Distrito ha construido dos parques; el primero consistió en la rehabilitación del único parque que la comunidad del barrio tuvo durante muchos años destinado como lugar de encuentro y recreación. Allí ya había habido obra estatal previa, que consistió en un parque de bolsillo en el cual se edificó la cancha, el salón comunal y se instalaron algunos juegos infantiles (**Foto 4-**).

No obstante, las condiciones de deterioro que presentaba el parque, por el uso y el paso de los años, fueron identificadas por un grupo de profesores y estudiantes de la Pontificia Universidad Javeriana - PUJ, en 2013, como objeto de intervención en el marco de la asignatura Proyecto de Vivienda Popular, de la carrera de Arquitectura. A partir de ello, con el apoyo de algunos profesores de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Costa Rica - UCR y del colectivo también costarricense Pausa Urbana, y en un trabajo mancomunado con la comunidad a través de la Junta de Acción Comunal y de los niños del CEAN y sus familias, se adelantaron obras de mejora y embellecimiento del parque (Caquimbo Salazar et al., 2017).

Este trabajo implicó un proceso de diseño participativo con la comunidad, de gestión de recursos de personas e instituciones, y el diseño y construcción cooperativa de lo diseñado con materiales de fácil consecución para los vecinos (**Foto 4-**). Esto con el propósito de que posteriormente ellos mismos pudieran replicar la experiencia en



Foto 4-3: *Parque Caracolí antes de intervención PUJ*
(Cecilia López, 2013 en Caquimbo Salazar et al., 2017, p. 127)

LOS NIÑOS

acostumbraban deslizarse por un tubo de aguas lluvias, abandonado, y soñaban con tener un elemento apropiado para este juego en el parque. (...) Sus deseos estaban relacionados con el mejoramiento del mobiliario del parque y la aparición de elementos adicionales que les permitieran realizar actividades como deslizarse y trepar. (Caquimbo Salazar et al., 2017, p. 130)



Foto 4-4: *Parque Caracolí después de intervención PUJ*

Foto tomada por Cecilia López, 2013

EL PARQUE

*con la intervención que se hizo el año pasado el alcalde vino a pararnos
bolas con el tema del parque, era que ese tema estaba dormido allá...
inclusive en [sic] una vez estuvimos hablando con el alcalde allí como en una
charla formal y dijo (...) Ud. me intervino el parque, y le dije: unos arquitectos
que nos ayudaron allá de la Universidad Javeriana, ¿y quién dio orden?,
pues ellos llegaron presentaron el proyecto (...) la comunidad aceptó una
parte (...) en una reunión y aceptaron (...).*

(A. Chacón, 2014 en Caquimbo Salazar et al., 2017, p. 138)

otros espacios del barrio y hacer mantenimiento a lo realizado (Caquimbo Salazar et al., 2017).

Pocos años después de esta intervención, en 2018, el Distrito realizó nuevas obras en el parque. En esa ocasión con un diseño de la arquitecta Diana Wiesner, al cual denominó Parque Caracolí y con el que ella ganó la 1° Bienal de Espacio Público de Bogotá, en la categoría de Proyecto Construido (Baraya, 2019). Esta versión del parque es la que actualmente se encuentra en uso (**Foto 4-**), aunque lastimosamente presenta evidentes problemas de deterioro.

Recientemente, se construyó el segundo parque en el barrio, en una zona de riesgo alto no mitigable por remoción en masa ubicada en la parte baja del barrio, colindante con la ronda de protección ambiental de la quebrada el Zanjón de la Muralla. Este parque fue entregado por el Distrito a la comunidad en el año 2020, sin embargo, debido a las condiciones de aislamiento ocurridas a causa de la pandemia de Covid-19, solo desde el segundo semestre del año 2021 pudo ser usado con la intensidad esperada para un parque de estas características (**Foto 4-**).

Los parques son importantes para la comunidad, son la posibilidad de pasar tiempo en familia, con amigos y vecinos, de fortalecer los lazos comunitarios. Para Caracolí, la presencia de los parques ha significado un cambio importante para la vida comunitaria, luego de muchos años durante los cuales contaban con un solo y pequeño parque. No obstante, de acuerdo con comentarios de los vecinos, se han presentado algunas apropiaciones de estos espacios por parte de jóvenes, en ocasiones para ventas ilegales, excluyendo de su uso pleno al resto de la comunidad. Frente a esta situación las familias están organizando estrategias que les permitan una mayor apropiación sobre estos espacios, circunstancia que podría constituir una motivación para fortalecer las redes comunitarias en el barrio.

En el caso del barrio Potosí, las acciones del Distrito más visibles, en cuanto a espacios de recreación, consisten en obras de espacio público ejecutadas en el marco de la canalización de parte de la quebrada Zanjón de la Muralla. Estas obras, además de la



Foto 4-5: *Parque Caracolí*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, agosto de 2018

La acción del Estado

Este, que por mucho tiempo fue el único parque de Caracolí, se transformó en un referente de espacio público, en el marco de las intervenciones del Distrito Capital en áreas de mejoramiento integral.



Foto 4-6: *Parque Distrital Caracolí*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, enero de 2020

De Caracolí para el Distrito

Caracolí, uno de los barrios más pobres de la ciudad, no contaba con un lugar donde sus habitantes pudieran disfrutar del tiempo libre con sus familias.

Este lugar, donde realizó este parque era un potrero, sin iluminación, lo que generaba inseguridad en la zona. (Oficina Asesora de Comunicaciones, 2019)

adecuación de andenes, incluyen juegos infantiles, arborización y algunas bancas. De igual manera, son significativas dos canchas múltiples que son bastante utilizadas, no solo para actividades deportivas, sino también como lugar de encuentro comunitario y cultural. Un ejemplo de ello es el festival Poto también es Rap, que se realiza este año (2022) en esas canchas con el lema '*A la mera humildad*'.

Este festival fue creado en el año 2010 por el colectivo Potorap People, con la finalidad de abrir un espacio de expresión artística que, con el paso de los años, se ha consolidado convirtiéndose también en un encuentro comunitario con sentido social. Esto gracias a que, por una parte, en cada versión del festival se adopta un lema que hace referencia a diferentes aspectos de la vida comunitaria del sector. '*No más muertos en la loma*', '*El arte y sus efectos*' o, el de este año, '*A la mera humildad*', han sido algunos de los temas sobre los cuales se ha querido llamar la atención. Y, por otra parte, el festival lleva a cabo la iniciativa de pedir un aporte voluntario en comida a los participantes del evento, con lo cual apoyan a los habitantes con mayores dificultades en el sector (*Poto También Es RAP*, n.d.).

4.1.3 Huertas y jardines

Otro de los elementos significativos que se manifiestan en los barrios en estudio son las huertas y jardines, tanto colectivos como individuales, resultado de un interés heredado por el cultivo de la tierra y de un fuerte movimiento ambiental comunitario, particularmente evidente en el barrio Potosí.

Potosí cuenta con una historia documentada de más de 15 años de experiencias comunitarias de cultivo que empoderaron a la comunidad a partir del intercambio de saberes tanto agrícolas y nutricionales como sobre la importancia de desarrollar estructuras organizativas (Caquimbo-Salazar & Yunda, 2021). Experiencias como la de la Escuela Ambiental de Potosí, donde se realizan acciones de promoción ambiental a través de procesos pedagógicos orientados hacia la transformación territorial y del

pensamiento de las comunidades en su relación con la tierra. Ello desde una mirada política en la que el cultivar es resistencia frente al modelo social global. Así, la Escuela Ambiental inició como un centro de propagación de especies vegetales nativas para restauración de rondas de las quebradas el Zanjón de la Muralla y el Zanjón del Ahorcado, que luego empezó a trabajar temas de cultivos agrícolas con los niños del ICES (A. Téllez, comunicación personal, 10 de abril de 2019):

hacemos un ejercicio más de (...) reencontrarnos con la madre tierra, de enseñarle a la gente o recordarle o revolverle la memoria a la gente, (...) porque digamos la comunidad viene de sectores campesinos, mucha de ella desplazada. Desplazada bien sea de forma violenta o desplazamiento económico, (...) entonces siento que lo que se da ahí es como el ejercicio de la memoria puntual de la gente que tiene frente al trabajo de la tierra

(A. Téllez, comunicación personal, 10 de abril de 2019).

De acuerdo con Marulanda (2014), particularmente en Bogotá, a diferencia de otras ciudades del país, la práctica de cultivo más que una intención productiva, se trata de una manera de recuperar tradiciones rurales, de no perder la identidad aun cuando se habite en un ambiente urbano.

La mayoría de las personas que habitan estos territorios tienen un origen campesino muy fuerte, particularmente Potosí es una colcha de retazos de habitantes de diversos sectores de la geografía nacional. (...) La gente cultiva porque ya tiene la costumbre de cultivar, porque desde pequeños les enseñaron a cultivar y tienen otro relacionamiento con la naturaleza

(A. Téllez, comunicación personal, 10 de abril de 2019).

También hay quienes opinan, como Lina María Hoyos, antropóloga contratista del Jardín Botánico de Bogotá en 2019, que esta relación con una herencia rural no es tan clara y más bien percibe una motivación vinculada al cuidado: “yo siento que es como

un amor muy innato, (...) personas a las que les gusta tener sus maticas” (L. Hoyos, comunicación personal, 05 de abril de 2019).

Así mismo, asocia esta práctica también con una preocupación ecológica. Al respecto, señala que en muchas ocasiones las personas se acercan al Jardín pidiendo apoyo para cultivar lotes baldíos, interesados en que no se sigan expandiendo los barrios o que el mercado ilegal de suelo no continúe engañando a más familias con la venta en áreas de riesgo,

por solidaridad con las familias que al fin y al cabo van a terminar sacando (...), entonces dicen, nos parece que la mejor solución en términos ambientales y en términos sociales es ocupar predios de manera como útil y de manera ambiental, con proyectos de agricultura o jardinería

(L. Hoyos, comunicación personal, 05 de abril de 2019).

Sea cual sea la motivación de fondo, en el borde informal la práctica de cultivar la tierra se ha visto permeada por discursos globales como la agricultura urbana, o la seguridad y la soberanía alimentaria, haciendo que además de los saberes de los primeros pobladores, en experiencias colectivas como la Escuela Ambiental (**Foto 4-**), o las de las diversas huertas individuales y comunitarias presentes tanto en Potosí como en Caracolí³⁹, ocurran discusiones y se desarrollen iniciativas en relación con estos conceptos:

cultivar es un espacio de lucha y de resistencia frente a todo el modelo mundial que quiere favorecer pues a unas multinacionales que controlan las semillas, que le quitan la posibilidad de reproducirse a la semilla para ellos seguir vendiendo

³⁹ Ejemplos de huertas comunitarias en los barrios en estudio pueden encontrarse en el espacio de ‘el cocinol’, en el ICES, en el barrio Potosí, o aquella que se sitúa en la parte baja del parque del barrio Caracolí, así como en otros espacios menos públicos como el de la huerta Semillas de la esperanza, o la que se encuentra en el predio de la futura Casa para el adulto mayor.



Foto 4-7: *Escuela ambiental Potosí*
Foto: Google Street View, marzo de 2019

Residir en la tierra

El medio ambiente es uno de los temas impulsado desde el ICES, que ha ido permeando el habitar en el sector de estudio. Múltiples iniciativas se han desarrollado a través del tiempo relacionadas con la toma de conciencia del valor de la geografía con la que coexisten cotidianamente sus habitantes.

(...), y que en últimas los productores, los pequeños productores se vuelvan esclavos de sus intereses económicos

(A. Téllez, comunicación personal, 10 de abril de 2019).

Del mismo modo, estos discursos han sido planteados por diversas instituciones y organizaciones que en diferentes momentos han trabajado en los barrios con proyectos de agricultura urbana. Tal vez la primera institución en realizar acciones concretas en esta vía fue precisamente el ICES, en el marco de su proyecto educativo y en respuesta a los preocupantes problemas nutricionales que identificaron en los niños.

nuestros chicos llegaron con unos niveles de desnutrición terribles, a nosotros recién llegados nos tocaba traer el agua, conseguíamos panela, conseguíamos eso y nosotros les hacíamos el desayuno a los niños. ¿Por qué llegamos a eso? Porque cuando fuimos a trabajar con ellos y el nivel de exigencia, nos enteramos que unos se nos desmayaban, los otros se nos dormían, el otro bostezaba (...). Entonces ahí hicimos todo un estudio con unos estudiantes de medicina de la [Universidad] Nacional (...) y entonces nos dimos a la tarea de mirar todo el proyecto nutricional.

(L. Ospina, comunicación personal, 25 de enero de 2017)

Como parte de esta iniciativa, en 2002, el colegio adelantó el proyecto Bioseguridad Alimentaria con Participación Comunitaria, en conjunto con madres cabeza de hogar, y posteriormente, en 2004, la Organización No Gubernamental (ONG) Planeta Paz realizó talleres sobre prácticas de cultivo. Por su parte, el Concejo Comunal, en 2015, destinó dos áreas del predio de 'el cocinol' para cultivo de alimentos y el ICES construyó su huerta (**Foto 4-**) con propósitos pedagógicos (Caquimbo-Salazar & Yunda, 2021). De este modo, el cultivar en el barrio ha articulado con el paso del tiempo el discurso global de la agricultura urbana con saberes y problemáticas locales, desarrollando un hacer con el que se reconstruye una relación propia con la naturaleza



Foto 4-8: *Huerta ICES*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, agosto de 2017

Cultivar la tierra

Las prácticas de cultivo son frecuentes en el sector de estudio y diferentes barrios de origen informal de Bogotá. El arraigo de estas prácticas en el borde informal de la ciudad tiene que ver tanto con el origen campesino de muchos de sus habitantes, como con iniciativas gubernamentales relacionadas con el discurso de la agricultura urbana, así como con el aumento del conocimiento y la preocupación por asuntos como la seguridad y la soberanía alimentaria en un escenario cada vez más dramático y evidente de cambio climático.

que habla de la necesidad de cuidar de los otros y de lo otro para vincularse existencialmente con el mundo.

4.1.4 Lugares de la cultura

En la búsqueda de posibilidades para ser y estar en *'la Loma'*, sus habitantes han recurrido al arte y la cultura como modo de encontrarse a sí mismos, de cultivar su identidad individual y colectiva. No se trata sólo de un medio para expresarse, sino de un modo de ser que les permite pensar sobre sí mismos, colectivamente, y mirar hacia un futuro que es posible, que es construible.

Una de las formas materiales vinculadas con este aspecto y de mayor reconocimiento, incluso fuera de la comunidad del sector, es el *'Potocine'*. Una sala de cine comunitario, construida en 2016, para la proyección de cine no comercial en el barrio Potosí. La construcción de esta edificación surge a partir de un proceso comunitario de educación audiovisual organizado bajo el nombre de Sueños Films Colombia, con apoyo del colectivo⁴⁰ Arquitectura Expandida y del ICES.

La propuesta parte de la necesidad de tener una sala de cine y teatro que no solamente sería un apoyo logístico a las actividades que se desarrollan en el instituto, también un referente simbólico territorial (...), que nos permita reflexionar en torno a cómo el derecho a ser visto y reconocido también es condición de ciudadanía. (Arquitectura Expandida, 2016)

⁴⁰ El concepto *'colectivo'* es definido como “una agrupación social donde sus integrantes comparten ciertas características o trabajan en conjunto por el cumplimiento de un objetivo en común. Lo habitual es que el colectivo tome decisiones en base al consenso y que intente ejercer su poder social y político.” (*Colectivo*, n.d.)

Con la intención de ser una alternativa audiovisual de comunicación y educación, que permitiera mostrar la importancia de las comunidades de Ciudad Bolívar (Alba Yaneth Gallego en *La nuestra*, 2011), la organización comunitaria sin ánimo de lucro Sueños Films Colombia inicia como experiencia de cine comunitario en el año 2005. En este marco, los fundadores del colectivo⁴¹, desarrollan como proyectos la escuela eko-audiovisual infantil, dirigida a la formación audiovisual de niños, niñas y jóvenes desde 2007, y el Festival Internacional de Cine y Video Alternativo y Comunitario '*Ojo al Sancocho*'. Éste último, cuya primera versión se realizó en el año 2008, se creó con el ánimo de "*democratizar la cultura y la educación audiovisual en Colombia*" (Sueños Films Colombia, n.d.).

Como parte de las actividades asociadas al Festival, en el año 2015, en Berlín, a partir del encuentro con uno de los arquitectos del colectivo Arquitectura Expandida, se empezó a planear en conjunto la construcción de la sala de cine comunitario hoy denominada '*Potocine*'. Para este proyecto de autogestión y autoconstrucción cultural, ambos colectivos agenciaron recursos de diversas instituciones, entre ellas el ICES que cedió una parte de su predio para la construcción, y recibieron el apoyo de otros colectivos artísticos y habitantes del sector en el proceso de construcción. Así se logró en octubre de 2016, la inauguración de esta sala de cine en el barrio Potosí (**Foto 4-**)

De acuerdo con Bejarano (2020), desde el principio se ha buscado que los lemas de cada edición del Festival, que este año (2022) completó 15 versiones, tengan un significado social relevante. Temas como '*Una mirada diferente*', correspondiente al primer Festival; '*Se permiten pasajeros de pie*', relacionado con un momento en que principalmente los jóvenes del sector estaban siendo intimidados por grupos armados, que impusieron algo similar a toques de queda nocturnos; o '*Soñar es resistir*', que invitaba a una reflexión sobre el poder de soñar y de hacer posible la utopía.

⁴¹ Los fundadores del colectivo Sueños Films Colombia son: Alba Yaneth Gallego Betancur, Alexander Yosa Moreno y Daniel Bejarano



Foto 4-9: *Sala de cine comunitario 'Potocine'*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, julio de 2019

Se construyen sueños

ver el mundo a través de la cámara lleva la mirada a los lugares, a esos
creados con la experiencia de habitar los barrios, allí donde la vida y la muerte
se hacen poesía

A través de estas 15 ediciones, el Festival se ha consolidado; ha recibido diversos premios de reconocimiento tanto a nivel nacional como internacional, se ha unido y ha impulsado la conformación de redes de cooperación con experiencias similares dentro y fuera del país, y, tal vez lo más importante, ha cultivado un espacio de participación y empoderamiento de las comunidades.

Quienes creamos el Festival Internacional de Cine y Video Alternativo y Comunitario ‘Ojo al Sancocho’ consideramos que el cine, los medios audiovisuales, la comunicación, el arte y la gestión cultural comunitaria, adquieren un rol preponderante en la construcción de otros imaginarios y en la comprensión misma de la situación del territorio pues a través de las herramientas mediáticas comunitarias se busca un espacio de representación de problemáticas y vivencias que no están sujetas al mercado mediático. (...) [Se busca] reconstruir una memoria local que tenga en cuenta las especificidades, diferencias y todos aquellos valores que forman un “sanchocho cultural, social y político”

(Bejarano, 2020, p. 155).

Otro de los sitios donde se concentran edificaciones significativas para los habitantes del sector es denominado ‘el cocinol’. Un lugar del barrio Potosí donde está localizado el salón del Concejo Comunal, la edificación donde se expendió cocinol ⁴² durante los primeros años del barrio, la cual se presentará en el siguiente apartado, y la casa de la cultura. Esta última es una casa prefabricada, en la cual funciona un centro de desarrollo comunitario que se encuentra a cargo de un colectivo juvenil (**Foto 4-**).

⁴² En un artículo del periódico de circulación nacional *El Tiempo*, definen este combustible como “una gasolina con menor grado de pureza que la corriente. Esto quiere decir que tiene hidrocarburos más pesados, como el ACPM. Por otra parte, su alto grado de explosividad radica en su bajo octanaje. La recurrencia de los accidentes en los hogares por su causa demuestra lo inflamable que es el combustible. [que era empleado para encender las estufas] (...). Debido al peligro de su alta explosividad, el cocinol sólo se puede emplear en alturas superiores a los 2.000 metros sobre el nivel del mar.” (Redacción El Tiempo, 1993b)



Foto 4-10: Casa de la cultura, Potosí

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, septiembre de 2015

Gente de la selva

Potosí es otro mundo, (...) amo mi montaña, la amaré siempre (...). Cada vez que regreso a casa para mí es un... es como una calma; puede haber mil problemas o puede haber mil cosas, pero si yo llego a Potosí para mí todo va a estar bien (...). Potosí es eso, es esa calma, es mi vida, porque he crecido acá toda la vida (...), por eso con pasión creo que hago lo que me gusta hacer y es camellar con los chinos del mismo barrio.

(A. Santiago, comunicación personal, 10 de junio de 2016)

Angie Santiago, una de las líderes del colectivo *Airu Bain* y profesora del ICES en junio de 2016, narra ese momento las múltiples actividades que se realizaban en la casa de la cultura con los niños, niñas y jóvenes del sector:

estamos trabajando mucho con los chicos, tenemos un proyecto entre todos como muy completo (...), tenemos obviamente la música andina (...) se está trabajando lo que es tejido, lo que es huertas, ahorita tenemos lo que es fotografía (...). Ahorita lo que pensamos hacer los sábados es usar el barrio como tal, entonces acabaron de adoquinar acá en la parada del alimentador al frente (...). Lo que vamos a hacer es que los talleres no van a ser acá, sino van a ser comunitarios, eh, por lo menos todos los sábados que de tres de la tarde a ocho de la noche se tengan todos los talleres en un punto afuera

(A. Santiago, comunicación personal, 10 de junio de 2016).

Ese colectivo por medio de sus talleres buscaba fortalecer, a través del arte y la cultura, las capacidades individuales y la organización comunitaria en el barrio. De acuerdo con la profesora Santiago (en *Hijos de la tierra*, 2016), se trataba de transmitir saberes, compartir con el otro y empoderar a las nuevas generaciones para que continúen trabajando con pasión por su territorio y por construir el futuro que sueñan.

Airu Bain, significa en lengua Huitoto '*gente de la selva*' (Guanumen, 2017) y, de acuerdo con ello, la casa cultural acoge iniciativas de personas y organizaciones sociales, impulsando desde la convergencia de múltiples experiencias, la producción de conocimiento colectivo que permita el desarrollo de un pensamiento crítico frente al contexto en el que habitan las comunidades. Según Guanumen (2017),

para la comunidad del sector de Potosí la Casa Cultural AIRU BAIN, ha logrado que los jóvenes encuentren un espacio en donde utilizar su tiempo libre, el encuentro con el otro, la solidaridad, el respeto y sobre todo construcción comunitaria y lo más importante es que no estamos solos, somos las redes que construimos.

4.1.5 Lugares de la memoria

Finalmente, para concluir la comprensión de los elementos en los cuales es posible identificar significados colectivos para los habitantes del sector en estudio, se incluyen dos formas materiales, una construida y la otra natural, que en tanto hitos permiten explicar la importancia de la lucha colectiva por la vida que está presente en la memoria y en la identidad de quienes han construido estos barrios como su lugar, de quienes convirtieron estas montañas en su '*Loma*'.

Una de ellas fue una de las primeras edificaciones de uso colectivo, localizada en el barrio Potosí: el Cocinol (**Foto 4-**). Este inmueble hizo parte de un grupo de edificaciones ubicadas en cada uno de los sectores del barrio Jerusalén, como puntos para el expendio del combustible. Junto con las viviendas, este tipo de construcciones da cuenta de cómo la informalidad atraviesa la producción del borde informal como modo de resolver la existencia de aquellos excluidos de la ciudad planificada y como mercado del que sacan provecho económico otros, pero también es recordatorio de la consolidación que ha transformado a los barrios, pasando de usar como combustible para cocinar al cocinol, luego a la electricidad y más recientemente al gas natural.

El cocinol fue un combustible muy utilizado para uso en las cocinas de los hogares de barrios de origen informal que, desde los años 80, fue distribuido a través de las Juntas de Acción Comunal – JAC por empresas autorizadas por el gobierno. Con el paso del tiempo, muchas irregularidades asociadas con la reventa y alteración de la composición del combustible empezaron a realizarse.

Esto consolidó un mercado '*paralelo*', dirigido en gran medida por los mismos miembros de las JAC, quienes además de adueñarse del subsidio que aplicaba para ese combustible, a través de la alteración de precios, aumentaron los riesgos de accidente debido a su fácil explosividad (Redacción El Tiempo, 1993b).



Foto 4-11: *Edificación 'el cocinol'*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, marzo de 2018

Preservar la vida

Cuando la urgencia por establecerse y sobrevivir es lo cotidiano, un plato de comida caliente en la mesa es algo que conecta a los mortales con los divinos.

El combustible para cocinar estos alimentos se convierte en sustancia de primera necesidad.

En medio de esa precariedad, la gente no tenía ni siquiera como cocinar. En los primeros años del barrio, la comunidad usaba estufas que funcionaban con gasolina. Después, empezaron a usar Cocinol, una sustancia hecha a base de ACPM, pero el suministro, como pasaba con el agua, no venía todos los días y también se formaban peleas para no quedarse sin el material indispensable para poder comer. (Directo Transmedia, 2021)

A pesar de estos problemas y del deterioro que actualmente (2022) presenta dicha edificación en Potosí, actualmente no tiene ningún uso, este espacio constituye un hito en la vida comunitaria pues rememora la posibilidad que les brindaba el combustible de consumir comida caliente y se ha constituido en símbolo de la lucha colectiva que dan día a día por permanecer allí.

Mención especial merece uno de los elementos simbólicos más fuertes en el área de estudio, arraigado en medio de esa topografía de escarpadas montañas, de tierra seca y vientos fuertes, como símbolo de la identidad del sector y testigo de la lucha cotidiana por la vida. Allí, se erige un árbol solitario, de especie foránea al ecosistema del lugar; un eucalipto común que se ha constituido en miembro ilustre de la comunidad (**Foto 4**).

Conocido durante muchos años como el ‘palo del ahorcado’, este árbol ha sido sujeto de distintas historias con aire de leyenda, a partir de las cuales se construyó la imagen del lugar. En torno a él se realizan prácticas que articulan a sus habitantes como comunidad, y es considerado por ellos como un otro que los identifica, a quien defienden, que los inspira. En cuanto al origen del nombre, mientras el historiador Arturo Alape (1996), narra cómo un grupo de jóvenes de la parte alta de Potosí sostienen que:

Cuando la invasión la policía desbarataba y quemaba los ranchos, no dejaba construir nada que se pareciera el [sic] simulacro de una vivienda. Un hombre que venía del Caquetá, como no lo dejaron levantar el suyo, hostigado y angustiado porque había salido huyendo de su región, decidió ahorcarse a las



Foto 4-12: *El Palo del Ahorcado*

Foto tomada por Sandra Caquimbo Salazar, febrero de 2016

Conocido también como el “Palo de la Paz” o “Árbol de Vida” estuvo durante más de 20 años en medio de un polígono de explotación minera a cielo abierto, es por ello que además de ser identificado como un abuelo sabedor de las historias del territorio, lo es como un símbolo de resistencia y de la vida misma.

(IDPC, 2021)

tres de la tarde, en medio de un fuerte aguacero. Su cuerpo quedó tambaleándose por una hora, hasta que un grupo de hombres lo bajaron. Desde entonces se llamó el Árbol del Ahorcado

(Alape, 1996, p. 198)

La historiadora popular de Ciudad Bolívar, Blanca Cecilia Pineda, cuenta que:

bajo este árbol se escribió un amor que acabó en tragedia. Los protagonistas: Ernestina, quien se enamoró del esposo de María, una de sus amigas. La pareja se fue a vivir a una casa, contigua al famoso palo. Y habrían sido felices de no ser porque la iglesia de Bosa los excomulgó y sembró temor entre los vecinos que decidieron no acercarse a la pareja por temor de correr la misma suerte. Era mediados de los 40 en una Colombia conservadora y camandulera. Un mal día, el marido infiel no despertó jamás y apareció con marcas extrañas en el cuerpo. Fue el diablo, dijeron. Ernestina no soportó que la casa quedara bajo el régimen de la muerte y no encontró otra manera que buscar la suya ahorcándose en el árbol que le había dado sombra a su amor prohibido durante años.

(en Sáenz, 2020).

De este modo, entre distintas historias contadas a través de los años, este viejo árbol ha sido testigo de la llegada de los primeros pobladores al sector, en la década de los 40, y desde entonces de todos los cambios, las historias, la vida transcurrida de muchos que permanecen y de tantos otros que ya se fueron. Su relevancia simbólica se basa en buena medida en una práctica religiosa que data de los años 80 y que, de acuerdo con Patrick Morales Thomas, director del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural – IDPC, hace que este árbol y el sentido de lugar que se ha tejido en torno a él se encuentren en proceso de declaratoria como patrimonio de la ciudad (Puentes, 2022).

Se trata de un viacrucis que se realiza desde mediados de los años 80, en el que actualmente participan miles de personas cada Viernes Santo (**Foto 4-**), con excepción de los años 2020 y 2021 a causa de las medidas tomadas para contener la pandemia de covid-19. Esta tradición incluye la travesía de una gran cruz blanca, cargada por varios fieles, desde la primera estación en el barrio Candelaria la Nueva, hasta la última, situada en el árbol. Allí, sobre la corteza del árbol, los fieles pegan pequeñas cruces como muestra de su Fe (Puentes, 2022).

Así, entre su solitaria y visible figura en lo alto de una loma, la sacralidad derivada de la práctica colectiva del viacrucis, su resistencia no sólo al paso del tiempo sino, también, a intentos de tala y quema por los propietarios del suelo que tutela, este modesto eucalipto se ha convertido en símbolo de vida y resistencia para los habitantes del área, tal como lo dice Héctor Gutiérrez, del Instituto Cerros del Sur - ICES: *“Para mí, el Palo es un símbolo que [sic] resistencia. Así como él resistió toda esa inclemencia de quererlo acabar, nosotros también hemos sido fuertes, para que no le hagan daño”* (Puentes, 2022).

Este fuerte significado social, ha impulsado otras prácticas, de carácter más local, a través de las cuales los habitantes del área han involucrado al árbol en su vida cotidiana: los niños hablan de ir a elevar cometa al árbol y en el ICES recuerdan cómo antes de la explotación minera del predio, las prácticas deportivas se realizaban en torno al árbol. Tal nivel de intimidad ha hecho que en los últimos años se haya planteado el cambio del nombre, por uno más positivo que corresponda con lo que para la comunidad significa, siendo el nombre más popularizado el *‘árbol de la vida’*.



Foto 4-13: *Procesión al Palo del Ahorcado en Viernes Santo*

Foto: Ana Puentes / EL TIEMPO, 23 de abril de 2022

Los divinos

En la desgracia esperan aún la salvación que se les ha quitado.

(Heidegger & Barjau (trad.), 1994a, p. 132)

4.2 Cultivar un mundo

Algunos de los primeros migrantes que llegaron a estos barrios, sus descendientes, y otros que han seguido llegando, han permanecido haciendo suya esa tierra en la que han cultivado su ser individual y social. Construyendo su relación como seres de borde desde su habitar informal. En esa construcción se han vinculado con otros y con lo otro que cohabita con ellos, haciéndose uno para pertenecer a un lugar, a una comunidad con la que comparten luchas y afectos.

Este cultivar es una práctica que atraviesa los espacios y el tiempo que está depositado allí y que ha implicado el desarrollo del cuidado por lo que se siente propio. Cultivar '*la Loma*' da cuenta de las acciones que han dado forma a lo colectivo, a los espacios sociales y físicos que los habitantes de estos barrios han construido a través del tiempo para arraigarse al habitar.

La práctica del cultivar devela más claramente el modo en que la Cuaternidad habita '*la Loma*'. Se hace evidente cómo el propósito de permanecer ahí, que tienen sus habitantes, transforma no sólo el espacio sino también las relaciones que establecen entre ellos, con la geografía que ocupan, con los significados que tejen, a través del paso de su vida en ese lugar. Su habitar está cruzado por la adversidad, pero esa misma adversidad es la que los impulsa a dar forma a un mundo al que les sea posible pertenecer, a un lugar que puedan hacer propio y en donde puedan superar lo habitual de su vida como mortales y ser, desde su '*Loma*', habitantes urbanos.

'*La Loma*' adquiere consistencia de lugar desde el momento en que las familias que allí llegan deciden permanecer en ella y a partir de esa decisión la habitan con otros como ellos. Desde ese momento surge **la poética del ensueño**; pues al habitarla construyen material y significativamente un lugar que, a su vez, los constituye como sus habitantes. Así, en la medida en que se apropian del espacio, depositan en las

'cosas'⁴³ y en la memoria sus afectos, a través de la interacción cotidiana con la tierra, bajo el cielo, durante el desarrollo de su vida junto a los demás mortales, confiando en la presencia inexplicable de los divinos.

Esta relación con el mundo que configuran los habitantes del borde informal se establece mediante el cuidado. Este cuidado hace próximas las cosas del mundo a lo largo del tiempo y sus acontecimientos. Ese mundo al que se pertenece es donde la vida de uno se proyecta en la del otro, logrando llevar la existencia más allá de la finitud humana. Es así como las comunidades de estos barrios han construido su '*Loma*'; dando forma a espacios del ensueño donde tejen vínculos desde un habitar lleno de dificultades y desafíos, pero con el cual, a través de sus poéticas, construyen su forma de ser-en-el mundo.

Este momento es transversal a los otros y sus condiciones están en continua transformación. Desde el instante en que se llega al borde informal, el habitar que se anhela se vuelve imagen. Una imagen que une los recuerdos cargados de afecto y los sueños que se proyectan como posibilidades. El lugar se construye día a día con el habitar que transforma el espacio con todas sus circunstancias, con el propósito de establecerse en el más allá del tiempo de una vida. '*La Loma*' es una promesa, otorgada por su cambio permanente, de que siempre es posible hacer habitable el espacio en el cual después habitarán aquellos a quienes se cuida (**Gráfico 4-**).

⁴³ En el sentido de Heidegger (Heidegger & Barjau (trad.), 1994b)

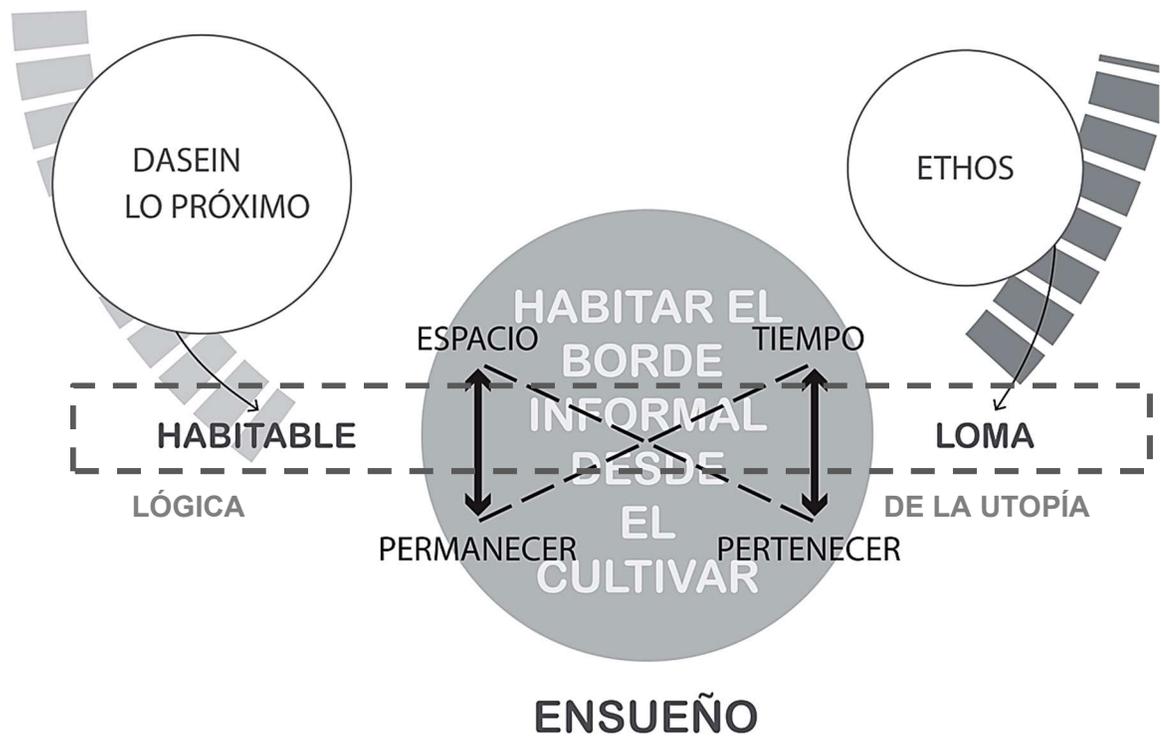


Gráfico 4-1: *El Cultivar y la poética del Ensueño*

Fuente: Elaboración propia, 2023

**Habitar
poético
en
la Loma**

5

*en el habitar descansa el ser del hombre,
y descansa en el sentido del residir de los mortales en la tierra.
Pero 'en la tierra' significa 'bajo el cielo'.
Ambas cosas co-significan 'permanecer ante los divinos'
e incluyen un 'perteneciendo a la comunidad de los hombres'
(Heidegger & Barjau (trad.), 1994a, p. 131).*

A modo de conclusiones, se presentan a continuación los principales hallazgos conseguidos a partir de la elaboración de esta tesis, a través de los cuales se espera aportar a la comprensión del borde informal como configurador de lo urbano y de la poética que lo convierte en lugar de habitar para quienes no encuentran acogida en la ciudad planificada.

Configurar el concepto de borde informal entendido como obra humana, permitió una aproximación a éste en tanto posibilidad para el habitar humano en el marco de la informalidad. Esta interpretación del fenómeno como un modo de producir lo urbano, da cuenta de un proceso de creación constante impulsada por los múltiples desafíos que plantea la inviabilidad preestablecida de un lugar para habitar. Visto en clave de posibilidad, el Borde Informal, articula una condición material resuelta '*con lo que hay*', con estructuras de sentido asignadas desde el habitar mismo, que dan cuenta de un mundo construido como afirmación de la existencia.

Este modo de producir lugares del habitar se realiza desde prácticas que construyen lo cotidiano, como aquello que permite la vida en un contexto de informalidad que persistentemente hace evidente la contingencia humana ante la certeza de la muerte. Un hacer creador que se realiza habitando, para traer a la presencia aquello ausente, aquello que a muchos les ha sido negado.

Comprender el borde informal como modo de producir lo urbano, permitió confirmar que este fenómeno constituye una de las formas del urbanismo contemporáneo. Se trata de una producción material y de sentido realizada por una

comunidad cuya estructura de relaciones responde a las lógicas de la informalidad, desde donde produce un ámbito que, si bien incluye características de lo urbano, constituye una entidad autónoma en tanto sus dinámicas socio espaciales operan en relación con la ciudad planificada, pero esencialmente diferenciadas de ella.

De tal forma, las investigaciones sobre el borde informal desde los estudios urbanos ameritan el desarrollo de categorías para su comprensión que incluyan la experiencia de los habitantes, dado que el recurso a las categorías tradicionales de la planificación urbana y del discurso arquitectónico deja por fuera el carácter propio en el que este fenómeno ocurre.

La mirada interpretativa del enfoque fenomenológico hermenéutico permitió plantear un acercamiento relacional al borde informal. Esta perspectiva llevó a comprenderlo como proceso inacabado e inacabable de construcción de un territorio en tensión y de un mundo configurado por poéticas del habitar en donde los significados de la vida y la muerte se imbrican para hacer posible la existencia.

La interpretación del proceso desde los fenómenos que lo constituyen, en este caso, del borde informal desde las prácticas del habitar, permitió integrar en su lectura, entre otros, aspectos del tiempo y del sentido de ese habitar con la producción material como resultado de este.

El enfoque construido desde las poéticas permitió reconocer las prácticas de lo habitual: ocupar, construir y cultivar, como categorías para interpretar el habitar en el borde informal. La identificación de esos haceres creativos, realizados en el marco de un modo de habitar y desarrollados a través del tiempo con el habitar mismo, hace posible mirar a partir de la materia conformada, el sentido y los significados que constituyen lugar.

Las prácticas de lo habitual dan cuenta del proceso de configuración del borde informal como obra de sus habitantes. Este proceso se consideró a partir del momento en que los habitantes tallan su presencia en el territorio y sitúan su existencia en el mundo (ocupar). Luego se observó cómo, al habitar, configuran permanentemente lugar desde

el cual pueden ser al estar en el mundo (construir). Y por último, se reconoció como acto de afianzamiento del habitar el hacer colectivo mediante el cual establecen lazos de proximidad con los otros y lo otro, tejiendo un ethos a través del cual pertenecer al lugar construido (cultivar).

El sector de estudio ha sido configurado por sus habitantes durante décadas como su lugar de habitar, al cual reconocen como 'la Loma'. Los diversos actores sociales que han intervenido de manera determinante en su proceso de configuración estructuraron al menos tres ámbitos de sentido, que coexisten hoy como parte de la cotidianidad de sus habitantes.

El primero empieza a constituirse cuando, en el periodo de la conquista, los españoles transformaron la comprensión de tierra habitada al introducir la noción de propiedad. De esta manera, puede interpretarse que las formas de apropiación de la tierra se fueron transformando hasta el momento en que se convierte en un objeto de mercado, al que actualmente conocemos como el predio. El predio, es el producto de las transacciones del mercado que convierten territorio y paisaje en mercancía, sobre la cual se inicia la construcción de un lugar para habitar; 'la Loma'.

Esta manera de acceso al suelo, aunque se enmarca en actividades mercantiles que operan fuera de lo legal a través de la acción de los urbanizadores piratas, hace posible que, como objeto transable, aquello que se compra dé acceso a un derecho legítimo: el de habitar. Así, las personas reestablecen su relación con la tierra como lugar en el mundo, pero atravesada por **esa idea de predio en tanto mercancía que permanece** como parte de los acuerdos en lo urbano contemporáneo y que subyace **en el sentido que adquiere 'la Loma' (Gráfico 2-1).**

El segundo de estos ámbitos es configurado por la acción estatal. En los barrios en estudio, una vez fueron reconocidos por la ciudad como parte de ella a través de sus correspondientes resoluciones de legalización, se inició un proceso de inversión pública en obras principalmente de infraestructura y equipamientos colectivos. Se trata de intervenciones, principalmente a través del programa de mejoramiento de barrios,

que son esperadas y demandadas por las comunidades, tanto por necesidades funcionales como por el deseo de hacer parte de esa ciudad que miran día a día, lejana.

La Bogotá formal llegó a '*la Loma*' sin conocerla, para posar sobre ella sus dispositivos conocidos, acentuando en ella su condición de borde, de espacio de transición. '***La Loma***' adquirió la condición de urbanizable (Gráfico 3-1), al recibir desde la ciudad planificada sus códigos y normas, formalizando una relación que ha estado desde siempre.

No obstante, con el paso del tiempo la relación entre el Estado y las comunidades se ha ido transformando. Las personas han ido aprendiendo cada día más sobre el funcionamiento del Estado y sobre sus derechos como ciudadanos, lo que les ha permitido demandar de manera más contundente los servicios que requieren de las instituciones públicas para mejorar sus condiciones de habitar.

El Estado, por su parte, ha ido desarrollando nuevas estrategias para aproximarse a estos sectores urbanos, las cuales han pasado de la intervención desarticulada del caso a caso, a una planificada a través de áreas priorizadas de la ciudad. Esto último, aunque apunta a mejorar la articulación de la acción estatal mediante el análisis de las oportunidades de intervención, olvida la escala barrial y vecinal que es el punto de inicio de los sectores de origen informal, resultando en menos operaciones en las localizaciones más periféricas.

En cuanto a los barrios en estudio, dado su alto nivel de consolidación, el análisis realizado permite identificar, por una parte, una alta presencia de obras públicas en el barrio Caracolí, y mayor presencia de edificaciones colectivas realizadas por la comunidad en el barrio Potosí. Al respecto, es posible interpretar que esta diferencia tiene relación con el alto nivel de organización social que existe en este último barrio. Ello, dada su antigüedad y los procesos comunitarios que ocurrieron desde su inicio, que permitieron una construcción colectiva más o menos consensuada de la imagen anhelada del barrio.

De esta manera se abre la explicación del **tercer ámbito**, que es el otorgado por quienes con su habitar han construido sus ranchos, sus casas, sus barrios. Ellos han creado posibilidades en medio de un contexto adverso, con inmensas limitaciones materiales, pero con una gran capacidad creativa para hacer presente lo que aún no estaba.

Los habitantes de 'la Loma' le dieron forma material y asignaron sus propios significados. Desde lo individual, a través de las múltiples acciones familiares que realizan en relación con la construcción de la casa, y hasta lo colectivo que, como se mencionó, da cuenta de procesos de organización mediante los cuales atienden sus demandas y anhelos a escala vecinal y barrial.

De esta forma, el hacer desde las prácticas permitió develar rasgos particulares del modo en que este lugar, 'la Loma', es construido; las relaciones que establecen los habitantes, entre ellos y con otros que también la ocupan desde distintas circunstancias de poder; afectos que depositan en el transcurso de su vida, sobre una '**Loma**' que **ellos mismos han hecho habitable (Gráfico 4-1)**.

En 'la Loma' distintos actores sociales en sus acciones sobre el borde informal le han asignado un sentido polisémico a este lugar, en el marco del cual ocurren poéticas del habitar: de la urgencia; del reconocimiento, y del ensueño, las cuales responden a condiciones espacio temporales específicas. Estas poéticas dan cuenta entonces de distintos momentos, no necesariamente secuenciales, del habitar a partir de los cuales se ha ido configurando ese lugar en el borde informal de Bogotá. Para presentarlos, se sintetizan en el **Gráfico 5-1** las principales relaciones que pudieron ser interpretadas a partir del análisis del sector de estudio, entre el espacio al cual los habitantes buscan pertenecer y el tiempo durante el cual esperan permanecer, como resultado de prácticas de apropiación del espacio y de asignación de sentido realizadas al habitar.

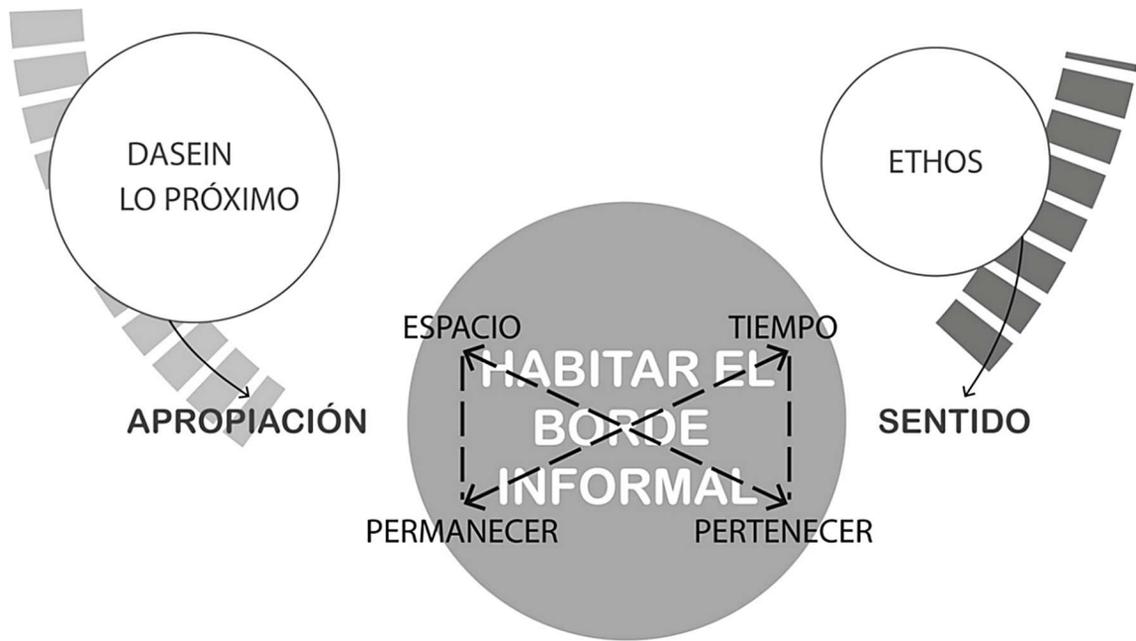
El reconocimiento de estas poéticas del habitar, en su conjunto, da cuenta de un proceso tal vez menos evidente, pero que subyace en todas ellas como un

rasgo esencial del habitar de los habitantes de 'la Loma' en su condición de ser y estar en el mundo. Este rasgo puede ser interpretado como una poética a otra escala, ya no la de los barrios sino la del habitar en lo urbano.

Esta poética devela que a pesar de que, en su construcción de mundo, los habitantes de 'la Loma' logran hacer del espacio un lugar en el cual permanecer, que posiblemente será habitado por ellos y su descendencia, en el cual incluso y a causa de las dificultades de la vida pueden situar como lugar de sus afectos, y aunque haya sido reconocido '*legalmente*', no logran pertenecer a la ciudad en el sentido en el que ese lugar que han construido les pertenece. No obstante, surge a partir de ello **una poética de la resistencia** que, de manera consciente o inconsciente, los impulsa a continuar en su habitar de borde haciendo posible la vida allí donde había sido negada (Gráfico 5-2).

Aunque dado el alcance de la tesis, la interpretación del borde informal se ciñó a escenarios de borde urbano, sería pertinente ampliar el análisis a otros territorios que también pueden ser catalogados como borde informal a pesar de no localizarse en la periferia de la ciudad. Estos territorios corresponden, entre otros, a sectores urbanos cuyo origen proviene de procesos informales de producción de suelo y vivienda, que dada su transformación espacio temporal pasan a localizarse en áreas consolidadas de la ciudad, pero que no obstante mantienen las características del habitar aquí descrito.

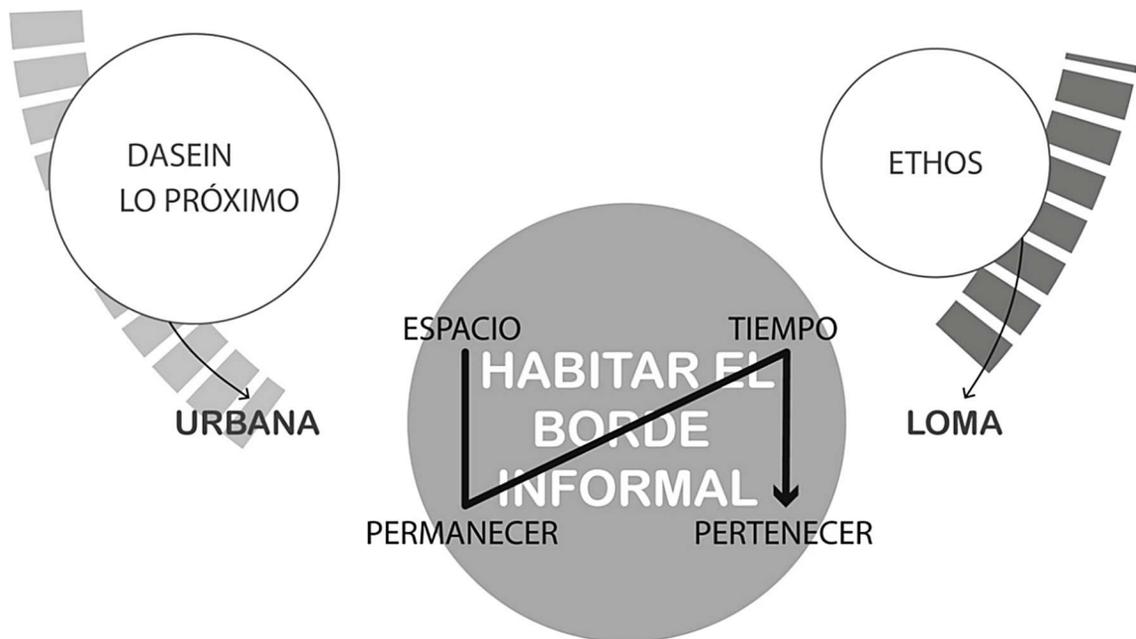
Incluso podrían integrarse áreas que, como los centros urbanos o las zonas de riesgo, han sido deshabitadas y luego vueltas a habitar mediante procesos informales que transforman tanto su configuración espacial como sus modos de ser habitadas. Dada esa condición, aunque estas áreas nunca hayan estado físicamente localizadas en el límite urbano, sería posible interpretarlas también como territorios de borde informal y, en ese caso, probablemente enriquecer y precisar aún más la construcción del concepto.



POÉTICAS DEL HABITAR

Gráfico 5-1: Relaciones espacio temporales en las poéticas del habitar

Fuente: Elaboración propia, 2023



RESISTENCIA

Gráfico 5-2: Poética de la resistencia

Fuente: Elaboración propia, 2023

Bibliografía

- Abramo, P. (2012). La ciudad com-fusa: mercado y producción de la estructura urbana en las grandes metrópolis latinoamericanas. *Eure*, 38(114), 35–69.
- Agrest, D. (1976). Design versus Non-Design. *Oppositions*, 6.
- Alape, A. (1996). *Ciudad Bolívar. La hoguera de las ilusiones*. Planeta Colombiana Editorial S.A.
- AlSayyad, N., & Roy, A. (2004). Urban informality: crossing borders. In A. Roy & N. AlSayyad (Eds.), *Urban Informality: Transnational Perspectives from the Middle East, Latin America, and South Asia* (pp. 1–6). Lexington Books.
- Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands / La frontera: The new mestiza*. Aunt Lute Books.
- Arango Z., C. (1986). *La lucha por la vivienda en Colombia* (Segunda Ed). ECOE.
- Arquitectura Expandida. (2016). *Potocine - Sala de cine autogestionada (Ciudad Bolívar, Bogotá)*. Arquitectura Expandida.
<https://arquitecturaexpandida.org/potocine/>
- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Baraya, S. (2019). *Estos son los ganadores de la 1° Bienal del Espacio Público de Bogotá*. ArchDaily. <https://www.archdaily.co/co/923876/estos-son-los-ganadores-de-la-1-degrees-bienal-del-espacio-publico-de-bogota>
- Bejarano, D. (2020). “Ojo al Sancocho” una experiencia audiovisual participativa. In J. C. Amador, S. M. Rojas, & R. Solano (Eds.), *Comunicación – Educación en contextos de globalización, neoliberalismo y resistencia* (p. 230). Editorial Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
https://die.udistrital.edu.co/publicaciones/comunicacion_educacion_en_contextos_de_globalizacion_neoliberalismo_resistencia
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI editores Argentina.

- Calvachi, B. (2012). Los ecosistemas semisecos del altiplano cundiboyacense, bioma azonal singular de Colombia, en gran riesgo de desaparición. *Mutis*, 2(2), 26–59.
- Calvera, A. (2007). El cosear de las cosas. Consideraciones rezagadas a partir de Martin Heidegger. In A. Calvera (Ed.), *De lo bello de las cosas. Materiales para una estética del diseño* (pp. 101–123). Gustavo Gili.
- Camargo S., A., & Hurtado T., A. (2012). Informalidad del siglo XXI. Características de la oferta informal de suelo y vivienda en Bogotá durante la primera década del siglo XXI. *Territorios*, 27, 71–103.
- Camargo S., A., & Hurtado T., A. (2013). Urbanización informal en Bogotá: agentes y lógicas de producción del espacio urbano. *Revista INVI*, 28(78), 77–107. <https://doi.org/doi 10.4067/S0718-83582013000200003>
- Caquimbo-Salazar, S., & Yunda, J. G. (2021). Parcelación y cultivo: prácticas cotidianas de urbanismo informal (Bogotá, Colombia). *Ciudad y Territorio Estudios Territoriales*, 53(210), 1043–1054. <https://doi.org/10.37230/cytet.2021.210.8>
- Caquimbo Salazar, S., Ceballos Ramos, O. L., & López Pérez, C. (2017). Espacio público, periferia urbana y derecho a la ciudad. Intervención Parque Caracolí, Ciudad Bolívar. *Revista INVI*, 32(89), 113–143. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582017000100113>
- Cárdenas, M. (2018). *Ciudad Bolívar: un buen refugio para los inmigrantes de Venezuela*. Semana. <https://www.semana.com/ciudad-bolivar-un-buen-refugio-para-los-inmigrantes-de-venezuela/584597/>
- Carrasquilla Botero, J. (1989). *Quintas y estancias de Santafé y Bogotá*. Banco Popular, Fondo de promoción de la cultura.
- Ceballos R., O. L. (2008). *Vivienda social en Colombia. Una mirada desde su legislación 1918-2005*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Ceballos R., O. L., Jolly, J.-F., Yunda, J. G., & Sierra, M. I. (2021). Cómo vamos en hábitat urbano. In Bogotá cómo Vamos (Ed.), *Informe de calidad de vida en Bogotá, 2020. El camino hacia una ciudad sostenible* (pp. 207–232). Bogotá Cómo Vamos. <https://bogotacomovamos.org/vigesimo-tercer-informe-de-calidad-de-vida-en-bogota-2020/>
- Centre de Recherche sur L'Habitat. (2019). Convocatoria. *Habitar Las Ciudades Latinoamericanas: Nuevos Enfoques e Interdisciplinariedad En La Investigación*

- Urbana*. <https://habiteral.sciencesconf.org/>
- Colectivo. (n.d.). Definición.De. Retrieved March 1, 2023, from <https://definicion.de/?s=colectivo>
- Connolly, P. (2014). La ciudad y el hábitat popular: paradigma latinoamericano. In B. R. Ramírez V. & E. Pradilla C. (Eds.), *Teorías sobre la ciudad en América Latina*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- De Certeau, M., & Pescador (trad.), A. (2000). *La invención de lo cotidiano: Vol. I* (1ra Ed.). Cultura libre.
- Directo Transmedia. (2021). *Bienvenidos A Potosí*. <https://www.directotransmedia.com/post/bienvenidos-a-potosi>
- Doberti, R. (2011). Las prácticas sociales. La sociedad de las prácticas. In *Habitar* (p. 164). Nobuko.
- Doberti, R. (2020). Desde las puertas del habitar y el espacio. *Abordando El Habitar: Calificaciones y Depredaciones*, 5. <https://asociacionfilosofialatinoamericana.files.wordpress.com/2021/01/cuadernos-de-asofil-6.pdf>
- Doberti, R. (2022). *Poliedros y Habitares: nexos inesperados*. Poliedro.
- Doujenis, D., & García, D. (2011). *Ciudad Bolívar. Mosaic of a reality*. Proyecto justicia y vida.
- E-Cultura Group. (n.d.). *Definiciona*. Retrieved January 5, 2023, from <https://definiciona.com/>
- Equipo editorial Etecé. (2021, August 5). *Bioma*. Concepto.De. <https://concepto.de/bioma/>
- Ferrater Mora, J. (1965). *Diccionario de Filosofía - Tomo II: Vol. Tomo II*. Editorial Sudamericana.
- Francesconi Latorre, R. F. (2018). *Lugar, memoria y tectónica en la experiencia poética de la obra de arquitectura: Una reflexión contextualista a partir de textos teoría y crítica de la segunda mitad del siglo XX*. Universidad Nacional de Colombia.
- Fundación liderazgo y democracia. (2016, October 25). Cambiar el bolillo por el tablero. *La Silla Vacía*. <https://www.lasillavacia.com/historias/historias-silla-llena/cambiar-el-bolillo-por-el-tablero>

- García Hurtado, L. M. (2012). *Conflicto socio-ambiental en la cuenca baja del Río Tunjuelo*.
<https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/15368#.XpYhsHLhI8A.mendeley>
- García Moreno, B. (1996). En búsqueda de la poética de la ciudad: la ciudad como obra de arte en permanente construcción. In F. Giraldo & F. Viviescas (Eds.), *Pensar la ciudad* (pp. 171–189). Tercer Mundo Editores, Cenac y Fedevivienda.
- García Moreno, B. (1997). Arquitectura, experiencia e imagen: Explorando el camino de Bergson. *Estudios de Filosofía*, 15–16, 9–19.
- García Moreno, B. (2000). *Región y lugar : arquitectura Latinoamericana contemporánea*. Centro Editorial Javeriano - CEJA.
<http://biblos.javeriana.edu.co/uhtbin/cgiirsi/?ps=YIsSy39mPx/B-GENERAL/303700099/9>
- García Moreno, B. (2020). Ciudad, visiones de mundo y discursos del lazo social. In *Ciudad Virtual*. Instituto de Estudios Urbanos, Universidad Nacional de Colombia. <https://www.youtube.com/playlist?list=PLF4H3D8iKRRglbPJwZUv4s-WTHUh6HhT9>
- García Moreno, B. (2021). Ciudades, visiones de mundo y discursos del lazo social. Una propuesta para pensar y abordar la ciudad. *Anales Del IAA*, 51(1), 1–11.
<http://orcid.org/0000-0002-3992-9381>
- Garzón V., A. F. (2016). *Vientos de Potosí. Del fortalecimiento de las luchas socio-ambientales del territorio mediante el soplo vital del folklor andino*. Universidad Pedagógica Nacional.
- Gilbert, A. (2010). Propiedad de vivienda, alquiler y microfinanciamiento: implicaciones de la crisis subprime para las personas de escasos recursos en las ciudades pobres. In C. [Comp] Escallón (Ed.), *Arrendamiento y vivienda popular en Colombia como alternativa habitacional* (p. 225). Ediciones Uniandes.
https://books.google.com.co/books?id=LFU7DwAAQBAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- Gómez Pérez, N., Benavides Acosta, O., & Robayo, Y. (2014). *Partir de lo que somos. Ciudad Bolívar, tierra, agua y luchas*.
- González, M. I. (2004). *Escuela Comunidad. Historia de organización comunitaria en Potosí - Jerusalén* (Primera edición). Ediciones desde abajo.

- Guanumen, Y. P. (2017). *Experiencias de gestión cultural significativas Ciudad Bolívar*. Alcaldía Local de Ciudad Bolívar.
<http://www.ciudadbolivar.gov.co/milocalidad/experiencias-gestion-cultural-significativas-ciudad-bolivar>
- Heidegger, M., & Barjau (trad.), E. (1994a). Construir, habitar, pensar. In *Conferencias y artículos* (1ra Ed., pp. 127–142). Ediciones del Serbal.
- Heidegger, M., & Barjau (trad.), E. (1994b). La cosa. In *Conferencias y artículos* (1ra Ed., pp. 143–162). Ediciones del Serbal.
- Heidegger, M., & Barjau (trad.), E. (1994c). La pregunta por la técnica. In *Conferencias y artículos* (1ra Ed., pp. 9–37). Ediciones del Serbal.
- Heidegger, M., Cortés (trad.), H., & Leyte (trad.), A. (2012). El origen de la obra de arte. In *Caminos de Bosque* (2da Ed., pp. 11–62). Alianza Editorial.
- Heidegger, M., & Rivera (trad.), J. E. (1953). *Ser y Tiempo* (7ma Ed.).
- Hernández-García, J. (2012). *Espacios Públicos en Barrios Informales. Producción y uso entre lo público y lo privado*. Infonavit/UAEMex.
- Hernández-García, J. (2016). Hábitat popular, ¿un modo alternativo de producción de espacio para América Latina? In I. Hernández García (Ed.), *Estética de los mundos posibles: inmersión en la vida artificial, las artes y las prácticas urbanas* (pp. 245–257). Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Hernández García, I., Niño B., R., & Hernández-García, J. (2013). Estética, sistemas complejos adaptativos y ciudad. In I. Hernandez García & R. Niño B. (Eds.), *Estética y sistemas abiertos: procesos de no equilibrio entre el arte, la ciencia y la ciudad* (1ra., pp. 17–55). Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Hernández S., M., Riveros G., C., Rueda, M. J., Salinas A., Y., & Zarama S., J. M. (2015). *Una Nación Desplazada: Informe Nacional Del Desplazamiento Forzado en Colombia*. Centro de Memoria Histórica.
- Hijos de la tierra. (2016). *Airu Bain Potosí Casa Cultural*. Internet Archive.
<https://archive.org/details/CiudadBolivarPotosiColombia/Airu+Bain+Potosí+Casa+Cultural.mp3>
- IDIGER. (2022). *Caracterización General del Escenario de Riesgo por Movimientos en Masa en Bogotá*. <https://www.idiger.gov.co/rmovmasa>
- IDPC. (2021). *ABC DEL MCA: MUSEO DE LA CIUDAD AUTOCONSTRUIDA*.

- Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.
<https://idpc.gov.co/noticias/abcmuseodelaciudadautoconstruida>
- Indovina, F. (2009). La ciudad difusa. In Á. M. Ramos (Ed.), *Lo urbano en 20 autores contemporáneos* (1ra., pp. 49–59). Edicions UPC / ETSAB.
- Jaramillo, J. E. (1987). *Tipologías Polares. Sociedad tradicional y campesinado*. Universidad Nacional de Colombia.
- Jaramillo, S. (2008). Reflexiones sobre la “informalidad” fundiaria como peculiaridad de los mercados del suelo en las ciudades de América Latina. *Territorios*, 18–19, 11–53.
- Jáuregui, J. M. (2004). *Traumas urbanos: “urbanización” fuera de control, “urbanismo explosivo” en América Latina*.
http://www.cccb.org/rcs_gene/traumas_urbanos.pdf
- Jiménez Mantilla, L. C. (2008). Urbanización popular y formación del suelo urbano: el caso de Bogotá. In *Arquitectura y urbanismo moderno y ciudad informal* (pp. 19–28). Ediciones Grancolombianas.
- La nuestra, C. audiovisual. (2011). *Premio cívico Por una Ciudad Mejor*. Fundación Corona. https://www.youtube.com/watch?v=xo04vy4oHWQ&list=UUFzGg16fJ_i67LftGaATNw
- Lefebvre, H., & Bononno (Trad.), R. (2003). The urban revolution. In *The Urban Revolution*. University of Minnesota Press.
- Lefebvre, H., & Escudero (trad.), A. (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Alianza Editorial.
- Loaiza, S. Y. (2020). *Caracolí: senda enraizada de lucha por el territorio y tejido de significaciones sociales*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Marulanda, C. H. (2014). Bogotá. In *La Agricultura Urbana y Periurbana en América Latina y el Caribe : Compendio de estudios de casos* (pp. 37–44). FAO.
<http://www.fao.org/ag/agp/greencities/pdf/compendium.pdf>
- McGuirk, J., & Cruz, E. (2015). *Ciudades Radicales*. Turner.
- Medellín, P. (Locución). (2020, July 6). *Tierreros y urbanización informal: la explotación de la pobreza*. Universidad Nacional de Colombia.
<http://podcastradio.unal.edu.co/detalle/e16-tierreros-y-urbanizacion-informal-la-explotacion-de-la-pobreza>
- Melgarejo, C. (2020, June 6). Tierreros, los criminales tras 25.959 ocupaciones

- ilegales en Bogotá. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/bogota/tierreros-en-bogota-los-criminales-tras-25-959-ocupaciones-ilegales-504110>
- Moholy-Nagy, S. (1970). *Urbanismo y sociedad. Historia ilustrada de la evolución de la ciudad*. Blume.
- Morante, A. (2018, March 14). El Jazmín, el barrio de los inmigrantes venezolanos en Ciudad Bolívar. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/bogota/venezolanos-en-ciudad-bolivar-el-reto-de-controlar-fronteras-193668>
- Murillo, O. (2020, June 6). Tierreros, los criminales tras 25.959 ocupaciones ilegales en Bogotá. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/bogota/tierreros-en-bogota-los-criminales-tras-25-959-ocupaciones-ilegales-504110>
- Niño, C., & Chaparro, J. (1998). *Usos, costumbres e imaginarios en el espacio público: El sector Jerusalén*. Tercer Mundo Editores.
- Niño M., C., Chaparro V., J., López B., W., Jiménez, L. C., & Jara R., S. (2023). *Bogotá hecha a mano. Barrios autoconstruidos, una gesta social y cultural*. Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.
- OCHA, O. de las naciones unidas para la coordinación de asuntos humanitarios. (2022). *Colombia: Impacto y Tendencias Humanitarias entre enero y diciembre de 2021 (a 30 de diciembre de 2021)*. <https://reliefweb.int/report/colombia/colombia-impacto-y-tendencias-humanitarias-entre-enero-y-noviembre-de-2021-30-de>
- Oficina Asesora de Comunicaciones. (2019). *Caracolí e Illimani, dos nuevos parques para Ciudad Bolívar*. Instituto Distrital de Recreación y Deporte - IDRDR. <https://sim1.idrd.gov.co/node/3203>
- Ospina, L. (2020). *Sistematización de la experiencia: Proyecto Escuela- Comunidad [Universidad Distrital "Francisco José de Caldas"]*. <https://repository.udistrital.edu.co/bitstream/handle/11349/29106/OspinaGutierrezLeonidas2021.pdf?sequence=2>
- Perea Restrepo, C. M. (2013). Resituar la ciudad: Conflicto violento y paz. *Análisis Político*, 77, 3–38.
- Perea Restrepo, C. M. (2021). Contra el relato de la violencia, manifiesto de sociedad. *Cien Días*, 103, 62–71.
- Pérez García, M. A. (2017). La organización de los Muisca a la llegada de los

- españoles. *Revista de Derecho UNED*, 20, 479–498.
- Pérgolis, J. C. (2002). *La Plaza. El centro de la ciudad*. Universidad Católica de Colombia, Universidad Nacional de Colombia.
- Peyloubet, P., Barea, G., & O'Neill, T. (2006). Hábitat popular. Resistencia cultural materializada. *Revista INVI*, 21(57), 62–73.
<https://doi.org/https://doi.org/10.5354/0718-8358.2006.62147>
- Platón. (1871). El Banquete. In P. de Azcárate (Ed.), *Platón, Obras Completas: Vol. Tomo 5*.
- Policía Nacional de Colombia. (n.d.). *Escuadrones Móviles Antidisturbios ESMAD - Policía Nacional*. Retrieved September 27, 2022, from <https://www.policia.gov.co/especializados/antidisturbios>
- Poto También Es RAP*. (n.d.). Facebook. Retrieved November 20, 2022, from <https://www.facebook.com/POTOTAMBIENESRAP>
- Puentes, A. M. (2022, April 23). Palo del Ahorcado, rumbo a ser patrimonio de Bogotá. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/bogota/palo-del-ahorcado-en-ciudad-bolivar-podria-ser-patrimonio-de-bogota-667124>
- Ramírez Herrera, C. H. (2014). *Impactos socio espaciales del desplazamiento forzado en Bogotá. Ciudad Bolívar 1997-2007* [Universidad Nacional de Colombia - Sede Bogotá]. <http://www.bdigital.unal.edu.co/48463/>
- Rancière, J. (2009). *El reparto de lo sensible*. LOM Ediciones.
- Rancière, J. (2013). *Aisthesis. Escenas del régimen estético del arte*. Manantial.
- Real Academia Española - RAE. (2022). *Diccionario de la lengua española*. Versión Electrónica 23.6. <https://dle.rae.es/contenido/actualización-2022>
- Redacción Bogotá. (2020, August 23). El adiós a la sargento Flor que sembró una escuela en Ciudad Bolívar. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/bogota/el-adios-a-la-sargento-flor-que-sembro-un-escuela-en-ciudad-bolivar-532192>
- Redacción El Tiempo. (1993a, October 5). Lotes con servicios de Ciudad Bolívar, a Compartir. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-235908>
- Redacción El Tiempo. (1993b, November 28). Cocinol: la coca azul. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-269300>
- Rendón, M. (2009). *Implicaciones ambientales generadas por las poblaciones que migran a las ciudades estudio de caso en el barrio Caracoli - Localidad Ciudad*

- Bolívar - Bogotá.*
<https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/722#.XpYnPQDHPK8.mendeley>
- Rivera R., M. (2021, September 20). Los conflictos detrás de la protección de Cerro Seco. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/bogota/los-conflictos-detras-de-cerro-seco/#>
- Rossi, A., Ferrer-Ferrer (Trad.), J. M., & Tarragó C. (Trad.), S. (1999). *La arquitectura de la ciudad* (10ma Ed.). Gustavo Gili.
- Rudofsky, B., & Grego (trad.), R. (1976). *Arquitectura sin arquitectos* (2da Ed.). Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Sack, R. D. (1986). The meaning of territoriality. In *Human territoriality: Its Theory and History* (pp. 5–27). Cambridge University Press.
- Sáenz Acosta, H. (2018). El arrendamiento residencial en los barrios populares: las redes de relaciones y la generación de compromisos. *Territorios*, 38, 95–117. <https://doi.org/10.12804/REVISTAS.UROSARIO.EDU.CO/TERRITORIOS/A.5999>
- Sáenz, G. (2020). *Blanca Pineda: la memorabilia de Ciudad Bolívar*. Alcaldía de Bogotá. <https://bogota.gov.co/mi-ciudad/cultura-recreacion-y-deporte/blanca-pineda-la-memorabilia-de-ciudad-bolivar>
- Salcedo S., J. (2018). *Urbanismo hispanoamericano siglos XVI, XVII y XVIII. El modelo urbano aplicado a la América española, su génesis y su desarrollo teórico y práctico*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Scaglia, J. P. (2020). Ontología del Borde. *Abordando El Habitar: Calificaciones y Depredaciones*, 16–26. <https://asociacionfilosofialatinoamericana.wordpress.com/cuadernos-asofil/>
- Secretaría Distrital de Integración Social. (2020). *Los comedores comunitarios son una apuesta de inclusión social*. Gobierno de Bogotá. <https://www.integracionsocial.gov.co/index.php/noticias/99-noticias-seguridad-alimentaria/3997-los-comedores-comunitarios-son-una-apuesta-de-inclusion-social>
- Secretaría Distrital del Hábitat. (2022). *Una casa de verdad: la historia de doña Amanda y su mejoramiento de vivienda*.
- Sharr, A. (2007). *Heidegger for architects* (1st ed.). Routledge.

- Sueños Films Colombia. (n.d.). *Ojo al Sancocho*. Retrieved November 1, 2022, from <http://www.ojoalsancocho.org/>
- Sztajnszrajber, D. (2016). *Heidegger* (p. 0:29:02). Facultad libre. <https://youtu.be/RHJH35jPJ3w>
- Torres Ramírez, J. E. (2012). *Estudio sobre el mercado de arrendamiento de vivienda en Colombia : informe final*.
- Torres T., C. A. (2009). *Ciudad informal colombiana: barrios construidos por la gente* (C. A. Torres Tovar (Ed.)). Universidad Nacional de Colombia.
- Torres T., C. A. (2011). *Producción y transformación del espacio residencial de la población de bajos ingresos en Bogotá en el marco de las políticas neoliberales, 1990 – 2008. Una interpretación a partir de cuatro casos de estudio en la localidad de Ciudad Bolívar*. Universidad de Valladolid.
- Torres T., C. A. (2012). Legalización de barrios: acción de mejora o mecanismo de viabilización fiscal de la ciudad dual. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 41(3), 441–471.
- Trachana, A. (2012). *Arquitectura y construcción de la forma urbana*. Nobuko. <https://www.digitialipublishing.com/a/34260/arquitectura-y-construccion-de-la-forma-urbana>
- Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. (2022). *Registro Único de Víctimas RUV*. Gobierno de Colombia. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394>
- Villamizar, N., & Talavera, H. (2018). *Bordes Urbanos. Procesos de construcción territorial*. Universidad Nacional de Colombia.
- Volpi, F., & De Ruschi (trad.), M. J. (2012). *Heidegger y Aristóteles*. Fondo de Cultura Económica.

Documentos Legales

- Acuerdo 6 de 1990 [Concejo de Bogotá, D.C.]. Por medio del cual se adopta el Estatuto para el Ordenamiento Físico del Distrito Especial de Bogotá, y se dictan otras disposiciones. 8 de mayo de 1990.
- Acuerdo 11 de 1983 [Concejo de Bogotá, D.C.]. Por el cual se autoriza al Alcalde Mayor para negociar y contratar un empréstito. Septiembre 12 de 1983.

Ley 1448 de 2011 [Congreso de Colombia]. Por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno y se dictan otras disposiciones. Marzo 3 de 2016.

Decreto 555 de 2021 [Alcaldía Mayor de Bogotá, D.C.]. Por el cual se adopta la revisión general del Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá D.C. Diciembre 29 de 2021.